Los recuerdos son pistas, el resto es una ficción

ROBERTO WONG

CERTAMEN INTERNACIONAL DE LITERATURA 2017
Sor Juana Inés de la Cruz
GANADOR

narrativa

Los recuerdos son pistas,
el resto es una ficción

Roberto Wong obtuvo el premio único de cuento en el IX Certamen Internacional de Literatura "Sor Juana Inés de la Cruz", convocado por el Gobierno del Estado de México, a través del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal, en 2017. El jurado estuvo integrado por Beatriz Espejo, Ricardo Chávez Castañeda y Luis Jorge Boone.

COLECCIÓN LETRAS

narrativa

Roberto Wong

Los recuerdos son pistas, el resto es una ficción

FOEM
FONDO EDITORIAL ESTADO DE MÉXICO

GOBIERNO DEL
ESTADO DE MÉXICO

Alfredo Del Mazo Maza
Gobernador Constitucional

Alejandro Fernández Campillo
Secretario de Educación

Consejo Editorial

Presidente
Sergio Alejandro Ozuna Rivero

Consejeros
Rodrigo Jarque Lira, Alejandro Fernández Campillo,
Marcela González Salas y Petricioli, Jorge Alberto Pérez Zamudio

Comité Técnico
Félix Suárez González, Marco Aurelio Chávez Maya

Secretario Ejecutivo
Roque René Santín Villavicencio

Los recuerdos son pistas, el resto es una ficción
© Primera edición: Secretaría de Educación del Gobierno del Estado de México, 2018

D. R. © Gobierno del Estado de México
Palacio del Poder Ejecutivo
Lerdo poniente núm. 300,
colonia Centro, C. P. 50000,
Toluca de Lerdo, Estado de México.

© Roberto Wong Mora

ISBN: 978-607-495-632-0

Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal
www.edomex.gob.mx/consejoeditorial
Número de autorización del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal
CE: 205/01/31/18

Impreso en México / *Printed in Mexico*

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio
o procedimiento, sin la autorización previa del Gobierno del Estado de México,
a través del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal.

Se tiene la impresión de que las cosas estuvieran hechas de una materia irreal [...] tal como una película que se atravesara sin darse uno cuenta.

Jean Baudrillard
América

Todo esto tiene mucho que ver con lo que entendemos por frontera, por solapamiento de dos superficies.

Agustín Fernández Mallo
Nocilla Lab

Políptico de amor y nieve

I

E. cruza por El Paso y de ahí toma un Greyhound hasta San Francisco, California. Llega un domingo por la noche y apenas hay gente en la calle. La estación le parece fría, con ese tinte de tristeza que poseen todas las ciudades gringas. Mira las instrucciones que ha anotado para llegar al departamento de C., una amiga de la infancia que le ha ofrecido hospedarlo.

Toca el timbre —en el segundo piso de una casa victoriana— y C. abre la puerta.

—¿Qué tal el viaje? —pregunta.

—Bien.

No le dice que tuvo miedo de ser detenido en la frontera. Tampoco que una semana antes mataron a su jefe.

Ella le enseña su habitación y esa noche cenan, recuperando algunos de los recuerdos que compartieron en Ciudad Juárez. A la mañana siguiente, C. sale a trabajar y E. pasa la mañana hojeando los libros que ella tiene en casa. Uno, en particular, le llama la atención: *Gottsunda*. Es un libro rojo, hermoso, con el título impreso en color rosa. Por dentro está escrito en sueco y en inglés. E. lee la primera página:

¿Cuál es el sonido que hace una botella que cae en la nieve?
¿Por qué no podemos comunicarnos?
¿Por qué la masculinidad es tan perturbadora?
¿Por qué sueño que se me caen los dientes?
¿Por qué el futuro es un misterio?

E. no tiene respuesta para ninguna de estas preguntas. Son ridículas, piensa mientras pasa una a una las páginas del libro.

Esa noche, durante la cena, le dice a C.:

—Quiero escribir un libro sobre Estados Unidos.

—¿Por qué?

E. no contesta. Mira algo en el paisaje de botellas vacías sobre la mesa y da un trago a su cerveza.

Al siguiente día vuelve al libro. Las preguntas dan paso a otra sección con poemas.

Estoy de pie en la oscuridad; la nieve está fría bajo mis dedos.

Hay muchas cosas que E. no conoce. La nieve es una de ellas.

¿Por qué es mal visto pagar por sexo?
¿Por qué no puedo entender todo lo que hice mal?

E. piensa en M., su exnovia en México. Cuando E. le dijo que temía por su vida, ella le sugirió irse. Cruzar *al otro lado*. ¿Al *otro lado* de qué?, se preguntó E.

¿Por qué nadie escucha a los árboles crecer?
¿Por qué escupo mientras hablo?
¿Por qué casarse parece una mala idea?

Cuando se fue, M. no fue a despedirlo. Dejó la ciudad atrás y se incorporó a la fila de la garita. E. recordó a otros a los que habían agarrado ahí mismo, justo cuando intentaban cruzar la frontera. "Hey, compa", y luego el plomo, el verdadero lenguaje de los mañosos.

Pero no pasó nada.

En la garita le preguntaron: "¿Y usted a qué se dedica?". "Vendo carros", dijo.

El oficial de migración le regresó el pasaporte y lo dejó pasar. No llevaba más que tres cambios de ropa y un libro en la mochila.

Las luces de la policía me recuerdan los colores de la bandera francesa.

Los caballos brillan por el sudor, tanto que puedes verte reflejado en ellos.

Estoy de pie en la oscuridad; la nieve está fría bajo mis dedos.

Cierra el libro y sale a la calle. Llega a Market, donde toma un tranvía que lo lleva hasta el centro. Sube las colinas que van hacia el Golden Gate Bridge y llega a una fábrica de chocolates rodeada de tiendas de *souvenirs*. En una postal ve una montaña nevada reflejada sobre un lago. La compra, sin tener a quien enviársela, y regresa a casa.

Siempre fue buena con las palabras. Podía doblarlas para lucir más hermosa; manipularlas y hacerte sentir estúpido por creer en ella.
Aquí, la luz del sol no puede alcanzar las plantas.

Llega el fin de semana y C. se mete en su cama. E., desconcertado, se hace a un lado mientras ella lo abraza. Su pelo rosa cae sobre su pecho. Es temprano y no hay ruido en la calle. Ninguno dice nada. Ni una palabra. Pasan quince minutos y C. se pone de pie.

Nadie va a fiestas rave en el bosque.
Están muertas, acabadas.

E. escucha el ruido de la ducha y tiene la sensación de haber sobrevivido a un naufragio. El domingo, antes de ir a la estación de autobuses, ambos entran en un café a desayunar.

—Quiero escribir un libro sobre Estados Unidos —dice de nuevo.

—¿Por qué no de México?

—No puedo. Necesito otra cosa.

—¿Qué?

—No lo sé.

Antes de marcharse, C. le regala el libro rojo. Se despiden con un abrazo y a E. le da la impresión de que C. quiere decir algo, pero ella se queda en silencio.

Camino a Los Ángeles, E. vuelve a hojear el libro. Los textos terminan a la mitad y después hay que darle vuelta para ver una serie de fotografías de Gottsunda, un pueblo en Suecia con menos de diez mil habitantes. E. anota en su cuaderno la descripción de las siguientes imágenes:

La nieve.

Una botella sobre el suelo.

El desierto desde la ventana de un automóvil.

Una tienda de conveniencia.

Un foco.

Una persona caminando en medio de la nieve.

Una chica, parada sobre una banca, con una frazada sobre el cuerpo.

Un perro negro en medio de la nieve.

Tres chicos en pijama.

Una chica con una sudadera amarilla, de pie, al lado de una bicicleta.

El interior de un autobús de pasajeros, en medio de la noche.

Una bolsa de pasas de California.

Un desagüe.

Una silla de cuero al lado de una chimenea.

Un retrato difuminado.

Un patio rodeado de árboles sin hojas.

14

En una de las fotografías C. ha escrito una nota en tinta azul: “Tienes muchas palabras, necesitas más imágenes”.

El ruido del vidrio roto

A Rafael

Es un deber de hermanos, un acto de sangre, pensé, y gasté mis ahorros para ir a visitarlo.

—Me da un chingo de gusto verte, güey —dijo cuando nos vimos.

Habíamos pasado meses sin estar en contacto hasta un día que me llamó por teléfono: estaba saliendo con una chica. "Qué bien", respondí, pero él no dijo más, como si esperara otra respuesta de mi parte. Para aliviar el silencio dije que lo visitaría y colgamos. Un mes después mi avión descendió entre las montañas blancas que rodean Salt Lake City.

Salimos de la autopista y entramos en la ciudad. Era la primera vez que veía la nieve y me pareció distinta a lo que tenía pensado: fría e indiferente. Llegamos a casa de su madre —Santiago era, en

realidad, mi medio hermano— y cruzamos un pasillo hasta un pequeño departamento detrás de la propiedad.

La nieve mojó mi pantalón y mis pies. Dentro encontré el cliché del caos: platos sucios y ropa tirada por todos lados. Suspendidas en el tiempo, fotos de su ex y sus hijas nos miraban sonrientes desde un librero. Me quité los tenis y los puse a secar al lado de la calefacción.

—No traje ropa para este frío.

—No hay pedo, ¿de qué número calzas?

—Nueve.

—Pruébate éstas.

Me lanzó un par de botas que me quedaron chicas. Nos sentamos en el sofá y prendió la televisión.

—¿Quieres una cerveza?

—Ahorita no. ¿No quieres que vayamos a saludar a tu mamá?

—Nel, al rato.

La mamá de Santiago había sido la primera esposa de nuestro padre. Se divorciaron y entonces el viejo conoció a mi madre.

—Eres bien chingón, güey —dijo, sin ningún motivo.

—Mejor sí quiero esa cerveza.

Me paré y sentí los pies apretados dentro de las botas. Tomé un par de chelas del refri y regresé a la sala.

—¿Cómo vas? —pregunté.

—Bien, aunque quiero regresarme a Atlanta, aquí está bien culero.

—¿Por qué no te vas ya?

—Estoy esperando que me regresen una lana de los impuestos. Además, todavía tengo que ir a firmar cada mes con la policía.

Santiago estaba en libertad condicional. Miré por la ventana hacia la casa de su madre.

—¿Comes con ellos? —dije, señalándola.

—A veces.

Su madre se había vuelto a casar y vivía ahí con su esposo. Mi otra media hermana, Gabriela, también vivía a unos minutos de ahí. No llevaban una buena relación.

—¿Vamos a ver a Gaby?

—¿A la monjita? Hazlo tú, si quieres. ¿Tienes hambre?

—Un poco.

Se levantó y tomó un par de *tuppers* del refrigerador que luego metió en el horno.

—Ahorita vas a probar lo chingón.

El microondas sonó como la turbina de un avión.

—¿Te vas el lunes?

—Sí, sólo pude venir para el finde. ¿Has estado en contacto con tus hijas?

—No. No está el horno pa bollos con Gina.

—¿Por qué?

—Su nuevo esposo no quiere que hablemos.

Regresó al sofá y se quedó callado, mirando las fotografías en el librero frente a él.

La alarma del microondas sonó y Santiago se puso de pie.

—Vas a ver qué *noodles* tan rifados.

Sacó la comida del horno y la sirvió en dos platos hondos.

—El viejo siempre nos llevaba a la comida china, pero nunca…

—Ese cabrón —dijo, interrumpiéndome—. ¿Te acuerdas cuando tomé su vochito a escondidas y nos fuimos a dar la vuelta? Andabas bien espantado.

No lo recordaba, pero mentí. Los fideos estaban muy picantes.

—Fue culero que no creciéramos juntos, pero no tenemos que repetir los mismos errores. Tú eres mi carnal, podemos vernos más.

Asentí.

—¿Qué vamos a hacer hoy?

—Pedí el día en la chamba. Vamos a salir a cotorrear.

Esa noche caminamos una hora entre la nieve para llegar a un bar. Dentro colgamos los abrigos en el perchero y nos sacudimos la humedad de las piernas. Había dos personas en la barra y un puñado de mesas ocupadas. Los cantineros tenían el pelo largo y uno de ellos usaba una camiseta sin mangas que dejaba ver unos brazos llenos de tatuajes.

Santiago pidió dos cervezas y se puso a platicar con uno de ellos. Tomé asiento en una mesa al fondo y me quedé mirándolo a la distancia con cierto desapego, como si fuera la escena de una película que uno comienza a ver a la mitad.

—Masticas bien el inglés —dije, cuando regresó a la mesa.

—Cuando estaba en Atlanta me metí a un curso. Hay raza acá que lleva un chingo y no habla ni madres. Cuando papá vino me dijo que le daba orgullo que lo hablara tan bien.

Papá había muerto dos años atrás. Ambos recordábamos ese momento, aunque por razones distintas: Santiago por no haber podido haber pasado más tiempo con él y yo porque la última vez que hablamos nos peleamos.

—Estoy saliendo con una chava —me dijo.

—¿La misma de antes?

—No. Otra. Ésta es… ¿cómo decirlo?, diferente.

Antes de continuar se paró a pedir otras cervezas.

—¿Cómo que diferente? —le pregunté cuando regresó.

—No es una chava convencional.

—¿Es gringa?

—Sí.

No quiso decir más. En vez de esto revolvimos los mismos recuerdos de antes, memorias cambiantes ya fuera porque uno de los dos corregía al otro o porque alguno añadía algún detalle que no estaba dentro del relato. Lo hacíamos para tratar de recuperar algo de nosotros, aunque al final siempre terminábamos en los mismos callejones sin salida, las mismas tres o cuatro historias que compartíamos. El resto eran silencios o reclamos a nuestros padres. La historia del vochito, sin embargo, era exclusiva de Santiago. Ese día, me dijo, yo estaba sentado en el asiento del copiloto sin dejar de temblar. Había tomado las llaves del coche para que diéramos una vuelta. Mi padre lo descubrió, discutieron y, después de eso, Santiago no volvió más.

A la una de la mañana anunciaron la última ronda. Salimos del bar y caminamos de regreso a casa. Hacía frío, pero no había vuelto a nevar. El cielo estaba abierto, iluminado por la luz de la ciudad. Santiago sacó una botella de *whiskey* de su mochila y me la dio. Le di un trago.

—La noche termina temprano, ¿eh?

—En Utah todo termina temprano.

—¿Alguna vez tomaste con mi papá?

—Cuando me visitó en Atlanta fuimos a un putero.

No quise saber más. Le pasé la botella y le dio un largo trago. No sé en qué momento comenzó a llorar. Escuché sus sollozos entre el sonido sordo de nuestros pies arrastrándose por la nieve. Tardamos poco más de una hora en volver a casa. Mientras lo ayudaba a subir las escaleras sentí su aliento espeso como brea.

Lo dejé tirado en la cama, con la ropa puesta. Desde el sofá lo escuché balbucir pedazos de arrepentimientos. A la mañana siguiente desperté con dolor de cabeza. Había nevado y en el pasillo ya no se veían las pisadas de la noche anterior. Me serví un café y me quedé contemplando el patio blanco: lucía como si nunca hubiéramos pasado por ahí. La imagen me brindó tranquilidad. Al poco tiempo Santiago despertó. Tomó una cerveza y me ofreció otra, pero negué con la cabeza. Comimos unos burritos y me preguntó qué quería hacer el resto del día. Él tendría que ir a trabajar al restaurante. Pensé en visitar a mi hermana y pasar la tarde con mis sobrinos, pero el dolor de cabeza era insoportable.

—No lo sé. Tal vez me quede en casa.

—Como veas.

Después de desayunar me volví a dormir y desperté por la tarde. Santiago regresaría alrededor de las cinco, lo que me dejaba tres horas para ir a ver a Gabriela. Exploré la casa: había algunas películas y revistas pornográficas. En el librero volví a ver las fotografías de Santiago con su exfamilia y decidí ponerlas boca abajo para evitar que las viera en sus borracheras.

Lavé los trastes y arreglé un poco la casa. Tomé una cerveza y comencé a leer una revista, pero no me pude concentrar: mis pensamientos me llevaron a ese supuesto viaje en el Volkswagen. Por

más que lo intentaba no podía recordarlo, al grado que comencé a pensar que todo era falso, el mero invento de un borracho.

Decidí salir, pero me lo encontré en el pasillo.

—Me dejaron salir antes. ¿A dónde ibas?

—Con Gaby.

Tomé las bolsas que traía en las manos y regresamos a casa. Eran paquetes del restaurante y dos *six* de cerveza. Santiago entró al baño y yo metí la comida en el horno.

—¿Quieres ver una película? —grité encima del ruido.

—Ok.

Puse *Kill Bill* y nos sentamos a comer frente a la pantalla.

—Pinche mamada —dijo riendo en una parte de la película—. Es súper *fake*.

Terminamos de cenar y nos preparamos para salir. Santiago me prestó ropa térmica, pero en la calle el frío me entumeció por completo.

—¿A dónde vamos?

—Al centro. Es el único lugar decente esta noche.

Éramos las únicas personas en la parada de autobús. Éramos, también, las únicas personas en el colectivo. El recorrido fue largo, serpenteante. Mientras Santiago miraba su celular observé cómo la nieve se había acumulado en prácticamente cada rincón de la ciudad. Aceras, buzones, jardines, todo había desaparecido bajo el manto frío de la nieve.

Bajamos después de casi una hora. Era una locura estar afuera con tanto frío, últimos hombres en la tierra en busca de un bar.

—Papá… —dijo cuando llegamos a uno, pero se interrumpió y dio un trago a su cerveza. Había poca gente y yo sentía los pies

hinchados de caminar con esos zapatos que me quedaban pequeños. Miré hacia la puerta: dos chicas habían entrado. Dejaron sus abrigos en una de las perchas y se sentaron al otro extremo de la barra. Una tenía un pantalón de mezclilla apretadísimo, la otra un tatuaje enorme en el brazo derecho.

—Más o menos así es mi vieja —dijo Santiago cuando las vio.

—¿Qué vieja?

—Con la que estoy saliendo. ¿Te dije ayer, no?

—Ah, sí. La que no es *convencional*.

Se quedó callado. Tal vez pensó que me estaba burlando. Comencé a hablar y platicamos de otras cosas: de Gaby, de los mormones, de la policía, de su madre, de mi madre y de nuestro padre. Apuramos las cervezas y salimos a otro bar.

—Algo me pasa cuando estoy con ella —dijo en el camino.

—¿Con quién?

—La chica con la que salgo. Es difícil de explicar.

—¿Qué te pasa? ¿Se te baja la peda?

Me miró con los ojos vidriosos.

—No. A veces… veo cosas.

—¿Qué cosas?

—Cuando estamos cogiendo, veo… cosas. Cosas que no conozco. Cosas importantes. Cosas que he olvidado. Cosas que pasarán. Cosas que podrían pasar. Cosas.

—*Delirium tremens*.

Se molestó, pero no me importó. Llegamos al otro bar y continuamos bebiendo hasta que se puso temperamental. "Eres bien chingón, ¿no?", decía una y otra vez escupiendo las palabras en mi rostro.

—Ya, güey, no estés chingando —respondí, molesto.

Recordé su aliento de la noche anterior y pensé que tendría que ayudarlo a subir las escaleras de nuevo.

—¿Qué? ¿Te da pena que te diga que eres bien chingón? ¿Te da pena que te vean con tu hermano? ¿Con un borracho?

Tomé el abrigo y salí del bar. Pensé en caminar a un hotel y arreglármelas por mi cuenta. Tenía mi cartera y mi pasaporte, lo suficiente para poder regresar a México. En el depa no había más que ropa. Santiago salió cuando estaba evaluando esa posibilidad. Sacó su celular e hizo dos llamadas en inglés. Minutos después llegó un taxi y nos subimos en él. Ninguno dijo nada durante el trayecto. Pensé que regresaríamos a casa y que no me hablaría hasta el día siguiente en que tendría que llevarme al aeropuerto, pero noté que íbamos en una dirección distinta a la de su casa.

—¿A dónde vamos? —pregunté.

No me contestó. Dio varias indicaciones y el taxi se detuvo en medio de una calle desconocida. Pagó y bajamos del taxi. Sacó la botella de *whiskey* de la noche anterior y le dio un trago. Luego me la pasó. Caminamos hacia una casa con la luz del porche encendida. Una mujer abrió la puerta. Era rubia, con una mirada azul eléctrico bajo cejas negras. Tenía el pelo corto, a la altura de los hombros. Vestía *jeans* y un suéter color vino con una bandera de Estados Unidos en el pecho.

Entramos. Ella y Santiago hablaron unos minutos en la cocina. La casa era bastante ordinaria, casi daba la impresión de pertenecer a alguien mucho más viejo, alguien acostumbrado a poner plástico encima de los sillones o cuadros de niños tristes en las paredes. Santiago regresó a la sala y me dio una palmada en el hombro. Luego salió por la puerta.

Quise alcanzarlo, pero la mujer me detuvo.

—*Wait*.

—¿Qué? No hablo inglés.

—Que esperes. Déjalo solo. Necesita estar solo.

Tenía un acento muy marcado, pero hablaba español bastante bien. Me tomó de la mano y me sentó en la sala. Puso música y trajo un par de botellas de cerveza de la cocina.

—Tengo que ir con mi hermano —dije, pero me sujetó de la mano para evitar que me fuera. Su mirada me tranquilizó. Estaba borracho, pero no tan borracho como para olvidar que Santiago había salido por esa puerta. ¿Qué iba a pasar? Tal vez perdería el vuelo o tendría que llamar a Gabriela para que me llevara al aeropuerto antes de que se fuera a la iglesia.

—Tranquilízate —dijo la chica—. Estás muy tenso.

—¿Yo? Para nada. Estoy bien, sólo que…

—¿Sólo que qué?

—Sólo que nada. Santiago. Eso, nada más.

Di otro trago a mi cerveza.

—¿De dónde conoces a Santiago? —pregunté.

—Nos conocimos en un bar. Me dijo que fueron ahí hoy.

—Seguro sí, hay dos bares en todo Salt Lake City. ¿Te molesta si me quito los zapatos? Me están matando.

Sonrió. Tomé otro trago y me quité las botas.

—¿Santiago va a regresar? —pregunté. Me sentía comprometido a dirigir la plática ya que ella no hacía más que mirarme.

No contestó. Dejó la botella en la mesa y se sentó sobre mí. Abrió mi chamarra y puso sus manos frías en mi pecho.

—Me gustas —dijo—. Te pareces a tu hermano.

Me quedé callado. Ella me besó y yo me apuré a quitarle los calzones y hundir mi cara en su sexo. Tenía un tatuaje desde la pantorrilla hasta el muslo. Miré hacia la ventana para asegurarme de que Santiago no estaba ahí, mirándome. Estaba temblando. Pensé que era por el frío y toqué la calefacción al lado nuestro.

—Está prendida. Todo está bien —respondió.

Me sumergí en ella y me olvidé de Santiago. Rodamos por el piso y ella se puso encima de mí. Tomó mi pene y se lo metió dentro. Sentí un escalofrío. Cerré los ojos y entonces lo vi.

Santiago me despertó como una sombra.

—Chaparro —dijo—, ¿quieres ir a dar una vuelta?

—Sí. ¿A dónde?

—Shuu, tú tranquilo.

Me puso una sudadera y me calzó los tenis. "No hagas ruido", me pidió antes de bajar las escaleras. En la cocina tomó las llaves del coche y una cerveza. Abrió la puerta, tratando de no hacer ruido, y salimos a la calle. El coche era un vocho verde, del mismo color que tenían los taxis del D. F. Santiago abrió la cerveza con un encendedor y la puso entre sus piernas. Después encendió el motor y metió primera. El coche se apagó, pero lo encendió de nuevo y volvió a intentarlo. "¿Por dónde vamos?", me preguntó, pero no supe qué contestar. Tenía frío.

Eran las dos de la mañana y los faros del Volkswagen cortaban la noche en dos, iluminando lugares que sólo había visto de día. Santiago terminó la cerveza y la aventó por la ventana. El ruido del

vidrio roto sonó como un breve quejido. Cuando regresamos a casa las luces estaban prendidas. Mamá y papá estaban gritando.

—Relájate, jefe, si la pasamos bien, ¿verdad que nos la pasamos bien, chaparro?

—¡Yo no quería ir! —respondí, lleno de miedo.

Mis padres me mandaron a mi cuarto, pero entre las sábanas todavía podía escucharlos.

Tuve un orgasmo largo y lento.

Abrí los ojos y aquellos gritos se perdieron como un mal sueño.

Ella se paró y caminó al baño. Escuché el sonido de la regadera y me puse de pie, desconcertado. Por un momento no supe qué hacer. Entonces me vestí, tomé mi abrigo y salí de ahí. El frío me golpeó sin misericordia.

Decidí caminar por donde habíamos llegado, esperando encontrar un taxi que pudiera llevarme al aeropuerto.

—¡Güey! ¿Lo viste? ¿Lo viste, güey?

Santiago gritó desde la escalinata de una casa. Se acercó corriendo con la botella de *whiskey* vacía.

—¿Lo viste? ¿Lo viste? —dijo jadeando.

Tomé la botella de su mano y la aventé al centro de la calle.

—¿Lo viste? —volvió a preguntar.

Me quedé callado, mirando el punto donde la botella había sido salvada por la nieve.

II

E. tiene la suerte de tener familia en Los Ángeles. Lo instalan en la habitación que antes era de su primo. Un domingo sus tíos lo presentan a sus amigos como *el sobrino periodista* y cuentan *su historia*. Algunos parecen comprender, responden: "No, pues está cabrón" o comentan que lo mejor sería exhibir la realidad en México, denunciar, escribir la historia. ¿Escribir qué?, se pregunta E. Cualquier anécdota, piensa, está compuesta por dos caras. Una es así:

$$\varsigma + \vartheta + \mathrm{P}$$

La otra se parece a esto:

28

Ψ + ϑ + Λ + P

Piensa en M. y en cuál será "su historia". Ambas empatarán en algún punto, pero serán esencialmente distintas. Escribir, entonces, significa escoger una ruta. En todo caso, E. sabe que cualquier camino que elija pasará, irremediablemente, por la sangre. Tal vez por eso ha pensado tanto en la nieve. Para neutralizarla. Silenciarla.

Le sorprende que estas palabras no sean muy distintas a las que usan los sicarios.

Recuerda, entonces, la frase de un libro que leyó poco antes de salir de México: *la nieve ha extendido en el suelo una capa muy blanca, pero las huellas de los que pasan la han ensuciado*.

La ha escrito también un exiliado.

En la silla del dentista Martínez recordó el ruido de los balazos y el crepitar del fuego

Era verano y el calor quemaba como gusano azotador. Atolondrados, avanzaron con ambas manos en el rifle, tratando de no achicar los ojos ante el sudor que se les acumulaba en la frente. Quitaron los seguros y avanzaron por la calle polvosa. El jefe pasó su índice sobre el cuello.

En una de las casas, Martínez encontró a un anciano sentado en una mecedora.

¿Qué hacían esos dientes ahí, en medio del desierto?, pensó.

El viejo se rio.

Trac trac trac, comenzaron los disparos como una lluvia terca.

Martínez titubeó un segundo y luego disparó. Una sola bala, justo en la cabeza. *Puedo venderlos en la ciudad*, pensó. Metió el cuchillo en la boca del viejo y la mandíbula se rompió con un ruido

húmedo. Pateó los restos hasta romperlos en pedazos y los guardó, todavía ensangrentados, en el bolsillo.

"¿Cuánto valen 32 dientes de oro?", se preguntó. Al salir prendió fuego a la casa.

Esa noche, frente a un plato de frijoles, se imaginó en una camioneta del año y se rio para sus adentros. "Pinche suerte", dijo entre dientes.

Esa noche tuvo pesadillas.

Despertó asustado, con el eco de la risa del viejo todavía en la cabeza. Se puso de pie y fue a buscar un vaso de agua. La sensación de sequedad era como una cicatriz entre nariz y garganta. *Pinche sed* culera, pensó. La luna iluminaba de un tono azulado las cosas, dándoles a los rifles y a los hombres una apariencia acuática. Regresó a la cama y tocó el bolsillo de la chaqueta que colgaba del respaldo: ahí seguían los pedazos de mandíbula bajo la tela.

Intentó volver a dormir, pero no pudo: ese día habría un combate y, por primera vez, tuvo miedo. Se paró de nuevo, ahora al baño, con los dientes en la mano. Bajo el agua caliente los terminó de desprender del hueso. Recordó aquella carcajada dorada, llena de sangre, y la imagen le produjo escalofríos. Juró deshacerse de los dientes si sobrevivía, pero esa misma tarde un par de tiros lo hicieron escupir un trozo de pulmón. Antes de cerrar los ojos, tocó esos dientes como si fueran los misterios de un rosario. A lo lejos escuchó o creyó escuchar los ladridos de un perro.

Cuando despertó, estaba ya en una de las haciendas del jefe: alguien lo había sacado en hombros de aquel infierno. "¡Órale!", le dijeron a la semana al tiempo que le daban una bolsa con dinero. Débil, tomó un autobús al norte, aferrado a su morral como si fuera

un salvavidas. En la ciudad se miró al espejo: había quedado como desinflado, apenas si podía caminar sin agitarse.

Al menos no me mandaron de regreso en una caja.

Puso los dientes junto al resto de sus cosas y jaló hacia Estados Unidos.

"¿Cómo le llaman acá a las tiendas de empeño, compa?".

Le dieron señas y avanzó entre calles que bien podrían ser cualquier ciudad en México. En el mostrador acomodó los dientes, pero no los vendió. El dinero que le ofrecieron le pareció muy poco. Salió de ahí, se puso el sombrero y a los pocos días consiguió un trabajo.

Nunca se compró una camioneta: consiguió un Dodge Stratus de los noventa y con eso le bastó. Tampoco se casó, pero no porque no lo intentara: se le quedó anidado en el pecho un silbido ronco que no lo dejaba dormir ni a él ni a cualquiera. Al menos se compró un perro, un chihuahua que al ponerse nervioso se orinaba.

Una noche, después de varios años, despertó con una sed terrible. Fue a la cocina y se sirvió un vaso de agua. Miró el reloj: eran las cuatro de la mañana y supo que no iba a poder dormir de nuevo. En vez de eso, se puso a mirar fotos que trajo consigo de México. No se reconoció en ellas: lucía alto, fuerte, jovial, acaso lleno de suerte. Al guardarlas de nuevo en el fondo del cajón, Martínez encontró la caja, hace mucho olvidada, con esos treinta y dos dientes.

Sonrió. Regresó a la cocina y, ahí, los pulió uno por uno. Al día siguiente fue al dentista. Cuando lo recibieron, Martínez extendió los dientes sobre el escritorio como una hilera de soldados y, con un gesto cansado, dijo: "Póngalos en mi boca".

Salió de ahí con las encías llenas de sangre, riendo.

III

E. y su primo empacan sus cosas y manejan cuatro horas hasta Yosemite. Al llegar ahí no encuentran lugar donde acampar, así que salen del parque y vuelven a un campamento que han visto en el camino. Un hombre grande, con pecas en los brazos, les cobra treinta dólares a cada uno. Se estacionan cerca de las duchas y E. piensa en armar la tienda de campaña antes que oscurezca por completo.

—¿Qué trampa, raza?

A su lado, un grupo de mexicanos cocinan carne a la parrilla y beben cerveza. Su primo se acerca y los saluda a todos con un apretón de manos.

E., mientras tanto, lee las instrucciones de la tienda. Huele a pino y a su alrededor cientos de insectos comienzan a chirriar conforme avanza la oscuridad. ¿Hace cuánto que no estaba así, en medio de la naturaleza, sin otra preocupación que armar una tienda de campaña?

Mira el horizonte, que ahora se agota tras los árboles, y le viene a la cabeza una conversación que tuvo con M. en alguna ocasión. Hablaban sobre la reencarnación y E. le preguntó en qué lo haría si pudiera elegir.

—En una orquídea —dijo ella.

—¿Por qué?

—Es la Mata-Hari de las plantas. Hay, por ejemplo, una orquídea con pétalos que asemejan a una abeja hembra. Así es como logra la polinización.

—¿Y? —preguntó E.

—Me gusta la idea del disfraz, la intención tras lo aparentemente inmóvil.

Al día siguiente vuelven al parque. En cierto punto el paisaje es una fotografía quemada: el bosque está calcinado y los árboles no son sino esqueletos ennegrecidos.

—¿Qué pasó aquí?

—Incendios —responde su primo—. Son comunes durante el verano.

Se estacionan en una de las áreas designadas y avanzan a pie hacia El Capitán, una enorme pared de granito al norte del valle. El monolito se extiende casi un kilómetro por encima del piso, dándole una sensación de opresión conforme se acercan al gigante.

En cierto punto del recorrido no pueden continuar más: el fuego ha alcanzado el parque y han cerrado el camino a la montaña.

—¿Sabías que las piñas de las secuoyas sólo se abren con el calor del fuego? —dice su primo mientras dan la vuelta.

—¿Por qué?

—Los incendios queman las plantas y árboles alrededor. Esto permite, además, que la luz del sol llegue a la capa de ceniza que cubre el suelo. El incendio no sólo elimina a su competencia, sino que brinda los minerales que necesita para su reproducción.

E. piensa que hay algo que conecta la historia de las orquídeas con la que acaba de contar su primo. Hay, en ambas, un movimiento sutil, una energía en lo aparentemente inmóvil.

"¿Es un incendio lo contrario a una nevada?", se pregunta E. al pasar de nuevo frente a aquel paraje desolado por el fuego.

Comenzó como una carcajada aguda, similar a la que uno escucha en las caricaturas de la televisión

A algunos nos provocó risa, una risa nerviosa, sin duda, pero natural si pensamos que estábamos en la oficina. Entonces la carcajada se convirtió en un grito y alcanzó un tono más grave y sostenido, sumiéndonos a todos en una densa perplejidad que nos dejó inmóviles, dudosos.

Nuestras risas pararon y varios de nosotros, entonces, nos levantamos de nuestro lugar. Era natural, claro está, tratar de averiguar qué pasaba, pero por alguna razón nos movimos muy lento: primero nos pusimos de pie y nos quedamos así, inmóviles, mirándonos los unos a los otros mientras aquel grito persistía en algún lugar de nuestro piso, suspendido sobre nosotros como un cable de electricidad o la sombra de un rascacielos.

Juan rompió el suspenso y caminó hacia el origen del grito. Los demás lo seguimos. Avanzamos con pasos lentos, tal vez porque temimos lo peor aunque, ¿qué era lo peor? No lo sé. El grito resistía hasta los límites de lo posible, quiero decir, no paró en ningún momento, o al menos eso me pareció, aunque tal vez sí paró y la persona —pero en ese momento no era una persona, sino un sonido abstracto, un concepto—, en algún momento, tomó aire para entonces convertir su risa, aquella risa, en un grito horrendo. Si fue así no nos dimos cuenta.

En todo caso ahora ese grito parecía haber llegado para no irse nunca.

Mientras caminábamos recordé un programa de televisión de mi niñez. En él, un viejo al que llamaban Tío se hacía acompañar de la botarga morada de un gato. Ambos retaban a los niños a maullar sosteniendo el aire el mayor tiempo posible. Pero esto no era un maullido, era un grito, profundo como un pozo.

Avanzamos cautelosos bajo la luz blanca, prístina, de la oficina. John, el gerente de cuentas por cobrar, dio un paso más. Carmen, la secretaria, avanzó también con sus zapatos fosforescentes. Eran naranjas, con un tacón alto, estilizado, que hacían lucir mejor sus piernas. Tal vez pensé en esto mientras avanzábamos, tal vez no, tal vez lo pienso ahora y en ese momento estaba obsesionado por el grito y nada más. No lo sé. Caminamos por el pasillo en el que se encuentran las salas de juntas. En una de ellas, el equipo de ventas discutía los resultados trimestrales. Quizá por eso no escucharon el grito: estaban encerrados, tratando de comprender los números que se proyectaban en la pantalla frente a ellos. O tal vez el grito entró en su discusión como un ruido de fondo, similar

al que hace el aire acondicionado. Difícil saberlo. Más de uno nos miró con curiosidad desde su pecera, más de uno abrió la puerta y nos preguntó qué estaba pasando. Pero nadie contestó, ¿cómo podíamos contestar a algo para lo que no teníamos respuesta? Dejamos, en silencio, que escucharan el grito y avanzamos.

Había voces al final del pasillo. Juan se detuvo, pero el resto del grupo siguió adelante para tener una mejor idea de lo que estaba pasando. Pero ¿qué estaba pasando? Yo, días después, todavía no lo comprendo.

El origen del grito era un colega. Vestía como todos nosotros: camisa blanca y corbata azul. Alguien tomó su gafete y leyó su nombre en voz alta, esperando algún tipo de eco. Nadie dijo nada. En el respaldo de su silla colgaba su saco. Otro, a su lado, había llamado ya a los servicios de emergencia. "¿Por qué tardan tanto?", preguntó alguien. Yo tampoco lo entendía. Uno de sus compañeros lo tomó de los hombros y lo sacudió, pero no sucedió nada. El grito seguía ahí, entre todos nosotros. Otro le dio entonces una bofetada, pero el hombre continuó gritando sin parpadear. Una mujer, entonces, le echó agua en el rostro. Nada. Cero respuesta.

Los paramédicos llegaron. "¡Por fin!", dijo el que había llamado por teléfono. Le tomaron el pulso y le dieron una inyección. Para este momento algunos ya habían regresado a sus estaciones de trabajo. Los que nos quedamos compartimos nuestras teorías al respecto. "Estrés". "Trabajo". "Se le murió la esposa". "O el hijo". "La suegra". Yo no hice bromas ni compartí teoría alguna. "Qué lío", eso fue lo que dije. Los de emergencias lo llevaron hasta el elevador. "Bueno, se acabó el show, vuelvan a trabajar", dijo uno de los directores. El grito descendió 36 pisos hasta la calle. Se había

ido, pero me pareció que había dejado algo en el aire. Y no entiendo bien por qué pienso esto: que lo había contaminado. Mencioné esto a mis colegas a la hora del almuerzo, pero nadie —ni yo mismo— le prestó atención a mi comentario.

"Fue horroroso", dijo alguien en la mesa. "¿Qué es el horror?", le pregunté; pero se quedó callada. En el auto, durante la hora y media que me toma regresar a casa, medité sobre esto. Concluí, mientras me estacionaba, que no sabía lo que era el horror. Ni siquiera tenía una definición para ello. Podría mencionar un ejemplo, como encontrar en la sala de tu casa, después de un día de trabajo, a toda tu familia asesinada. Eso sería un ejemplo del horror, pero no sé decir qué es el horror. Algo malo o terrible, supongo, pero nada de eso pasó en la oficina. No había sangre ni muertos. En la computadora había un archivo de Excel. En sus ventanas de internet estaba abierta una compañía de viajes. Acababa de ser día de pago. Es decir, no había nada que anunciara que algo atroz hubiera sucedido. Ninguna señal. Ninguna pista.

Entré a casa y olí la cena. Me senté a comer en silencio mientras Samantha, mi mujer, comenzó a relatarme los pormenores de su día. Su investigación sobre posibles escuelas. Los problemas de su madre. Las vacaciones de diciembre. El bebé, en otra habitación, dormía otra más de sus habituales siestas. Al parecer algo gracioso había pasado en la guardería, porque Samantha se echó a reír. Cuando se sentó, finalmente, no tuve fuerzas para contarle lo que había pasado ese día, ni le hablé de la desazón en la que me había sumido. ¿Por qué no lo hice? No lo sé. En vez de eso sonreí, pero una vez en la cama seguí pensando en aquel grito. Cerré los ojos y di las buenas noches, pero recordé, cosa por

cosa, todo lo que había pasado esa mañana. El niño comenzó a llorar. Le susurré a mi mujer que se quedara acostada y me puse de pie. Tomé uno de los biberones del refrigerador, lo calenté y fui a la recámara del bebé. No le gustó que fuera yo el que le diera la mamila. Leí, en alguna revista, que en sus primeros meses los bebés piensan que él y su madre son la misma persona. Debe ser terrible darse cuenta de que no es así, que uno está solo y no hay nadie a quien acudir cuando cosas horribles suceden. "Es aterrador, ¿no?", le pregunté mientras le daba su mamila. Al poco tiempo los dos nos quedamos dormidos sobre el sofá.

Cuando mi esposa despertó me regañó por haberme quedado ahí, con el niño entre los brazos.

—Se te pudo haber caído.

No discutí. Me bañé, me vestí y emprendí de nuevo el viaje hacia el trabajo.

En la oficina ya nadie habló del grito. El escritorio de nuestro colega amaneció vacío, como si nunca hubiera estado en nuestra empresa. Todo lucía normal y yo, también, evité mencionar el incidente. Tal vez era ahora de mal gusto. Había más trabajo que el usual, así que comí rápido y regresé a mi lugar.

No me di cuenta de lo tarde que era hasta que bajé al estacionamiento y vi que la mayoría de los empleados ya se habían ido. A unos metros de donde yo estaba había otro hombre. Caminaba con su portafolio en la mano, como yo, entre las columnas de concreto. Activó el bip que anuncia la apertura de los seguros, pero antes de abrir la puerta, justo antes de tocar la manija del auto, se detuvo. Mi coche estaba a unos pasos. Pasé a su lado y le di un vistazo. Nunca lo había visto. Tal vez trabajaba en otra empresa, una de

las tantas en esa torre de setenta pisos. Era un tipo regordete, con mucho pelo. Se quedó de pie, sin moverse un ápice. Era como si estuviera pensando en algo, algo que había olvidado en la oficina, un pendiente acaso o un mandado que tendría que realizar al salir de ahí. Pasé a su lado y cuando lo perdí de vista comenzó a reírse. Volteé de un brinco. La risa comenzó ligera, apenas como un murmullo, hasta crecer en una catarata. El hombre se llevó las manos al estómago y su boca se abrió de forma poco natural, tanto que temí se rompiera. La risa era ahora una carcajada destructiva, peligrosa, casi infernal, y su cuerpo, antes congelado, cayó al suelo, preso en convulsiones ridículas como las de un niño al que le haces cosquillas. Y entonces sucedió aquello: la carcajada se convirtió en un grito, el grito, el mismo grito que el del día anterior.

Tuve la sensación de que me movía en un extraño éter: podía sentirlo en los poros oprimiéndose contra mi piel. Sin saber exactamente cómo, llegué al *lobby* y di aviso al personal de seguridad. Minutos después los servicios de emergencia sacaron al hombre en una camilla. Sostenido por un par de correas, seguía sumido en su rictus tétrico. Alguien, cerca de mí, preguntó qué había sucedido. No contesté.

Dejé el coche en el edificio y caminé hasta un bar cercano. Bebí un *whiskey* y luego otro, pero después del tercero sentí la necesidad de hablar, como un gato siente la necesidad de escupir una bola de pelo. Le pregunté al cantinero si recordaba al Tío de la televisión, pero negó con la cabeza.

—Salía junto a un gato morado —dije—. Regalaban juguetes y leían cartas. ¿No los conoce? Era un viejo de saco rojo. Y el gato, morado.

—Creo que sí —dijo, sin dejar de limpiar los vasos que acababa de sacar del lavavajillas.

Bebí y continué.

—Una vez fui a su programa en vivo. El gato tenía un concurso. Formaba a los niños en una fila y les decía que tenían que maullar con él. Yo practicaba cada que lo veía en televisión. Un día, después de mucho rogar, mi madre me llevó al estudio. Había que formarse desde temprano y pasar una preselección que incluía una versión abreviada del concurso. Quedamos cinco niños. Había un gordinflón a mi lado. Antes de comenzar a maullar me metió un codazo en las costillas. Comencé a sudar, pero no recuerdo si estaba nervioso o si solamente era el calor de las luces del estudio. En la oscuridad creí ver la silueta de mi madre.

El cantinero se acercó y me preguntó si quería otro trago.

—Adelante.

El líquido marrón se derramó en mi vaso como una ola generosa. Frente a mí había un espejo. Bebí y me miré a los ojos. Lucían cansados, con un extraño brillo en ellos.

—¿Y luego? —preguntó el cantinero para seguir la conversación.

—El gato nos formó por estaturas. Yo quedé en medio y el gordo en el extremo más alto. El gato y una asistente contaron hasta tres y todos comenzamos a maullar. El barullo llenó el estudio como un coro de niños. Tal vez estoy exagerando. Cerré los ojos y me concentré: había hecho esto cientos de veces frente a la televisión, sólo necesitaba relajarme. Evitar sacar el aire demasiado rápido. Apretar el estómago. Por un momento no escuché nada salvo mi propia voz. Sentí, entonces, una palmada en la espalda y

abrí los ojos. El resto de los niños me miraba desde una esquina mientras las siluetas de la audiencia aplaudían detrás de las luces.

Pedí que me sirviera de nuevo y, por un momento, me dieron ganas de ponerme a maullar ahí mismo. Sonreí y apoyé mi frente en mi mano izquierda.

—El tío del gato agradeció al resto de los niños mientras a mí me sentaba en su pierna. Hablamos un poco y luego hubo un corte y me llevaron detrás del estudio. A mi madre le hicieron firmar una hoja antes de entregarle un paquete con golosinas y juguetes.

—¿Sólo era eso el premio? ¿Dulces y juguetes? —preguntó el cantinero.

—Creo que había algo de dinero. El gato, todavía en su botarga, me preguntó si me interesaba conocer el camerino de su tío. Me emocioné. Una asistente entretuvo a mi madre mientras el gato me llevó hasta un cuarto en la parte trasera. Había un espejo rodeado de focos y una silla. Maquillaje como el que usaba mi mamá. Pósteres, fotos con celebridades. Un sillón gris, desgastado y hundido.

Le hice un gesto con la mano antes de continuar. El cantinero abrió una vez más la botella e hice una seña para que llenara el vaso.

—Entramos y el gato cerró la puerta. "¿Quieres un juguete?", me preguntó mientras cerraba el pestillo de la puerta. Tenemos los mejores.

Bebí e hice una pausa. El cantinero me miró con curiosidad, pero sin decir nada.

—Puso varios sobre la mesa. Eran los mismos que se anunciaban en la televisión, los que aventaban misiles, los que tenían luces, los que volaban. Me acerqué, emocionado. Todo por

un maullido largo y agudo. "También tengo ropa", dijo el gato; pero ya no con su voz de gato. Sacó una playera, un short y un par de calzoncillos. *Los adultos siempre regalan ropa*, pensé, *son aburridísimos*. Se sentó en el sillón frente a mí. "Pruébatela, es tuya". Lo miré: su botarga parecía darle mucho calor. Jadeaba. "Si quieres esos juguetes, pruébate la ropa", volvió a decir. Volteé a mí alrededor: no había nadie; pero pude verme reflejado en los espejos del tocador.

Le di otro trago a mi vaso y me miré las manos. Sentí un aire espeso entre los dedos.

—Salí de ahí con juguete nuevo. Mi madre no estaba preocupada: le habían dicho que me habían llevado a dar un *tour* por el estudio. Al mirar el juguete me preguntó: "¿Y eso?". "Se lo ha regalado la producción", dijo una de las asistentes. "¿Y diste las gracias?", me preguntó todavía.

Terminé el trago e hice una seña con la mano para que me sirviera de nuevo, pero el cantinero me acercó la cuenta.

—Mejor váyase a casa. ¿Tiene familia?

—Esposa y un pequeño de cuatro meses.

—Vaya con ellos.

Pagué y me dirigí a la puerta.

—Por cierto —dije antes de irme—, ¿nadie aquí se ha puesto a gritar en estos días?

El hombre no respondió. Afuera la noche se había quebrado como un plato. Caminé hasta la estación y me subí al tren que me llevaría a casa. Miré mi reflejo traslúcido en la ventana: era como si del bar al tren mi rostro se hubiera deslavado. Una hora después el tren se había vaciado. Bajé en mi estación: las luces de las farolas eran astillas que se encajaban en mis ojos.

Llegué a casa y entré, tratando de no hacer ruido. Me senté en la cocina, me quité los zapatos y bebí una última cerveza. Estaba cansado. Al subir las escaleras escuché al bebé quejarse. Miré el reloj y pensé que no tardaría en levantarse. Caminé hasta el cuarto: la lámpara del buró estaba prendida. Me quité la ropa y me quedé sentado en la cama unos minutos.

—¿Mucho trabajo? —me preguntó mi mujer entre sueños.

—Sí.

El bebé, entonces, comenzó a llorar.

—No te levantes.

Bajé por la mamila, la calenté y regresé al cuarto. Su cuerpecito se retorcía en la cuna, gritando a todo pulmón. Me paré a su lado, con la mamila enfriándose en mi mano. No sé por qué me dio risa. Vi a mi esposa entrar poco después de que mi grito llenara toda la habitación.

IV

—No se puede entender a Estados Unidos sin el concepto del *road trip* —le dice su primo a E. durante el trayecto de regreso—. Es el complemento a la expansión vertical del cohete y el rascacielos pero, también, el regreso a los cuáqueros y sus largas cabalgatas por el oeste. La magia de la autopista viene del eco de la libertad de aquellos tiempos. Vivir sin ley es lo mismo que vivir sin responsabilidades: ni hipoteca ni niños en el colegio. El *road trip* es un viaje sin objetivo; pero, también, sin amor. Visto desde otro punto de vista, el recorrido en carretera es *el amor a la soledad*. El sexo existe, por supuesto, pero sucederá siempre en moteles de paso al lado del desierto.

—En otras palabras: Perseo —dijo E.

—Exacto.

—Esto está relacionado, de alguna manera, con un escritor español que escribe sobre un prostíbulo en medio del desierto. Un día llega a este lugar un hombre que colecciona fotografías. Tiene una relación amorosa con una de las prostitutas gracias a un accidente: entre las fotos que trae consigo está, por causas desconocidas, el retrato de la madre de la prostituta.

—Parece una escena de una película de Wim Wenders.

—Cuando el hombre se va, ella se sienta en un coche abandonado a observar la carretera. Alguien le pregunta: ¿de qué te sientes más orgullosa?, a lo que ella responde: "el amor es un trabajo difícil, amar es lo más difícil que he hecho en toda mi vida".

—Hermoso. Baudrillard decía que la extensión del desierto se asemeja a la eternidad de una película.

—Sí, el texto y el film se parecen: ambos no son sino un intento por crear un paisaje ante la desolación del territorio en blanco.

Habitación disponible con simpática pareja. Excelente ubicación

Comenzamos rentando uno de los cuartos. Fue Joana la que tuvo la idea.

—Mira —me dijo, y me pasó la computadora donde estaba abierta la página de uno de esos sitios que te permite rentar tu departamento como si fuera un hotel.

—No sé, no me gusta la idea de tener extraños en casa. ¿Qué tal que se roban algo?

—¿Qué se van a robar, si no tenemos nada? Anda, tal vez así podamos ahorrar algo.

Puse el aviso con el título: "Habitación disponible con simpática pareja. Excelente ubicación". Nuestro primer huésped llegó ese mismo verano, un señor de cincuenta años que estaba viajando en automóvil por todo Estados Unidos.

Dejamos una toalla limpia sobre su cama y compramos jabón y champú de una marca reconocida. La estancia incluía desayuno continental —me enteré por Joana que le llaman *continental* porque la gente en Estados Unidos se refería a Europa como *el continente*—, así que yo me despertaba un poco más temprano para cortar la fruta y servir el jugo y el café justo antes de que nuestro huésped, mapa en mano, saliera a conocer San Francisco.

Todo salió muy bien y vimos el dinero llegar a nuestra cuenta a los pocos días.

—Ha dejado una buena reseña. Mira.

—"Excelente estancia en el corazón de San Francisco. Mark y Joana son unos anfitriones maravillosos. Totalmente recomendable". Caray, qué generoso.

—¡Genial! Si nos va bien podremos ahorrar algo de dinero, ¿no crees?

Asentí. Joana siempre tenía razón y yo bromeaba que ella era la inteligente de la pareja. Poco después hospedamos a un japonés, a un inglés y a una pareja de franceses. No aceptábamos peticiones de estancia todo el tiempo —a veces lo único que queríamos era estar tranquilos en casa— ni de todo el mundo —había personas sospechosas y comenzamos a leer en la prensa de algunos casos de robo—. En todo caso, nos guiábamos por las reseñas y nuestra propia agenda, pero lo cierto es que con las rentas comenzamos a ahorrar y pagar deudas.

—A este paso, a fin de año habremos liquidado las tarjetas.

Joana estaba feliz.

Un fin de semana que ella se fue a visitar a sus padres tuve una idea: podíamos hacer el doble de dinero si rentábamos otro de

los cuartos. Era una habitación pequeña que habíamos destinado a guardar cajas y nuestras bicicletas, pero bien podría caber una cama y un pequeño escritorio. Puse manos a la obra. Cuando Joana regresó le enseñé la remodelación que había hecho.

—Si nos va bien, podremos irnos de vacaciones a fin de año.

Joana sonrió, nerviosa.

—No sé, cariño. Vamos a tener mucha gente.

—Todo va a estar bien, ya verás.

Y estuvo bien: recibimos el doble de gente y ganamos el doble de dinero. Automatizamos algunos procesos: la gente podía tomar la llave del departamento directamente de una caja de seguridad fuera de la propiedad y la podían dejar ahí cuando salieran. El desayuno era ahora café o jugo que cualquiera podía tomar del refrigerador o la cafetera. Compramos jabón y champú en el Costco y con eso ahorramos otro poco.

Las cosas lucían bien.

Joana estaba un poco cansada, eso sí, de tener a gente en el departamento todo el tiempo. Casi no teníamos intimidad. A veces podíamos oírlos hacer el amor en alguna de las habitaciones. Al principio hacíamos bromas, pero pude ver en el rostro de Joana cierta tristeza que yo asumí como una breve melancolía.

—Nos iremos de viaje y ya verás cómo todo esto habrá valido la pena.

Un día, uno de nuestros huéspedes se enfermó de gravedad. Nos envió un mensaje de texto diciendo que se estaba muriendo. Joana pidió permiso en el trabajo y salió corriendo al departamento. Yo estaba en una junta. Cuando llegó encontró al hombre en el suelo.

—¿Qué pasa? —le preguntó; pero el hombre respondió con un quejido. Llamó al 911 y una ambulancia llegó al departamento.

—¿Es un familiar? —le preguntó uno de los vecinos.

—Sí.

No recordaba ni cómo se llamaba. Joana fue con él al hospital. Peritonitis. A los pocos días estaba de vuelta. Su reseña fue espectacular.

—Escucha esto: "Sentí un dolor en el abdomen y caí al suelo. De verdad, sentí que moría. Lo único que pude hacer fue enviarle un mensaje a mi anfitriona. A los pocos minutos estaba en casa. Fue ella quien llamó al 911 y me acompañó al hospital. También llamó a mi familia cuando supo que todo había salido bien. La recomiendo completamente, no hay mejor anfitriona. ¡Una heroína!".

La nota fue retomada por algunos periódicos locales gracias al departamento de relaciones públicas de la empresa. Joana se convirtió en una celebridad por un corto tiempo: dio algunas entrevistas en las que la empresa la instruyó a elogiar las ventajas de compartir tu departamento con viajeros.

Recuerdo una muy chistosa en la que Joana, visiblemente incómoda, responde a las acusaciones de un periodista de que este tipo de servicios han incrementado las rentas en la ciudad.

—¡Patrañas! —contestó Joana.

El video lo subimos a internet y a todos nuestros amigos les pareció delirante. "Patrañas" fue nuestra palabra favorita durante un tiempo. Debo decir que también fue un periodo muy estresante. Joana quiso parar pero yo la convencí de seguir adelante. Estábamos muy cerca de poder ahorrar el dinero necesario para irnos dos semanas de vacaciones a Las Vegas.

—No podemos parar ahora, cariño. Recuerda que el hotel es carísimo.

—Ni siquiera sé por qué escogimos Las Vegas. Bien pudimos ir a cualquier otro sitio. Siempre he querido conocer Europa.

—Ya iremos a Europa, mi vida. Por el momento piensa en todas esas postales que nos han llegado de nuestros huéspedes.

Joana no apreció la broma.

Tuvimos una racha de mucho trabajo y yo me hice cargo del sistema de reservaciones para darle un poco de espacio a Joana, pero debo decir que no fui tan meticuloso como lo había sido ella hasta el momento. Llegaron algunas personas, digámoslo así, no tan recomendables: Ebony y DeShawn. Cuando los vio, Joana dijo:

—¿Qué tal que nos roban algo?

—¿No eras tú la que decía que no teníamos nada que nos pudieran robar?

—Eso era antes. ¿Y si fuman *crack* en la habitación? ¿O si nunca se van y se quedan a vivir aquí para siempre?

—¿De qué estás hablando?

Intenté ser simpático, pero los comentarios de Joana me predispusieron. Cuando se fueron, recibimos la primera reseña de tres estrellas.

—¡Mira lo que estos idiotas han escrito de nosotros!

—No lo quiero leer.

—"Joana y Mark son la típica pareja blanca de la costa oeste. Simpáticos, pero vacíos. La estancia estuvo bien, pero nada más. Excelente ubicación".

—¿"Típica pareja blanca"? Son unos racistas.

—Vaya que lo son. Y eso sin mencionar todo el ruido que hicieron en la noche. Qué falta de respeto. Deberíamos dejarles un comentario negativo sólo por eso.

Pensamos en parar. Joana estaba cansada de tener a tanta gente en casa. Una mañana le pedí que fuera a comprar jugo —me había quedado dormido y se me había hecho tarde como para hacerlo yo mismo—.

—A la mierda el jugo. Si quieren, que se lo compren ellos.

Tal vez nos escucharon, pues recibimos otra reseña mediocre después de esto. Miré nuestra cuenta de banco y pensé que faltaba muy poco. Si continuábamos podríamos tomar un viaje en helicóptero por el Gran Cañón.

Joana lloró esa tarde.

—Estoy harta —dijo—. Extraño nuestra intimidad.

—Preciosa, tenemos intimidad.

Justo en ese momento alguien tocó a la puerta: los huéspedes no sabían cómo utilizar la regadera. Joana se acurrucó en nuestra cama y no salió de ahí el resto del día.

Una semana después me enteré de que habría una conferencia importante en la ciudad. Todos los hoteles estaban llenos y los precios para alquilar una habitación habían subido considerablemente.

—¡Es nuestra oportunidad! —le dije a Joana.

—¿De qué?

—De ganar más dinero. Si lo hacemos bien, vamos a poder reservar ese vuelo en helicóptero del que hablamos.

—¿Si lo hacemos bien? Llevamos haciéndolo ya por diez meses, ¿a qué te refieres con hacerlo bien?

La miré a los ojos y dije:

—Vamos a rentar todo el departamento.

—¿A qué te refieres con "todo el departamento"?

—A eso. Lo vamos a rentar.

—¿Y nosotros?

—¿Qué quieres decir?

—Nosotros, idiota, ¿dónde vamos a dormir esa semana?

—Ya pensaré en algo.

Puse todo el piso en renta y esperé a que llegara una oferta. No pasaron ni treinta minutos cuando ya lo habían reservado al triple del precio regular. Lo único que faltaba era encontrar un sitio donde hospedarnos esos días. Llamé a varios amigos y les pedí quedarnos en su casa.

—Lo siento, pero estamos rentando el cuarto.

—Me encantaría ayudarte, pero tenemos huéspedes hasta en el patio. Lo digo en serio: están acampando.

—Amigo… lo siento. De veras.

Así una y otra vez. No había nada en la ciudad. Comencé a buscar en los alrededores, pero los precios de los hoteles eran altísimos y, además, gastar dinero en ello era una estupidez pues iba a reducir nuestro margen.

La fecha se acercaba y cuando Joana me preguntó qué haríamos le mentí y le dije que tenía todo arreglado. Pocos días antes tuve una idea. Conseguí un pase por una semana en el gimnasio más elegante de la ciudad y le dije a Joana que preparara su equipaje.

—Vamos a tener una semana muy activa.

—¿Ah, sí? ¿Qué vamos a hacer?

—Ya verás.

Dejamos las llaves en el candado, para que el huésped las tomara, y metimos nuestras cosas en el auto.

—¿Dónde nos vamos a quedar?

—Aquí.

—¿A qué te refieres con "aquí"? ¿San Francisco?

—No. En el auto.

Su gesto transitaba entre la rabia y el asombro.

—¿Qué?

—En el auto. Vamos a dormir en el auto. Nos levantamos temprano y vamos al gimnasio. Conseguí estos pases. Nos podemos bañar ahí. Luego desayunamos en algún café y nos vamos a trabajar.

—¡Estás loco!

—Será como un *road trip*, sólo que sin movernos. *Staycations*.

—¡Estás loco!, ¡estás loco!

Joana perdió el control y comenzó a llamar a sus amigos. Alguien le dijo: "¿Qué no sabes que no hay ni una sola habitación disponible en toda la ciudad?". La gota que colmó el vaso fue cuando llamó a Julia, su mejor amiga:

—Joana, qué pena, pero tengo visitas.

—¿Visitas? ¿Te están pagando?

—No, son amigos que visitan la ciudad.

—Diles que no puedes recibirlos. Te pagaremos. Y lo haremos bien. En serio.

—Joana, no te reconozco…

Colgaron. Estaba devastada.

—Todo esto ha sido una locura, ¿sabes?

—Joana, mi amor. Estamos bien. Sí, es loco, pero es una aventura, ¿no? Como cuando nos acabábamos de conocer y fuimos de campamento a Yosemite, ¿recuerdas?

—No.

—Hacía tanto frío que no pudimos dormir. Nos metimos en el auto a mitad de la noche para poder prender la calefacción. A la mañana siguiente ya no teníamos gasolina.

—Eso es otra cosa.

Joana bajó del auto. No la seguí. Pensé que necesitaba un poco de espacio, así que me metí en un bar a tomar una cerveza. En la televisión pasaban la repetición de los juegos más importantes de la semana.

Un par de horas después recibí un mensaje de ella. "Estoy frente al coche". Regresé y me pidió abrir la cajuela.

—No puedo, simplemente no puedo. Ya no tenemos 25 años y no me apetece dormir en el coche. Pediré permiso en el trabajo, diré que estoy enferma, no sé, pero esta noche me voy en autobús a casa de mis padres.

—¿Qué?

—Estaré allá en lo que termina esta locura. Después veremos.

—¿A qué te refieres con "después veremos"?

—Después veremos qué hacemos con todo este tema de las rentas.

Tomó un taxi a la central de autobuses —no me dejó llevarla— y no la vi durante toda esa semana. Dormí en el coche, en el estacionamiento de un centro comercial a las afueras de San Francisco. Tenía frío, así que me puse una chamarra y me

metí dentro de un saco de dormir. Cuando desperté, las ventanas estaban empañadas.

Después de hacer ejercicio me sentí con más energía y pensé que el plan no estaba tan mal. Esa misma noche recibí una llamada del administrador de mi edificio: había habido un incendio en mi departamento.

Cuando llegué, la gente estaba en pijama, parada a mitad de la calle. En mi ventana, el hollín se extendía como una flama negra hacia el cielo.

—¿Qué ha pasado? —grité cuando vi al administrador en la calle.

Me enteré por fragmentos de la historia: la persona que había rentado nuestro departamento lo alquiló a su vez a otras personas —como no había disponibilidad en toda la ciudad, logró arrendarlo a un precio más alto del que yo le había cobrado—. Esas personas decidieron hacer una fiesta. En algún momento de la noche una de las cortinas se incendió —los bomberos creen que fue por un cigarrillo mal apagado— y la gente salió corriendo del piso mientras la pared se cubría de fuego.

Uno de los vecinos, harto del ruido, salió al pasillo y se dio cuenta de lo que estaba pasando. Fue él quien llamó a los bomberos. Cuando terminaron me hicieron firmar el parte del siniestro y me sugirieron llamar al seguro a primera hora en la mañana. Los vecinos entraron lentamente al edificio. Yo me quedé mirando la ventana hasta que vi a los chicos que habían subarrendado mi depa sentados sobre la banqueta.

—Ahora dónde dormiremos —dijo uno.

—Pueden dormir en mi coche —dije—. Por cincuenta dólares cada uno.

Entramos en el departamento. Tomaron sus cosas y fueron a esperarme a la calle. Miré el piso lleno de espuma y la pared ennegrecida. La mayoría de los muebles de la sala estaban inservibles, eso por no hablar del olor impregnado en cada rincón del departamento.

Algunas fotografías habían caído al suelo. Tomé una: el vidrio se había roto, pero la foto estaba intacta. En ella Joana y yo sonreíamos ante un futuro prominente. No la llamé. El resto de los días me enfoqué en salvar lo insalvable: el dueño del piso nos demandó y yo demandé a su vez al sitio de rentas temporales. El seguro, afortunadamente, cubrió el siniestro sin problemas.

Cuando finalmente le conté lo que había sucedido, Joana se quedó callada al otro lado de la línea. Fue como ponerse una caracola al oído: imaginé un mar inmenso entre nosotros, olas rompiendo en una playa vacía.

Quisiera decir que esta historia termina en el momento en el que Joana y yo nos subimos al avión y tenemos las mejores vacaciones de nuestras vidas, pero eso sería una mentira. No hicimos ningún viaje. Cuando regresó se fue a vivir con una amiga suya y, al poco tiempo, me dijo que lo mejor era separarnos.

No había tristeza en su rostro, sólo una fría desolación.

Dividimos el dinero y ella se mudó a otro sitio. Faltaba solamente un mes para año nuevo. No hice ningún viaje: me quedé en el departamento viendo películas navideñas en la televisión. A veces todavía rento una de las habitaciones, aunque sólo lo necesario para cubrir la parte de la renta que Joana dejó vacía. La

vida va bien, aunque algunas noches me siento terriblemente solo, sobre todo aquellas en las que escucho a alguna pareja tener sexo al otro lado de mi habitación.

V

La horizontal: el viaje en automóvil. El horizonte o, más importante aún, el horizonte en mar abierto. El sexo. Un buen sándwich. La acera y, con ésta, el peatón. El paseo. El desierto. El placer. La primera línea de un *e-mail*. Un bostezo. La sangre en el suelo. El texto. Un lago o un río —el de Heráclito, por supuesto—. El recorrido.

La vertical: el cohete espacial. El elevador y, con él, una carrera corporativa. Un tarro de cerveza. Un árbol consumido por el fuego. El amor. El día o los días. Un click que dice *enviar*. La espiritualidad y, con ella, la obsesión por el infierno. La diversión. La cocaína. El texto. El espejo y cualquier reflejo. La Historia. El mapa.

Toda situación, piensa E., está situada entre estas dos coordenadas. Por ejemplo, la horizontal: el sexo. La vertical: el porno *on-line*. E. se dio cuenta de que M. se había educado en éste la primera vez que se acostaron juntos. Como en el guion de una película porno, M. lo insultó, lo golpeó y lo escupió hasta que E. tuvo que ponerse de pie para pedirle que parara.

Pasada la sorpresa inicial, E. se sumergió en ese horizonte de forma entusiasta, aunque un tanto torpe, tan torpe que se embarazaron. La vertical: un bebé. La horizontal: la juventud.

—Podemos con esto —dijo E., pero ella no estuvo de acuerdo.

La horizontal: la frontera. La vertical: una clínica de abortos.

La realidad cobró la forma de un cliché y todo sucedió como habían visto antes en la televisión:

1. En la entrada un par de mujeres les dijeron: "You don't have to do it".

2. La mujer que le dio el formulario a M. mascaba un chicle que E. imaginó ya sin sabor.

3. Un par de chicas se tomaron una *selfie*.

4. En la televisión pasaban una ópera de Wagner.

5. El único tipo en la sala de espera parecía un proxeneta.

Cuando llegó su turno, E. intentó acompañar a M., pero se lo impidieron. Ella le explicaría después que lo hacen para revisar el cuestionario y asegurarse de que la decisión no es resultado de la presión de un hombre.

E. se quedó en la sala, esperando. El chulo miraba sus redes sociales mientras las chicas se intercambiaban secretos al oído. Después de 30 minutos la enfermera lo llamó y lo llevó al consultorio en

el que M. estaba esperándolo. Cuando lo vio se soltó a llorar. La doctora repasó sus opciones:

—El procedimiento mecánico puede ser realizado aquí mismo —dijo—, aunque también hay otra opción.

—¿Cuál?

—Son un par de pastillas que puedes tomar en casa. Desatan un proceso hormonal similar a la menstruación, aunque bastante violento.

M. volvió a llorar.

—¿Qué opinas? —preguntó después de sonarse la nariz.

E. quiso decir que apoyaba cualquier decisión, pero la voz se le quebró y lo único que pudo hacer fue tomarle la mano.

M. escogió las píldoras y, después de escuchar las instrucciones, volvieron a casa.

El Club de los Realistas Mágicos
Primera parte

Soy un realista mágico. Llegué a tal conclusión después de leer a García Márquez y a Isabel Allende. En la secundaria teníamos a una maestra de español a la que le encantaba dejarnos estas lecturas. Rulfo, Cortázar, Levrero. Cuando terminó el curso y pasamos a otros temas, pensé: yo soy un realista mágico. Reuní a mis amigos y les dije:

—Me llamo Gabo ahora. Gabo, *mothafuckers*. Y todos nosotros vamos a ser realistas mágicos.

—Oh —respondieron con la bocota abierta.

—¿Y eso con qué se come? —preguntaron después, sacados todavía de onda.

—La cosa está así: hay que buscar lo mágico en cada momento y, cuando suceda, no tenemos que sorprendernos.

No me entendieron. Me aventé un ejemplo, pero se me quedaron viendo con cara de pazguatos.

—Eso suena medio trillado —contestó Mike, después de digerirlo.

—Si no sabes, mejor no estés ladrando —contesté.

—Oye, yo no ladro.

—Si eres realista mágico, sí, ¿ves? Otra, ya para que les quede claro.

Me rifé otro ejemplo, aunque ahora fue Johnny el que salió con su pendejada.

—Como en *Twilight* —dijo el baboso.

—No mamen. *Twilight* no es realismo mágico.

—Pero se parece.

—Si quieren, me da igual —respondí harto—. Lo importante es que quede claro que ahora somos realistas mágicos. ¿Estamos?

—Estamos.

Así fundamos el primer Club de los Realistas Mágicos de Columbus, Ohio. A todos les cambié el nombre: Johnny sería Carlos, Mike sería Julio y yo, Gabo, por supuesto. Para celebrarlo fuimos a conocer el hielo, esto es: a comer helados. Pasamos las siguientes semanas buscando situaciones en las que pudiéramos ser realistas mágicos. ¿Un examen? ¿Un accidente de tránsito? ¿El menú en la cafetería? ¿Una mirada? ¿La delicada piel de una chica en el salón de clases? Detrás de cada una de estas cosas había algo oculto y la realidad no era sino un pretexto para imaginar que existía algo esencial, una trama oculta esforzándose por ser visible. Es difícil ponerlo en palabras, pero conforme pasaba el tiempo nuestras ¿intuiciones? cada vez ¿funcionaban?, ¿apuntaban?,

mejor, si es que ¿lo mágico? se puede medir en estos términos. En todo caso, lo importante no era esto. Lo que perseguíamos, en realidad, no era la originalidad de nuestras ideas, sino la amplitud de ellas. No queríamos que lo mágico fuera radicalmente distinto a lo que habíamos leído, sino que simplemente estuviera ¿presente? en cada una de las cosas que vivíamos. En otras palabras, queríamos que la realidad se deshiciera y en su lugar quedara otra cosa, a ser posible ¿lo mágico?, aunque bien nos hubiéramos conformado con cualquier otra cosa, fuera lo que fuera.

Si al principio las posibilidades parecieron ilimitadas, poco después nos aburrimos. Fue Carlos quien lo dijo.

—Esto comienza a ser cansado.

Era cierto. Algo faltaba, pero no sabíamos qué.

—Quisiera ser el verdadero Gabo —dije, abatido.

—No te preocupes —me consoló Julio, poniendo su mano lánguida sobre mi hombro—, podemos ser otra cosa: detectives salvajes o, mejor todavía, plagiaristas.

Sentí sus dedos fríos y pensé que se había puesto a leer sin mi autorización obras de otros autores. Estaba enojado, pero no supe qué responder. Me quedé callado y la idea me vino como un trueno, es decir, con un sobresalto y un leve resplandor.

—¡Ya sé lo que nos hace falta!

—¿Qué? —preguntaron a coro.

—Un mexicano.

—¿Un mexicano? No mames —respondió Carlos.

—Por supuesto, ¿qué no sabes que los mexicanos son surrealistas por naturaleza?

—¿Y eso qué tiene que ver con el realismo mágico? —preguntó Julio.

—¿Qué te dije de andar ladrando? El realismo mágico es lo surreal elevado a la categoría de lo cotidiano, pinche ignaro.

Se quedó callado, resentido por mis comentarios.

—Como les decía, necesitamos un mexicano.

—Mi mamá dice que son unos maleducados que no respetan las reglas.

—Nos quitan los trabajos y se aprovechan de nuestros impuestos.

—Son violadores y rateros.

—Hay que mandar a todos de regreso y construir un muro para que no vuelvan.

—Bueno, bueno, ya estuvo. No se pasen de riata con los pobres mexicanos. Además, como buenos realistas mágicos seguro que vuelan encima de tu pinche muro —dije para reivindicarlos.

—O lo atraviesan —dijo Carlos, agarrando la onda luego luego.

—¿Qué no hay un chico mexicano en nuestra clase? ¿Mario?

—No se llama Mario, si no Miguel.

—Eso: Miguel. ¿Saben dónde vive?

—No, pero mañana le preguntamos.

—Tendremos que hacer una ceremonia de iniciación.

—Sí. Pero en un lugar baldío, para que nadie nos vea.

—¿Por?

—No vayan a pensar, tú sabes… que somos amigos.

—Cualquier pedo decimos que lo andamos buleando.

Al día siguiente nos acercamos a Miguel en el recreo.

—Qué onda, Miguel.

No contestó, solamente entrecerró los ojos y apretó los puños.

—Ya, hombre, quita esa mirada de cerdo mañoso. Te queremos hablar de un proyecto.

—¿De la escuela?

—No, mano, no, de la escuela no. Es *top secret*.

—*Secreto*, *vato* —dijo Julio en español.

—Te lo queremos contar después de la escuela.

—¿Me van a golpear?

—No manches, claro que no. Esto es en buen pedo.

—¿Seguros?

—Simón.

—Bueno.

Quedamos de vernos detrás del Walmart cerca del colegio. Llegamos antes y nos acostamos sobre cajas de cartón, mirando el cielo. Miguel llegó tarde, poco después de las tres.

—Mira, Miguel, te la hago corta. Queremos invitarte a nuestro club.

—¡Ah, chirrión!

—Es el Club de los Realistas Mágicos y nosotros somos los miembros.

—¿Y eso qué es?

—¡No mames!, ¿no conoces el realismo mágico?

—Nel pastel.

—Pinches mexicanos, si a duras penas saben leer.

—Aguanchen, aguanchen —dije relamiéndome los labios—. Uno no le pone etiquetas a lo que ya conoce, ¿no es así?

—Supongo.

—A ver, pinche Miguel, ¿qué vas a hacer en *Thanksgiving*?

—Nada. Jugar al Xbox, supongo.

—¿Y el 1 de noviembre?

—Ir al panteón a visitar a mi abuelita.

—Ahí está. Cuéntanos más.

—Ponemos una foto suya en una mesa de la casa y adornamos con las cosas que le gustaban en vida: dulces, tequila, un cigarrito de marihuana.

—No mames.

—Esa noche la abuela llega a la casa a pasarla con nosotros, aunque…

—Bueno, no se diga más: Miguel, desde ahora formas parte del primer Club de los Realistas Mágicos de Columbus, Ohio. ¡Felicidades!

—¿Me van a dar algo?

—Te vamos a dar una tunda con picahielo si no te callas.

—¿Qué hacemos ahora?

—Es una buena pregunta. Mi plan llega hasta aquí.

Nos acostamos sobre los cartones a pensar. Miguel se veía contento: no dejaba de mover los pies de un lado a otro.

—¡Ya sé! Miguel, invítanos a tu casa.

—¿Para qué?

—¿Cómo que para qué? Para adentrarnos en el realismo mágico. El verdadero.

Nos pusimos de pie y nos fuimos andando hasta la zona donde viven los mexicanos. Lo primero que notamos fueron todos esos olores. Miguel recitaba los nombres: maciza, nana, buche, cuerito, nenepil, cada uno más extraño que el anterior.

—Visten como en una de vaqueros —dijo Carlos—, nomás que sin pistolas.

—Son más chaparros, eso sí.

—Y prietos.

Miguel no dijo nada. Cruzamos un canal seco y llegamos a su barrio. Unos *vatos* montados en sus bicicletas nos miraron feo.

—No hay pedo —dijo Miguel—, vienen conmigo.

—¡Órale! —dijo uno de ellos. Su mirada nos atravesó como una flecha.

Llegamos a su casa. Era de una sola planta y el patio lucía muy descuidado, como si no le hubieran pasado una podadora en años. Miguel abrió la puerta y gritó algo en español.

—¿Quieren jugar al FIFA?

—No venimos a jugar videojuegos, Miguel, para eso nos quedamos en nuestras casas.

—¿Entonces a qué vinieron?

—Chitón —respondí.

Comenzamos a explorar la sala. Había unas fotos rarísimas: en una la hermana de Miguel vestía de rosa, como el personaje de una película de Disney.

—¡Órale, qué cejotas! —dijo Julio.

—Y todos esos holanes, qué pedo.

—No molesten a mi hermana —respondió Miguel, resentido, pero no le hicimos caso. Brincamos de esa foto al siguiente objeto: una pieza de cerámica que asemejaba un frutero. Ahí estaban todas las frutas petrificadas, brillantes, como si hubieran sido congeladas en hielo.

—¡Miren esto! —gritó Carlos.

—¿Qué es esa pintura?

—Es un retablo.

—¿Qué?

—Un retablo, una pintura que haces como agradecimiento ante un milagro. Mi papá lo pintó para la virgen. Le pidió que lo ayudara a dejar las pastillas que usaba para conducir.

—¿Conducir?

—Es trailero.

—¿Y lo de abajo?

—Es su promesa.

Era un camión hermoso en medio del desierto. Había algunos cactus y un cielo estrellado al lado de la virgen. El texto estaba en un español incomprensible. Estaba a punto de pedirle a Miguel que nos lo tradujera cuando su madre entró en la sala. Era una mujer de tal vez unos treinta y cinco años —se veía mucho más joven que mi madre— y tenía el pelo y los ojos negros como un par de cuervos.

Cuando nos vio se detuvo, sorprendida. Luego dijo algo en español y se metió en la cocina.

—Pregunta si quieren cenar —dijo Miguel.

—Seguro.

Nos sentamos a la mesa y la mamá de Miguel sirvió unas cosas de maíz envueltas en hojas de plátano. Cuando se fue, Carlos dijo que parecía comida prehistórica y todos estuvimos de acuerdo. Aprovechando el momento, dije:

—Éste ha sido el mejor día del primer Club de los Realistas Mágicos y todo se lo debemos a la incorporación de Miguel. Creo que me merezco un aplauso por la idea.

Carlos y Julio aplaudieron. Miguel se quedó callado.

—¿Qué van a hacer el viernes? Es Halloween —preguntó Julio.

—Nada, eso es para niños —respondí, orgulloso de mi reciente madurez.

—¿Tú, Miguel?

—¿Yo? Nada. No me gusta.

Terminamos de cenar y Julio fue el primero en romper el silencio.

—Bueno, aquí se rompió una taza…

Pedimos un taxi: había oscurecido y el barrio no era el mejor de todo Columbus. El resto de la semana estuvimos ocupados, así que nos dimos cuenta de la ausencia de Miguel hasta el jueves cuando la maestra nos dio la noticia:

—Chicos, su compañero Miguel ha tenido una desgracia en su familia. Su madre y su padre tuvieron un accidente de tránsito y al parecer ambos han muerto.

—¡Se los cargó el payaso! —gritó alguien. El resto de los chicos rieron.

—Por favor. Es un momento muy delicado.

—¿Qué clase de accidente? —preguntaron.

—Bueno, no sabemos mucho todavía.

No dijo más y regresamos al contenido de la clase. En el recreo me junté con Carlos y Julio.

—Estaría bien que fuéramos a visitarlo.

—¿A quién?

—¡A Miguel, zotaco!

—¿No sería un poco raro?

—Sí, pero es un miembro del club. Supongo que se lo debemos.

—Está bien.

—¿Hay que llevar algo?

—Flores, me imagino.

Fuimos al día siguiente. Tocamos el timbre y una anciana nos abrió la puerta. Pese a ser mexicana, estaba pálida como dona glaseada.

—¿Sí?

—Venimos con Miguel.

—¿Quiénes son ustedes?

—Sus amigos del Club de los Realistas Mágicos —respondí, para darle importancia a la visita.

La señora nos dejó pasar. Tomó las flores y dijo:

—Blancas. Lástima, me gustan más las de colores.

La casa se sentía fría y lucía un poco más oscura de lo normal.

—Un momento.

Miguel se asomó al pasillo.

—¿Qué están haciendo aquí?

—Venimos a verte —dijo Carlos e intentó un abrazo francamente patético—. Lo siento.

—¿Cómo estás? —preguntó Julio.

Miguel se acercó hasta nosotros y dijo:

—No pueden estar aquí. No hoy. ¿Quién les abrió?

—Tu abuela. Habla muy bien inglés —dije, por decir algo. Estaba inquieto, aunque no sabía por qué.

—Me lleva la que me trajo. Ya empezó.

—Hijo, ¿quién es? ¿Son tus amigos de la escuela? —dijo una voz desde una de las habitaciones. Era la madre de Miguel: salió de la cocina y se paró frente a nosotros. Nos quedamos petrificados.

—Hola, señora —dijo Carlos.

—Hola, mijo. ¿Cómo están? ¿Les gustaron los tamales de la otra vez? ¿Han venido a cenar?

La señora sonrió. Su rostro era el mismo, aunque sus ojos, antes tan oscuros, lucían ahora deslavados, sin brillo.

—Pensamos que…

—Vengan, vamos a jugar Xbox.

Miguel nos jaló a todos a su habitación y nos aventó el control de la consola.

—Préndanlo. Ahorita vengo.

Salió de la habitación y la cerró de un portazo. Afuera lo oímos hablar en español con otras tres personas.

—Pensé que su mamá había muerto —dijo Julio.

—A lo mejor todo fue un malentendido —respondí.

En eso regresó Miguel.

—Tal vez este no sea el mejor momento para…

Miguel me interrumpió.

—Quieren que se queden a cenar.

—No los queremos molestar, de verdad.

—No hay alternativa.

—¿Nos das un segundito?

Me volteé y saqué mi celular, pero no había señal. Revisé los bolsillos de Carlos y Julio y sus teléfonos estaban igual.

—No debieron haber venido. No hoy.

—¿Por qué no hoy? —preguntó Julio.

—Idiota. ¿Qué día es hoy? —contesté.

—Primero de noviembre.

—¡No mames! ¡No mames! ¡No mames! —gritó Carlos.

—¿Estás diciendo que…

—¿Qué más? A veces me pregunto si eres tonto o te haces.

—¿Y tu hermana? A lo mejor ella nos puede sacar por otra puerta, mientras tú...

—No está. Ella vive en la ciudad.

El papá de Miguel se paró en el quicio de la puerta. Era alto, pero flaco como un espantapájaros. Tenía la mueca vacía, sin gesto. Levantó el brazo y nos señaló el comedor. Nos sentamos a la mesa mientras la madre de Miguel entraba y salía de la cocina. Su abuela se sentó con nosotros: no miraba a nadie en particular, parecía tener la vista perdida en un punto más allá de todos nosotros, como si fuéramos invisibles. Eran las cinco y media de la tarde y pronto oscurecería. Miguel abrió uno de los armarios de la sala y sacó un par de velas que dispuso sobre la mesa.

—Bien. Muy romántico —dije por querer romper la escarcha que se iba acumulando entre nosotros. Nadie respondió.

—Supongo que habrá que descolgar este retablo, ¿no, Miguel? Ya no sirve para nada —dijo su papá desde la sala.

Miguel lo tomó de sus manos y lo puso cerca de la puerta.

—Para los mexicanos la muerte es una cosa muy distinta —dijo Julio.

No sé qué lo llevó a decir esto o por qué lo dijo, pero Carlos y yo lo volteamos a ver con ganas de meter su cabeza en el horno.

—¿Cómo?

—Nada, nada, no se preocupe por él, señor, es un muchacho que habla puras tonterías —dije, distrayendo su atención—. Por cierto, este florero, ¿de dónde es? Me encanta. Es como una

naturaleza muerta, pero al revés, ¿no? Siempreviva, congelada en el tiempo.

—Como un fantasma —susurró Julio.

El papá de Miguel no respondió. Para ser honestos, yo tampoco hubiera sabido qué contestar. El señor se sentó a la mesa y se sirvió un vaso de cerveza. La madre de Miguel entró con una olla de esas cosas verdes que habíamos comido el otro día.

—Por fin están listos. Se llaman tamales.

Nos sirvió uno a uno. Los tres —el padre, la madre y la abuela— se nos quedaron viendo. Miguel, por su parte, comenzó a desenvolver las hojas que aprisionaban el suyo.

—Coman —ordenó.

—Pero ¿ellos no van a comer?

—Coman.

Hicimos lo mismo y picamos la masa con el tenedor. Los padres y la abuela de Miguel nos sonreían, pero su mueca dejaba ver los dientes y las encías. Más que una sonrisa, aquello parecía una mordida.

—Pensé que no se asombrarían —dijo Miguel.

—¿Cómo dices? —preguntó Carlos.

—Pensé que no se asombrarían. ¿No es ése uno de los postulados del club?

Pude escuchar sus pies moverse debajo de la mesa sin parar. Después dijo:

—Miren sus platos únicamente.

—¿Por qué?

La mamá intervino en ese momento.

—¿Refresco? ¿Atole? ¿Agua de limón?

Su rostro se convirtió en una fuente de la que brotó una pasta espesa y oscura: los párpados cayeron a la altura de sus mejillas y dejaron salir un líquido carmesí; la boca desapareció entre todos esos pliegues, dejando en su lugar un par de burbujas.

Escuché a Julio y a Carlos suspirar y los imaginé orinándose en su silla. Pensé en gritar, pero Miguel me pateó y su golpe me devolvió a la realidad.

—Están muy ricos los tamales, ¿de qué son? —dije para romper el silencio que se había creado entre nosotros.

—De carne —contestó la abuela.

—Seguimos masticando, mirando tan sólo la cerámica del plato.

—¿Otro tamal?

—No, señora, muchas gracias. Estamos llenísimos. Es que antes comimos una pizza, ¿sabe? De esas grandotas. Además, mejor nos apuramos. Tenemos que regresar a casa.

Se hizo de noche y las velas le dieron un efecto terrible a las sombras alrededor de la mesa.

—Bueno, pero tomen aunque sea unos tamales y llévenselos a casa.

Puso varios en tres bolsas y nos las entregó. Su mano parecía gotear sobre el mantel.

Nos pusimos de pie y caminamos a la puerta. Carlos se desmayó, aunque no sé todavía lo que vio —prefiere no hablar de esto—. El padre de Miguel lo levantó y entre Julio y yo lo llevamos a la salida.

—Vuelvan el próximo año —dijo la abuela—. Habrá tamales de nuevo.

Abrió la puerta y, cuando salimos, la azotó detrás de nosotros con una carcajada. Sentimos el aire de la noche reconfortantemente cálido. Corrimos hasta la calle y pedimos, con los dedos temblorosos, un taxi. Carlos se recuperó poco a poco. Al voltear la vista no logramos ver nada: ni las velas ni sus siluetas en medio de la oscuridad. La casa lucía como si nadie hubiera vivido ahí desde hacía años.

—No es lugar para andar paseando a estas horas, niños —dijo el taxista cuando nos recogió. Ninguno de nosotros habló a lo largo del camino.

Al llegar a casa dejé los tamales en la cocina y fui a mi cuarto a dormir, pero no logré hacerlo hasta varias horas después. Sobra decir que esa noche tuve pesadillas. Cuando desperté escuché a mis padres charlar en la cocina:

—¿Dónde compraste estos tamales? Están increíbles.

Ese mismo día deshicimos el club.

VI

La semana del aborto los cuernos de chivo escupieron fuego. Algo estaba pasando, así que lo mandaron a cubrir las notas: cinco muertos en los pasillos de un supermercado, vidrios rotos y el cemento despostillado aquí y allá. En un bar, un tipo cayó sobre sus fichas de dominó —al lado de su cabeza quedó la mula de seis—. Una ejecución en un sepelio. En un patio baldío, cuatro niños con el tiro de gracia.

A su jefe, la ejecución de los niños le pegó. "Así es el norte, compa. La vida es esto". No le importó: igual siguió la pista mientras E. se encargaba del resto. En todas las notas siempre ese carmín espeso.

La primera advertencia llegó mientras comían: "Mejor no le eche tanta salsa a sus tacos, compa, no se vaya a enchilar". Hacía calor y todos sudaban como puercos. El matón extendió un billete al taquero y remató: "Aquí cóbrese lo de estos". Se fue sin esperar el cambio en una camioneta recién lavada.

E. no le contó nada a M.: ni las amenazas ni los cuerpos torcidos ni el olor de los casquillos recién disparados sobre el suelo. Daba igual, todo el mundo lo sabía: las imágenes pasaban más rápido a los teléfonos que lo que tardaban en llegar los forenses.

—¿Sabías que tan sólo el año pasado murieron 26 mil personas en crímenes relacionados con el narcotráfico? —le preguntó M. una noche.

—Sí —contestó E.

—Entonces, ¿cómo puedes estar tan tranquilo?

Se miró las manos sin decir nada: por aquel entonces había comenzado a comerse la cutícula de los dedos.

A la semana siguiente mataron a su jefe.

Lotería mexicana

Los mexicanos nos reímos de todo, dijo mi padre. Luego soltó una carcajada. Estábamos empapados. Ahora sí que somos…, comenzó mi madre, pero luego paró. Ojalá tengan tortillas, dijo mi tío. Si bien nos va, nos darán pan. Pero ni eso, remató una de mis tías. Había más gente. Algunos comenzaron a llorar. Ay, basta, que me deprimo, dijo mi madre. Las tías comenzaron a cantar. ¡Cállense!, gritaron desde el fondo. Alguien aventó una botella de plástico. Mi padre la recogió. Puede servir al rato. Y sirvió: mi tío orinó en ella. Otro niño la tomó y su madre le gritó: ¡No seas cochino! A la hora de la comida nos pasaron a otro cuarto. Al menos una salsita, dijo mi papá. No había ni tortillas. Son unos nazis, concluyó mi tío. En las esquinas de la habitación cuatro hombres miraban cómo comíamos. Alguien les dijo: Saquen las chelas, pinches gringos.

Pero no sacaron nada. Mis tías me pasaron parte de su comida. Estamos llenas, me dijeron, lo que se me hizo muy raro, porque siempre comían mucho. Terminamos y los gringos nos formaron en una fila. Nos acomodamos por familia. A ver qué pasa ahora, dijo mi padre. Jesús bendito, contestó mi madre. Nos llevaron a un patio y nos dejaron ahí. El suelo estaba mojado, así que nos quedamos de pie. En el patio había una cancha de básquetbol, pero no había pelota. Alguien se quitó el zapato y lo aventó en la canasta. La tercera vez que lo hizo se quedó atorado. Dos amigos suyos lo levantaron en hombros. Cuando recuperó su zapato celebró como si hubiera metido un gol. El sol salió y todos sonrieron. Mamá puso una manta sobre el suelo y nos sentamos en ella. Esto me recuerda las tortas de huevo con chorizo en Chapultepec, dijo mi tío. Las tías suspiraron. Cómo extraño mi Mexiquito, dijo mi madre. Pues tal vez no sea por mucho tiempo, respondió mi padre. Luego se quedó dormido. Las tías volvieron a cantar, pero ahora más bajito. Ay, ay, ay, ay…, repetían. Una de ellas me abrazó, pero yo me escabullí con el resto de los niños. Jugamos a policías y ladrones. Los ladrones éramos los más morenos. Esa noche dormimos en una bodega con cientos de camas. A mi padre un hombre le ofreció una botella. ¿Y eso?, preguntó. La traía en el bolsillo. No se dieron cuenta, contestó el hombre. Mi padre le dio un trago y dijo: Ay, jijuesumadre. Luego le pasó la botella a mi tío. Se hicieron amigos. Esa noche muchos roncaron. Mi madre se levantó: Con todo este escándalo siento que soy Jonás dentro de la ballena. ¿Por qué?, contestó mi tía. No sé. Olvídalo, dijo y se fue al baño. Al día siguiente tampoco había salsa ni tortillas. Esto ya había pasado antes, gritó alguien. Pero lo ignoramos porque no conocemos la historia. Nadie le respondió. Mis tías

volvieron a darme parte de su comida. Estamos a dieta, dijeron cuando mi tío las volteó a ver. Esa tarde él se puso a platicar con una chica y hubo una pelea. Regresó con el ojo morado. ¿Qué ha pasado?, le preguntó mi padre. Le di un cabezazo a una mano, contestó mi tío. Una mañana mi tía gritó: ¡Me aburro! ¡Acá hay crucigramas!, contestó alguien. Crucigramas, bah, respondió ella. Luego comenzaron a dibujar una lotería, pero no recordaban todas las figuras, así que inventaron la mayoría. Alguien pasó y dijo que no había putas. ¿Qué es una puta?, pregunté. Todos miraron al aire, salvo mi tía, que dijo: Pregúntale a tu tío. Esa noche las tías repartieron las cartas y comenzamos a jugar poniendo piedrecitas en los cartones. Mi papá comenzó: ¡Corre y se va corriendo! ¡El mojado!, gritó alguien desde el fondo. Todos rieron. ¡Pórtate bien, cuatito, si no te lleva el coloradito!, grito papá. ¡El gringo!, dijo otro. Todo mundo estaba muy contento. ¡Para el sol y para el agua!, dijo papá. ¡La *green card*! El juego se había puesto bueno, pero nos apagaron las luces. Otro día las tías comenzaron a tararear y alguien les preguntó si se sabían una de Juan Gabriel. De Juan Gabriel no, pero sí de Luis Miguel. Alguien tuvo la idea de armar un coro. Los coros son para las iglesias, dijo mi tía. Ensayaron y un día cantaron *Querida*. Cada momento de mi vida, yo pienso en ti más cada día… mira mi soledad, mira mi soledad… La gente comenzó a cantar y el hombre que le pasó la botella a mi padre dijo: Ojalá estuviera pedo. Luego se puso a llorar. Mi tío lo consoló: Ya, hombre, ya. Las tías se pusieron más delgadas. ¡La dieta sí funciona!, les dije una mañana. Una de ellas lloró, supongo que de felicidad. La comida cada vez es peor, dijo mi tío. A mí sí me gusta la tapioca, respondí. Tienen mucho en común, respondió él. ¿Por qué?, pregunté. Por lo

babosos, pero no entendí su comentario. En el patio un día nos dejaron una pelota. En lugar de jugar al básquetbol la usamos para jugar futbol: era gol si tocaba el poste. Esa tarde un señor le pegó un balonazo a un niño. La mamá llegó corriendo y le pegó una cachetada. ¡Si será bruto! El hombre se sobó la cara. Otro día mi tío volvió a llegar con el ojo morado. ¡Te van a matar!, gritaron mis tías. ¡Da igual!, respondió él. Con que no salgas con tu domingo siete, dijo mi madre. O sábado seis, dije yo, pero nadie me contestó. Un día nos visitaron unos señores de traje. Hablaron con algunos y les dieron a firmar unos papeles. ¿Qué está pasando?, preguntó mi mamá. Van a sacar a algunos, dijo mi padre. Seguro que afuera alguien los está ayudando, dijo mi tío. ¡Nosotros no tenemos a nadie!, gritaron mis tías. Nos tenemos a nosotros mismos, dijo mi madre. ¡Qué consuelo!, contestó mi tío. Mi madre comenzó a llorar. Está en sus días, me dijo mi padre, pero no entendí qué quiso decir con eso. Se fueron algunos pero llegaron más. ¡Si cabemos en el cielo, que no quepamos aquí!, gritó alguien, pero lo callaron a chiflidos. Papá llegó un día con un pan envuelto en una servilleta y me lo dio. ¿De dónde lo sacaste?, le preguntó mi madre. Él no contestó. Luego ella dijo: Feliz cumpleaños. ¡Ojalá alguien me regalara una pelota!, contesté. Esa noche volvimos a jugar a la lotería: La herramienta del borracho. ¡La botella!, contestó el amigo de mi padre. La que es tilica y flaca. ¡La muerte!, gritó un niño. Un día pusieron literas en lugar de los catres que teníamos. Nos sacaron a todos al patio en lo que trabajaban. ¿Y ahora?, preguntó alguien. Traerán más gente, dijo mi tío. ¡Nos tratan como a cerdos!, dijeron mis tías. Papá dijo: Se me antojaron unas carnitas, y tomó a mi madre de la cintura. No es momento para andar de chistosito, le contestó ella.

Alguien se acordó que pronto sería 5 de Mayo y sugirió hacer una fiesta. ¡Deberían cantar!, les dijeron a mis tías. Lo pensaremos, dijeron ellas. Luego se quejaron con mi madre: ¿Cantar con estos harapos? Habrase visto. Terminaron haciéndolo. Los gringos trajeron tamales. Si hasta eso no son tan malos, dijo alguien, pero lo callaron a gritos. ¿Quién hará los tamales, si ya no queda nadie fuera?, preguntó mi madre. Una máquina, respondió mi padre. La máquina tiene buen sazón, concluyó mi tío. Esa noche el amigo de mi padre se emborrachó. ¿Con qué?, preguntó mi madre. Era un misterio. Algunos borrachos se empedan mentalmente, dijo mi tío. Uy, que enseñe cómo, concluyó mi padre. Después de la fiesta mi tía se desapareció. La otra tía estaba muy enfadada. Si te viera mi madre, dijo cuando la vio volver y luego se fue a dormir. La tía que había desaparecido se arregló el pelo. Todos tenemos necesidades, remató mi madre. Un día mi padre se levantó en el comedor y gritó: ¡No puedo más con esta comida de hospital! ¡Quiero salsa! ¡Salsa!, ¡salsa!, comenzó a gritar la gente. Algunos aventaron sus trastes al suelo, otros a los gringos. No vimos a mi padre en tres días. Cuando regresó, mi madre lo cubrió de besos. Estaba muy oscuro, respondió él. Una de las tías se puso muy enferma. Tiene fiebre, dijo mi madre. Sepa Dios lo que le habrán pegado, respondió la otra tía. Se la llevaron en una camilla. Mi madre gritó: ¡Si no te vuelvo a ver, quiero que sepas que te quiero mucho! Sí la volvimos a ver. La comida del hospital es mejor que la de aquí, le dijo a mi padre cuando regresó. Pusieron una tercera litera encima de las anteriores y un día alguien se cayó en medio de la noche. Azotó como res, dijo mi tío. Se me antojó una barbacoa, dijo mi padre, y esta vez mi madre no lo regañó. Un gringo de lentes llegó un día y comenzó a hablar. ¿Qué

dice?, me preguntaron mis tías. Que nos van a mandar a casa pronto, respondí. ¡Jesús de Nazareth!, contestó mi madre. ¿Y nuestras cosas?, gritó mi tío. El gringo de lentes no contestó ninguna pregunta. Mi tío se fue enojado. Tenía una camioneta muy bonita, me dijo mi tía. Al poco tiempo alguien llegó con mi mamá con cara de asustado. ¡Tu hermano!, gritó. Mamá salió corriendo. ¿Se enfermó mi tío?, pregunté cuando vi que se lo llevaban en una camilla como a mi tía. Algo así, respondió mi padre. A los dos días lo mandaron a México. Se nos adelantó, dijeron las tías. Esa noche alguien preguntó: ¿Y la lotería? Mis tías comenzaron a llorar. ¡Ahí tienen su pinche lotería! Mi padre recogió las cartas del suelo y las repartió. Mamá comenzó a llorar cuando mi padre dijo: Tate quieto, Valentín, no te vayas a pelear. Mi madre me abrazó y me dijo: ¡Nunca crezcas! Ya, mujer, la consoló mi padre. Al poco tiempo llegaron los camiones y nos formamos para subirnos en ellos. Mamá sollozaba. No mires atrás, le dijo mi padre. ¿Cómo no? Aquí sucedió la vida, respondió ella. Yo tomé las cartas de la lotería y las puse en mi pecho. Mis tías comenzaron a cantar. Le enseñé a mi padre la carta de la bandera. Bonito 5 de Mayo, el pabellón nacional, respondió, quebrado en llanto.

VII

En Los Ángeles, E. aplica al estatus de refugiado. Provee evidencia de lo inseguro de su profesión, de la muerte de su jefe, de su nombre relacionado a amenazas criminales. En meses no obtiene respuesta —su causa compite contra las de cientos de desplazados de Siria, Myanmar, Nigeria o Grecia—. Antes de irse a dormir lee los titulares internacionales y piensa que mientras el mundo arde él intenta escapar hacia otra parte.

Esa noche le escribe a M. No le reclama no haber ido con él, tan sólo le pregunta cómo está. Ella contesta, pero a las pocas semanas sus intercambios se limitan a *emojis*:

M:

E:

M:

E. entiende esos mensajes como la derrota del lenguaje: no hay nada que decir salvo esos signos que condensan la tristeza. Más tarde mira una foto de M. en la pantalla del teléfono y se pregunta si será tan feliz como parece. Se dice que no, que le envió un *emoji* llorando, pero sabe que esto no es sino un consuelo.

Es invierno y con el frío la melancolía es inevitable.

Duermo con la luz encendida

El edificio, enorme, de acero y cristal esmerilado. Ha vivido mejores épocas y, pese a esto, continúa ahí, imponente, en medio de la ciudad, entre el tráfico y las miles de personas que caminan con un café en la mano. Son las nueve de la mañana y la ciudad bulle. ¿Van tarde? Es así. Dentro del edificio Julia mira la calle. Ha llegado temprano, como siempre. El metro vomita a toda esa gente. Parecen tan pequeños que casi lucen como hormigas en pánico. Algunos de ellos entran a su edificio y se acomodan en los distintos pisos como fichas de un dominó divino. Ríen. ¿Han dicho una broma?, se pregunta Julia. Uno levanta la cabeza hacia ella en un gesto que parece un saludo. O, al menos, la constatación de que la ha visto, de que *está ahí*. ¿Lo ha hecho por simple cortesía? Tal vez.

A las diez de la mañana la mandan a llamar. ¿Qué día es? Jueves. El fin de semana se acerca. Qué bueno. Habrá que ponerse al día. Lavar. Comprar víveres. Visitar a mi madre. Entra a la oficina de su jefe. El escritorio es amplio, está lleno de papeles. Julia siente una opresión en el pecho, como si debajo de todas esas hojas hubiera algo importante a lo que nadie está prestando atención.

Escucha lo que su jefe tiene que decir pero al poco tiempo su mente se aleja. Entonces recuerda: duermo con la luz encendida. Lo dijo en una de esas actividades que las empresas realizan para integrar a sus empleados. La organizadora dijo: Quiero que ahora cada uno de ustedes cuente algo que les parezca vergonzoso. Se sorprenderán de ver que no están solos y que comparten miedos, angustias, temores.

Ha perdido el hilo de la conversación. Cuando regresa escucha Y esos ataques, Julia, por Dios. ¿Qué comparte con ese caos, con esa pequeña tormenta? Mira por la ventana: el sol brilla sobre las ventanas de los edificios como si aquello no fuera cristal y concreto, sino los destellos de un estanque bajo un sol dorado. Imagina que puede ver su reflejo en esa superficie, pero es imposible, por supuesto, aunque la idea la reconforta por alguna extraña razón.

Duermo con la luz encendida porque me da miedo la oscuridad. Un breve murmullo se alzó en la sala. La organizadora se quedó callada y luego le dio un aplauso. Dijo: Gracias, Julia, has sido muy valiente. El resto de la gente dijo cosas simples, como: Me baño dos veces al día, *hashtag global warming* o Me gusta la nutella con aguacate.

Regresa al escritorio de su jefe. Es un momento serio, Julia, ponga atención. Finalmente termina y al salir piensa: Qué estúpida.

Le dan una caja de cartón para guardar sus cosas. De regreso en su escritorio mira el pequeño universo de los últimos cuatro años: una computadora y cables que, ahora, le parecen extraños. Una colección de tés orientales ordenados por color dentro de una caja de madera y una fotografía en la que aparecen sus padres.

Le toma unos minutos guardar todo. No puede entrar a recuperar sus archivos del ordenador. Ojalá alguien me pase mis fotos, pero es un pensamiento al aire, sabe que es poco probable que alguien lo haga.

Evita mirar a la gente a su alrededor y regresa a la oficina de su jefe. Escucha, Julia, lamento lo que dije. Bueno, no todo, sólo lo de los malditos ataques. Sé que no es tu culpa, o tal vez sí, no lo sé. Ella asiente. Es una pena que no funcionara. En realidad Julia quiso decir: Me hubiera gustado que creyeran en mí. Él se quedó callado. Luego dijo: Te deseo lo mejor. Gracias. Julia vuelve la mirada al reflejo imposible en el edificio frente a ella: su figura pálida le parece extremadamente triste.

Quiere llorar, pero se recompone. Hey, no todo el mundo está hecho para esta empresa. Encontrarás otra oportunidad.

Sí, parece decir, y sale de ahí y tira la caja de cartón en el bote al lado de la impresora.

Luego regresa por la fotografía de sus padres. Estarán preocupados. Me pedirán que regrese a casa.

Baja por el elevador y la luz la desorienta: hace mucho que no sale tan temprano. Es un lindo día, pese a todo, y decide caminar a casa. El distrito financiero queda atrás y ella avanza entre las tiendas de verduras y pescado del barrio chino y, luego, entre las vinaterías y las pequeñas tiendas de abarrotes de Tenderloin. La ciudad luce

asequible, cercana, como los pueblos que recuerda de su niñez. Salvo la gente, por supuesto, esa gente que no conoce, que nunca ha visto y que se reúne en las esquinas o frente a los bares ¿a esta hora? Gente que ríe y habla en un lenguaje que no entiende, que ahora que la ven pasar le piden dinero, la siguen, unos pasos apenas detrás de ella, mientras Julia contesta que no y prosigue con desconcierto.

Fue el único lugar en el que pudo pagar un alquiler. La ciudad ha visto nuevas personas, gente joven buscando alguna oportunidad. Semáforo en rojo.

Linda, linda, le dice un hombre. Cruza la calle. La sigue. Tiene los ojos amarillos y las palmas de las manos como el interior de un coco. Linda, ¿tienes un dólar? ¿Tienes un dólar, linda?

La piel oscura, como una pantera.

No tengo.

Tienes dinero, linda, ayúdame.

Siempre tomaba un taxi. Salía de noche, cuando quedaba poca gente en la calle. Lo esperaba en la recepción y cuando lo veía frente a la puerta salía rápidamente. Antes de bajar tenía la llave lista en la mano. Nunca tardó más de dos minutos en entrar. Pero ahora todo es tan distinto. Hay tanto sol.

No tengo dinero. Deberías trabajar, no hay nada gratis en esta ciudad.

Linda, trabajaría con gusto, te lo juro, pero no hay trabajo para mí, no hay oportunidades para un negro como yo. Lo he intentado, te lo juro que lo he intentado.

Las manos, suplicantes, parecen querer exprimir algo del aire. Julia mira el piso: está lleno de chicles como una sucia conste-

lación. Esto le parece una novedad, nunca se había dado cuenta de ellos. ¿De qué otras cosas me he perdido?

He buscado, linda, oh, sí que he buscado, ¡te juro por Dios! Pero no encuentro, no encuentro nada. No hay trabajo, te lo digo linda, no hay trabajo para un hombre negro como yo.

Julia se detiene. Las manos del hombre parecen hilvanar un hilo invisible.

¿Quieres trabajo?

A su lado un auto acelera.

Oh, es lo que más quiero. Trabajo. Una oportunidad. Una oportunidad, linda, y un dólar. Un dólar, por favor.

El supermercado debajo de casa. Los dueños me conocen. Tal vez podría convencerlos. Suspira, mira el cielo y piensa que no ha visto las nubes en mucho tiempo.

Vuelve a mirar al hombre. Sus manos se tranquilizan, se mueven ahora en un compás más lento.

No te voy a dar un dólar, pero intentaré conseguirte un trabajo, ¿de acuerdo?

Las manos se aceleran.

Oh, linda, ¿harías eso por mí? Oh, Dios, oh.

El hombre la sigue por un par de cuadras hasta la puerta del supermercado. ¿Qué pensó en todo ese trayecto? En la acera sucia y en los pequeños pasos, titubeantes, del hombre detrás de ella.

Espérame aquí. El supermercado es un *collage* de colores. No tener trabajo es eso: darse cuenta de los detalles.

Julia, ¿qué tal? ¿De regreso temprano?

La mujer tiene en el cuello al Cristo crucificado. Su esposo sube de la bodega limpiándose las manos.

He decidido tomarme el día libre.

Los dueños se acercan al mostrador.

¿Te sientes bien? ¿Estás enferma?

La pausa es un gran foso entre ellos.

Esto parecerá una locura, pero tengo que pedirles algo. ¿Tendrán algún trabajo que puedan darle al hombre que me está esperando afuera? ¿Algo en lo que necesiten ayuda?

Voltean a la calle. Solo ven una sombra, la luz los ciega.

Ni siquiera tienen que pagarle ustedes. Aquí hay veinte dólares. Tengan.

El billete mira a todos sobre la barra, esperando que digan algo. Julia siente que sus piernas se alargan y la elevan veinte metros sobre el suelo.

Caray, Julia. No sé qué decirte. No es el dinero, es sólo que…

¿Sólo que qué?

No lo sé, Julia. No nos gusta tener extraños en la tienda.

Lo sé, pero… por favor. Sólo estoy tratando de ayudar a alguien.

No sabe por qué llora. Es como si algo cayera y se rompiera frente a ella. ¿De dónde cae exactamente?

Por Dios, no llores.

Los chicles en el suelo y las manos incontrolables del hombre. La fotografía de sus padres. La caja de cartón en la basura. Su reflejo imposible sobre el cristal.

Nos ayudará con algunas cosas que tenemos que acomodar en la bodega. No llores, por favor.

Un pañuelo y un largo suspiro. Mira hacia la puerta. Lo siento. Estoy un poco emocional hoy. ¿Estás bien? Sí, todo bien. Muchas gracias. Esto es muy importante para mí.

Deja el billete de veinte dólares sobre el mostrador y regresa a la calle.

Escucha. Te he conseguido un trabajo con mis amigos. Tendrás que ayudarlos en lo que te pidan.

Oh, Jesucristo, muchas gracias linda, muchas gracias, es increíble.

El hombre entra y Julia respira hondo. El relato podría acabar aquí, pero las cosas en la vida no suceden así y ésta no es una historia de redención. Julia estaba a punto de irse cuando la dueña de la tienda la llama de nuevo.

Julia, querida. He olvidado que tengo que salir y Mike se va a quedar solo en la tienda. Queremos ayudar a tu amigo, pero no nos sentimos cómodos con él quedándose solo en la bodega. ¿Crees que puedes acompañarlo durante el tiempo que esté ahí abajo?

¿Por qué? No necesita ayuda.

Julia, querida, es tu amigo, ¿no? Queremos ayudarlo, pero, tú sabes, nos sentiríamos más seguros si puedes, no sé, vigilarlo.

Por Dios.

Julia mira al interior. El hombre habla con Mike y hace un gesto con sus brazos como si levantara en el aire una caja imaginaria.

Está bien. Por supuesto. Gracias por esto. Toca el brazo de la dueña y se siente mejor. Sólo es necesario hablar. Hablar, eso es lo que soluciona cualquier problema, ¿no es así? Baja con ellos a la bodega y escucha las instrucciones. Hay que abrir estas cajas y poner las latas en el anaquel que les corresponde. Está escrito aquí, mira. ¿Sabes leer? El hombre tartamudea. Por supuesto. Tomará un par de horas, cuando mucho. Bueno, eso para un viejo, tú estás fuerte.

Julia mira los brazos del hombre.

Tal vez después necesitemos que limpies el suelo. Ya veremos.

Limpiar, oh Dios, por supuesto. Yo sé limpiar.

La bodega: un sótano frío. Los colores ahí lucen distintos, como si alguien hubiera removido algo de ellos. No hay ventanas salvo una pegada al techo, a la altura de la calle. Julia escuchó el sonido del cartón rasgándose. El ruido le produjo malestar, como una herida que se abre. No podía ver al hombre desde donde estaba sentada. Sólo el anaquel y las latas.

Mira su celular, pero no tiene señal. No le ha avisado a nadie que ha sido despedida. El hombre silba desde el otro lado de la habitación.

¿Cuál es tu historia?

La pregunta la sacó de sus pensamientos.

¿Qué? Tu historia. ¿Eres de aquí? No. De Montana. ¿Y tú? ¿Siempre has vivido en Tenderloin? Sí, soy de aquí.

Un silencio como gotas que caen de una llave mal cerrada.

No hay mucho que contar. No tuve oportunidades, eso es todo. Fui un loco con malas amistades. ¿Malas amistades? Tú sabes. Gente incorrecta.

Julia mira hacia las escaleras.

¿Y tú? Crecí en un pueblo. Fui a la universidad y ahora tengo una deuda por veinticinco años.

Oh, la universidad… qué lujo. No es un lujo cuando tienes que pagarla el resto de tu vida. Julia se arrepintió de haber dicho esto. Pagar por el resto de tu vida, yo sé de eso, oh dios, sí que sé de eso.

Por la ventana Julia observa las sombras de los pasos de los vecinos. Es temprano, la gente apenas sale a comer. Si estuviera en

la oficina ahora iría por una ensalada y comería en quince minutos en su escritorio.

Estuve preso en San Quentin. ¿Por qué razón? Oh, tú sabes, robo a mano armada. Todo eso. Era tonto. Joven. No sé qué hice. La pistola se disparó, lo juró. Me sudaban los dedos.

Una lata cae al suelo. Carajo. Lo ha dicho demasiado fuerte y Julia ha saltado en su asiento. Me he golpeado el pie. Lo siento. No, no lo sientes. Julia se quedó callada. Qué estúpida, pensó. Volvió a mirar su celular: seguía sin señal.

La cárcel es un infierno, te lo digo yo. Oh, un infierno, linda. Tienes que ser fuerte o te sacan los ojos.

Las latas. Julia escucha con atención el sonido de las latas sobre el anaquel, como si cada una le costara un trabajo enorme.

Cuando salí, hace un par de años, el mundo había cambiado. Era otra cosa, linda, otra maldita cosa. Incomprensible, ¿sabes? No sé cómo explicarme. Por Dios que no lo sé.

Julia recordó el juego del Tetris, en el que había que ordenar figuras geométricas que caían desde la parte superior de la pantalla. Al ir avanzando de nivel las figuras comenzaban a caer más rápido, al grado que era imposible ordenarlas.

Te entiendo. ¿Me entiendes? No, no me entiendes una mierda. Quise encontrar un trabajo, pero no hay oportunidades para un hombre de color en esta puta ciudad, te lo digo yo.

Otra lata cae al suelo y rueda hacia la esquina opuesta en la que está sentada Julia. Carajo. No te he preguntado tu nombre. No tengo nombre, sólo soy un negro más en esta puta ciudad. Un negro miserable que necesita ayuda, ¿no es así? Un negro que necesita caridad porque no encuentra trabajo.

Los escalones lucen cerca. ¿Quiere huir? ¿Regresar a la calle?

Todos tenemos un nombre. Yo no. Ya no, linda. Un nombre te convierte en alguien, pero yo no soy nadie. Sólo soy un pobre negro. Un pobre negro, eso es lo que soy.

Julia se pone de pie y camina hacia la escalera. Su pie en el primer escalón hace la madera crujir. ¿A dónde vas, linda?

Una oportunidad, ¿no es eso lo que había pedido?

¿No se supone que tienes que vigilarme? ¿No se supone que tienes que vigilar a este negro ladrón?

No, claro que no, sólo tengo que ir al baño.

El hombre sale del pasillo y se para frente a ella. Claro que tienes que ir al baño. En su mano sostiene una lata como una piedra plateada.

Tienes que subir, ¿eh? Tienes mucha prisa.

No, yo… sólo tengo que ir al baño. Es todo.

Claro.

La madera cruje de nuevo. El hombre está frente a ella y Julia tiene la impresión de que la mira como te mira una montaña a mitad de la noche.

Sólo voy al baño.

Gira y comienza a correr. Sin proponérselo, apaga la luz con el brazo. Julia se da cuenta, en ese momento, de que en realidad no es la oscuridad, sino la nada lo que siempre la ha aterrado. Se tropieza a mitad de las escaleras y cae. Escucha un grito ¿es suyo? y siente el sabor de su propia sangre en la boca y, detrás de ella, la respiración acechante de toda esa súbita oscuridad.

El resto lo vive como una ráfaga: el tendero bajando rápidamente las escaleras. Gritos. Sirenas a la distancia. Y el hombre, de pie frente a ella, con su mano sosteniendo una lata.

La policía se lo lleva mientras el tendero le ofrece un hielo envuelto en una toalla para reducir la inflamación del labio.

Las luces de la patrulla la hacen pensar en una bandera y en que, tal vez, lo que necesita es viajar. Olvidarse de la ciudad por un rato.

Por Dios, ha sido una locura.

No sé qué pasó.

No me malinterpretes, Julia, tienes un gran corazón, pero no se puede ayudar a todos. Algunos hombres están fuera de todo alcance.

Julia presiona el hielo en su boca.

Tal vez, dice finalmente. Sólo quería una oportunidad.

VIII

E. descubre que ahora que no vive preocupándose por saber dónde está la salida ni a quién tiene en las espaldas, la realidad se desdobla con una profundidad antes desconocida. En el café en el que se encuentra, por ejemplo, el barista le pregunta de qué país quiere su café: esa semana tienen variedades de Kenia, Brasil, Colombia, México, Vietnam y Marruecos.

Sobrepasado por el número de opciones, E. escoge la primera y el hombre procede a molerlo en un triturador que tiene a su lado. Se lo da a oler y luego lo vierte en un filtro que pone sobre un matraz de Erlenmeyer. Posteriormente, hierve agua en una tetera y la vacía sobre el café con movimientos circulares. En el matraz

el café filtrado cae poco a poco. Diez minutos después, cuando el agua termina de pasar entre el grano molido y el filtro, el hombre lo vacía en una taza y se la ofrece a E., todo por la módica suma de ocho dólares.

E. se sienta en una de las mesas compartidas y abre su libro, pero inmediatamente lo cierra. Tomar cerveza, comer carne, seguir una dieta paleolítica, ocuparse de la moda, leer cómics, mirar series de televisión, coleccionar relojes o tenis, viajar, practicar el *cross-fit*, comprar afiches de películas y un vasto etcétera: cada experiencia ofrece ahora un amplio espectro de posibilidades y emociones que son imposibles de agotar. El que no se desvive por algo, lo que sea, corre el riesgo de ser catalogado como superficial. En este contexto, ¿cómo se discute un aborto?, ¿qué se dice cuando asesinan a tu jefe enfrente de ti?

"No, pues está cabrón".

Y nada más.

Mientras espera el resultado de la aplicación de refugiado, E. comienza a mirar películas. Empieza por el canon: *las 100 películas que ver antes de morir; las 50 películas más importantes del siglo xx; las 30 películas más influyentes de la historia*. Avanza sin orden ni método: una noche mira *2001: A Space Odyssey*; al día siguiente, *Goodfellas*.

Conforme va recorriendo estas listas, más se convence que cualquier película puede ser vista como una historia de amor, no por sus temas ni lo que dicen, sino por los silencios entre los personajes. En *Blade Runner*, por ejemplo, son más importantes los vacíos entre Decker y Rachel que cualquier cosa que logran decirse.

Un día, a la mitad de *The Grand Budapest Hotel*, sus tíos tocan a su puerta.

—Hijo, nos da mucha pena, pero tienes que ponerte a trabajar. No puedes seguir así. Además, algo tienes que hacer para contribuir con los gastos.

A la semana siguiente su primo le ayuda a conseguir un trabajo en un *call center*. En su primera llamada le contesta una mujer. Su voz se parece a la de M.

—Toda historia de amor es, en realidad, una historia de silencios.

La mujer, al otro lado de la línea, cuelga el teléfono.

Nada existe fuera de nosotros y todo es la historia que nos contamos

Cuando abrí la puerta del departamento lo primero que pensé fue: *¿cuántos años tiene?* Esa fue la misma pregunta que le hice a Mike. Veintiuno, no te preocupes. Oh, ¡las fiestas de los banqueros son las mejores!, dijo la chica. Mike la había llamado por medio de un servicio de prostitutas. Dejamos la coca sobre la mesa y Mike preparó unas rayas. ¿Tienen *whiskey*? Abrí una botella. Deberías llamar a una amiga. Conozco a una chica, si quieren. Quinientos la hora, ¿la llamo? Espera un poco, probemos esto antes. Mike aspiró dos líneas con un billete de cien dólares. Sírvete, nena, estás en tu casa, dijo, dejando el billete sobre la mesa. Se desanudó la corbata y se acomodó en el sofá, satisfecho. A Mike le gustaba demostrar que tenía dinero de las formas más estúpidas. Era guapo, aunque estaba algo pasado de peso. Tuvo mejores años, tal vez en la preparatoria.

Difícil saberlo. ¿De dónde es?, preguntó la chica. ¿Qué? La coca. Dios sabrá, respondió Mike. Latinoamérica, seguro. Es buena. No entiendo eso. ¿Qué?, respondió Mike. A la gente le interesa saber si su carne es orgánica o si sus verduras son de productores locales, pero les importa una mierda de dónde viene su droga. Mike resopló y la chica aspiró una línea y se sacudió la nariz con la punta de los dedos. Tenía las uñas pintadas entre rojo y naranja. *Tal vez ese color tenga algún nombre específico*, pensé, mientras esnifaba una raya. Cambiemos de tema, propuse. La chica sonrió. Entonces, ¿trabajan en Wall Street? ¿Qué se siente tener tanto dinero? Era lista, sabía perfecto lo que Mike quería escuchar. Serví tres vasos de *whiskey* y Mike comenzó a alardear. No es para tanto, nena, pero si de verdad quieres saberlo, es como vivir en una de esas cuentas de Instagram que sigues. La chica comenzó a reír. Brindamos y bebimos en silencio. Desde la ventana se podía ver Central Park como un pulmón oscuro en medio de la ciudad. La chica siguió mi mirada y dijo como si un escalofrío le recorriera el cuerpo: Dios, ese sitio me da tanto miedo. ¿Por qué?, pregunté. Estaba a punto de responder, pero Mike la interrumpió. Bueno, menos charla y menos ropa, nena. Puso el vaso sobre la mesa y se quitó por completo la corbata. Hice lo mismo. La chica se quedó en ropa interior. Carajo, esto es una fiesta y no hay música, pon algo, ¿quieres? Pero nada de esa música de negros que te gusta tanto. Sonreí. Prendí el equipo de sonido y puse una *playlist* de Charlie Parker. La música llenó la habitación. Maldición, dijo Mike. La chica se preparó otra línea y Mike hizo lo mismo. Yo los seguí. Se sentía bien. Si nunca has probado la cocaína no tienes ni puta idea de lo que es. Es como tomarte diez cafés y convertirte de pronto en tu mejor persona.

Supongo que empezaré contigo, dijo la chica. Exacto, respondió Mike. Regreso en un momento. La vimos ir al baño. Mike sonrió y se frotó las manos. Su gesto me dio asco. Sacó la cartera y puso mil dólares en la mesa. Ya estamos viejos para estas cosas, Mike. ¿De qué hablas? Tenemos treinta y cinco, la edad de los héroes griegos: nada existe fuera de nosotros, somos la perfecta conjunción de sabiduría y vigor físico. Nos faltan ambas, por lo visto. Ahí viene. Mike se sirvió otra línea y yo hice lo mismo. ¡Uh!, gritó. La chica tomó el dinero, no sin antes contarlo discretamente. Se metieron en la alcoba y yo bajé a la calle a fumar. En el elevador me encontré a una chica con una maleta. ¿Vuelves o te vas?, le pregunté. Ella me miró extrañada. Era extranjera. Me voy, dijo, no me gusta Nueva York. La vi partir en un taxi mientras encendía mi cigarro. Me molestó la idea de meter mi pene en la misma vagina que mi amigo, pero sabía que la chica era limpia y pasaría unos minutos en la ducha antes de estar conmigo. Después de unos minutos la colilla encendida rebotó en el suelo como una piedra en el agua y yo regresé al departamento. Mike seguía en la habitación. *Tendría que lavar las sábanas*, pensé. Tomé más *whiskey* y me serví otra raya. Me sentía bien, como una maldita ola a punto de devorar la ciudad. Imparable, invencible, inabarcable. Tomé también un poco de Molly. Quería conectarme con la chica. Hacerla sentir bien. Cambié la música. La chica salió de la habitación rumbo al baño. Tu amigo es un cerdo, dijo. Mike reía, desnudo sobre las sábanas. ¿Qué has hecho? Me he tirado un pedo mientras me la chupaba, pero no ha sido a propósito, lo prometo, dijo riendo. Joder, Mike. Escuché a la chica abrir la regadera. Más vale que tengas pasta, es una diosa. ¿Qué vas a hacer? ¿Tú qué crees? Irme de aquí. Alcánzame en D'Angelo.

No te lleves la coca, dije, aunque luego pensé que había sonado como una amenaza. Vale, campeón, lo que tú digas. Mike se vistió y salió, dejando la puerta abierta. Me puse de pie y fui a cerrarla. La chica salió del baño y me vio con las pupilas dilatadas. ¿Qué te has tomado? Molly, respondí. ¿Tienes más? Apunté hacia la mesa. Era hermosa. Lo siento por mi amigo. Está bien. ¿Tienes el dinero? Dejé diez billetes de cien dólares en la mesa y me quité la camisa. Apaga la luz, pidió. La obedecí. Central Park parecía un agujero negro en medio de la ciudad. Me senté en el sofá y ella se acostó a mi lado. Vivir es extraordinario, dije. Para algunos, contestó. Sentí su piel en mis dedos. Estaba a punto de besarla, pero ella me miró y dijo: ¿Podemos cambiar de música? Puse otra canción y comenzamos a bailar. Me quitó la ropa y bailamos desnudos en medio de la sala. Yo me golpeé en el pie, pero no me importó, todo era estupendo. La chica se sirvió otra línea y comenzó a tocar mi pene. Dios, estoy muy puesto, dije. Lo puso en su boca, pero no logró endurecerlo. Sonreí y ella también sonrió. Luego dijo, carajo muchacho, que no tengo toda la noche. Reí. Hacía mucho que no me sentía así. Me sirvió una línea en una de sus tetas y la aspiré contento. Follamos en el *living*, de frente a aquel vacío en medio de la ciudad. Cuando terminamos, nos derribamos exhaustos en el sofá. Estoy tan colocada que no voy a poder dormir, dijo. ¿Te molesta que me quede aquí un rato? No. Armé un porro y se lo extendí. La primera vez que probé Molly, me dijo, tuve una experiencia muy rara. ¿Qué? Regresé a mi cama después de una noche muy larga. Cerré los ojos y escuché una voz. Era mi voz, pero era al mismo tiempo la voz de otra persona. La chica encendió el porro y me lo pasó. Abrí la ventana. El aire frío la hizo encogerse. Fue a la habitación y regresó con una frazada.

Le pregunté a la voz varias cosas, continuó. No recuerdo todo lo que hablamos. Yo le preguntaba cosas y la voz, que era yo misma, me respondía como responde una madre a su hijo pequeño. Había en ella cierta condescendencia pero, no sé, también mucha sabiduría. No te rías. Yo no me estaba riendo, tan solo sonreía. Todavía me sentía bien por el Molly. Ella continuó. Le pregunté: ¿qué puedo hacer para mejorar mi vida?, y me dijo: imagina que tu vida es una casa grandísima en la que vas moviéndote de un lugar a otro. Toda tu vida has pasado de habitación en habitación sin nunca cerrar la puerta, mirando constantemente todo lo que dejas atrás. Lo que tienes que hacer es avanzar a la siguiente habitación, abrir la puerta y cerrarla cuando entras. No hay más secreto que ese. La chica cogió el porro, pero estaba apagado. ¿Eso es todo?, pregunté. Sí, dijo al encenderlo de nuevo. Tal vez todo es la historia que nos contamos. Estaba a punto de amanecer. Nos recostamos sobre el sofá y yo me quedé dormido. No me di cuenta cuando se fue.

IX

Un día, finalmente, E. comienza a escribir. La primera historia que le viene a la cabeza es sobre un soldado llamado Martínez. El cuento comienza con la frase: "De modo que morir era esto", y avanza hacia un cielo sin nubes y un paisaje traspasado por un halo de oro pálido. Todo parece tan remoto, piensa el soldado, mientras el ruido de la batalla se transforma en un tibio murmullo. Antes de cerrar los ojos, un recuerdo asalta su memoria.

Para E., esta imagen tiene que justificar todo el texto.

No logra terminarlo.

¿Qué recuerdo puede lograr tal efecto? ¿Su familia? ¿Un amor perdido?

Cualquiera de estas opciones le parece sosa o previsible. Intenta otra historia sobre una chica que va a visitar a su novio en Nueva York. Una mañana, mientras él está trabajando, ella decide ir a Brooklyn, pero se pierde en el metro. Al bajar en una estación cualquiera se da cuenta de que regresar no es tan sencillo como pararse en el andén contrario: esos trenes también van al norte y tienen una letra distinta. Nadie se detiene a ayudarla y no es sino hasta que encuentra a una mujer que habla español que puede orientarse de nuevo.

Esa misma noche abandona Nueva York. Sobre la mesa de la cocina deja una carta a su futuro exnovio, en la que cuenta sobre una estación abandonada que vio en el trayecto de regreso. "Es como si la humanidad hubiera desaparecido y el subterráneo no fuera sino un paseo turístico entre sus ruinas", escribe el personaje.

E. va acumulando estos retazos con la esperanza de que algún día cobren sentido. Tal vez el chino exiliado hablaba de esto, piensa una mañana al mirar la postal de ese paisaje nevado, y escribir no sea sino ensuciar lo que no puede ser dicho.

Noelia y las maravillas

Mi esposa solía ser una gran conversadora. Me encantaba escucharla hablar y verla mover las manos, los brazos, las pestañas, todo en nado sincronizado alrededor de cualquier historia. Era fabuloso. Y, sin embargo, después de veinte años de matrimonio la cotidianidad nos mató. Un momento de distracción y ¡zaz!, aquellas épicas familiares se convirtieron de pronto en monosílabos y gruñidos. Para ignorarnos no encontramos una mejor solución que llevar la televisión a la alcoba. A partir de ese momento la mayoría de nuestros intercambios eran como este:

—¿Con quién hablas?

—Una amiga.

—¿Quién?

—Lorena.

—Lorena. ¿Cómo está?

—Bien.

Hasta los diálogos de las telenovelas tenían más imaginación que nuestras conversaciones. Un día apagué la televisión y me le quedé viendo: no hacía más que chatear en su teléfono celular, sonriendo infantilmente.

La conozco: cuando se emociona pone una sonrisa estúpida, como la que tenía en ese momento frente a su celular. Sabía que me estaba engañando, y no sólo por esa sonrisa boba, sino porque antes había dejado su teléfono en la mesa mientras iba al baño. Quitarle la clave de bloqueo fue pan comido: eran los últimos dos dígitos de los años de nacimiento de nuestros hijos —algo tendría que haber aprendido en todo este tiempo juntos—. Entré a sus mensajes y leí los recados del tal Miguel: "Te amo, gordita preciosa, te quiero ver esta tarde". Vi su foto: era un tipo calvo, de sonrisa amplia que usaba los emojis mejor que yo.

No me ofendí: hacía mucho tiempo que mi mujer y yo nos dábamos pereza el uno al otro. Además, cómo culparla, yo había tenido una que otra aventura en el pasado. Siempre les decía lo mismo: "Ya no hay amor"; "Crecimos como un árbol torcido"; "Vamos en direcciones opuestas"; "Si no nos separamos, es por los niños". Ellas, condescendientes, acariciaban mi pelo y decían: "Eres un hombre muy valiente". No es verdad, generalmente se quedaban calladas mirando el techo. Como sea, esas relaciones nunca duraron. Cuando me preguntaban por qué terminábamos, les contestaba que no había comunicación.

Esa noche, sin embargo, quise hacer algo diferente y, en un gesto dramático, aventé las almohadas al piso.

—No las dejes ahí. Guárdalas en el clóset.

A regañadientes las recogí del suelo y las puse en el clóset. Cuando regresé a la cama, Noelia puso su teléfono sobre la cómoda y apagó la luz.

—¡Hasta mañana!

Fui al baño, lugar donde paso los únicos momentos de introspección profunda a los que me atrevo, y me miré al espejo. *Ya se te aflojó la carrocería, mano*, pensé. Después me lavé los dientes y fui a las habitaciones de los chamacos. Uno dormía mientras el otro tecleaba algo en la computadora.

—¿Qué haces? ¿Tarea?

—Feisbuqueo.

Feisbuquear, sepa la chingada qué es eso. No dije nada y me regresé al cuarto. Noelia ya estaba roncando: el sonido era como el de un río revuelto. Miré la pijama que usaba y me pregunté si había alguien a quien le pareciera sexy —es una playera horrenda que compró en Acapulco y que dice: "One tequila, two tequilas, floor"—. Le encantan ese tipo de chucherías, le parecen "hilarantes". Así dice: "Mira Rogelio, esto es hilarante". Nunca sé qué quiere decir con esto. ¿Algo chistoso? ¿O muy chistoso? Nunca ríe cuando lo dice, así que no sé y tampoco le he preguntado. Tal vez lo haga mañana.

Noelia se levantó muy modosita. Despidió a los niños y se sentó a desayunar conmigo.

—No te dije ayer, pero tenemos una convención de la empresa fuera de la ciudad. Regresaré el sábado a mediodía.

Ay, hija de la chingada, pensé mientras me comía mis huevos divorciados.

—¿Convención de qué?

—¿Convención de qué? ¿Cómo de qué?, pues de ventas. ¿De qué va a ser?

—¿De ventas? ¿A mediados de febrero?

—Sí, andamos apurados por el cierre del trimestre, y quieren que todos nos pongamos las pilas. Así que nos vemos el sábado, ¿ok? No se te olvide que mañana hay que llevar a Iván a la fiesta esa que tiene.

—¿A qué fiesta?

—Ash, Rogelio, ¡se te olvida todo!

Terminé mi desayuno y ella se despidió con un beso tronado antes de salir taconeando rumbo a su auto.

Una convención fuera de la ciudad. Es notable cómo trabaja la imaginación y la mentira: no hay mucha diferencia entre ellas. El sábado, como a eso de las once, recibí un mensaje de Noelia: "El director quiere tener una junta con el equipo top, así que llegaré después de las cinco. Besos, ¡chao!".

Quise preguntarle desde cuándo era ella parte del equipo top, pero me contuve. Cuando llegó, le pregunté:

—¿Qué tal tu junta?

—Muy bien, tenemos mucho trabajo antes de cerrar el trimestre.

—¿A poco? ¿Qué van a tener que hacer?

Me dio un resumen del plan estratégico de la empresa. Esa noche le pregunté sobre el hotel en el que se quedaron. Hasta me dijo el color de los tapetes de la entrada. Tuve la impresión de que el lugar era una mezcla de un hotel en el que estuvimos de novios y la hacienda donde se casó mi hermana. "Qué rico", respondí cuando

describió una pechuga de pavo en salsa de queso que cenó la noche anterior.

Esa noche no prendimos la televisión. Cuando se acostó, fui a lavarme los dientes. Mi hijo mayor me preguntó qué me pasaba cuando me vio riéndome solo frente al espejo.

Pasaron dos semanas para que Noelia regresara a las andadas.

—Fíjate que la prima de Lorena, la que vende oro, ¿te acuerdas?

—¿La guapa?

—Ella, ándale. Pues anda retemal, ¿sabes? Resulta que le gusta mucho el chupirul y la pobre de Lorena ya no sabe ni qué hacer. Me ha pedido que vayamos por ella el viernes y la llevemos a una clínica de rehabilitación que le recomendaron fuera de la ciudad, ¿cómo ves? Que muy buena, dizque, y pues cómo dejarla sola, ¿verdad? Así que me voy a ir con ella. Yo creo que regresamos el domingo, ya que la dejemos instalada.

—Pobre. Quién lo diría, si le iba tan bien.

—Sí, pero con el divorcio y demás, tú sabes. Me contó Lore que su prima le dijo que para ella la vida ya no tenía sentido, ¿tú crees?

—Qué mala onda. Por otro lado, está bien que apoyes a tu amiga. Eres muy buena.

Sonrió, un tanto nerviosa, y se fue. El sábado le pregunté por mensaje cómo era la clínica: "Una delicia, si la vieras, y en medio del bosque, parece un paraíso. Pero pobre gente, de verdad, la pasan mal". Cuando regresó la busqué para que me contara todo. Las historias cada vez desbordaban más detalles: desde el camionero que se les cerró en la carretera, hasta la prima de Lorena que, desesperada por el *delirium tremens*, bebió sus perfumes con agua mineral.

Había detalles absurdos, incomprensibles, que me hacían preguntarme la próxima barrabasada que me iba a contar. Por ejemplo, una semana después del episodio con Lorena me dijo: "Que la prima se ha escapado de la clínica, y Lore me ha pedido que vayamos a buscarla". O qué tal esa de: "No voy a llegar a dormir porque andamos en cierre y vamos a tener una junta ultraimportante a medianoche, y de ahí nos vamos a ir a presentar el proyecto".

Algo tenían de genial todas esas excusas: habían convertido la vida de Noelia en algo más emocionante que una serie gringa. Si hubiera podido matar a su abuela —o a la abuelita de Lorena—, lo habría hecho —y si no lo hizo fue porque ya estaban muertas—.

En una de esas escapadas tomé la televisión de la alcoba y la llevé al cuarto de los niños.

—Tengan. Luego les compramos el Xbox ése.

—Órale, ¡qué buena onda! —contestaron.

Esa noche, cuando Noelia regresó y me preguntó por la tele, le dije que se la había dado a los chamacos. No me contestó nada.

—Entonces, ¿cómo les fue en el proyecto? —dije, cerrando el libro que tenía entre las manos.

Un día de plano se voló la barda.

—Ok, está bien, lo haré —dijo a escondidas en la cocina.

Me hice como el que no la oí y subí a la recámara a seguir con el libro de historia que traía a la mitad desde hacía meses. Noelia entró con cara de preocupación y se llevó la mano derecha a la frente, un gesto estudiado que casi me arranca una carcajada.

—¡Ha pasado algo terrible!, Rogelio. Mi jefe me acaba de hablar. Está metido en un problemón. Regresaban de viaje y se les murió la abuela en el coche.

—¿La abuela? No manches. ¿Su mamá?

—No. La mamá de su esposa. ¡Pero cállate la boca, que ese no es el problema! Como iban con los niños, y no los querían asustar, les dijeron que la abuela se había quedado dormida. Imagínatela ahí, al lado de los chamacos, tiesa, con la boca entreabierta y tirándose todos los pedos del mundo.

—¿Pedos?

—Pues es que un cadáver ya no controla los esfínteres, Rogelio. Total, que se paran en una gasolinera y, mientras la esposa llevaba a los niños al baño, mi jefe se llevó la camioneta a un lugar donde no lo vieran y que mete a la abuelita en una maleta.

—¿En una maleta? ¿Pero está loco? ¿En qué cabeza cabe? Y además, ¿cómo iba a caber en una maleta?

—Ay, Rogelio, en una situación de estrés no sabes ni qué hacer. La idea más estúpida se te hace brillantísima. Y supongo que la abuela era chiquita, ¿qué voy a saber yo? Tampoco tengo todos los detalles. Pero espérate, que ahí no acaba todo. Mi jefe regresa por su esposa y los niños, y deciden pararse a comer algo en el camino. En un lugar al lado de la carretera, de esos de barbacoa.

—No manches, ¿por qué no le hablaron a una ambulancia o a la policía?

—Imagínate el *shock*, Rogelio. No sabían qué hacer, ni él ni su esposa.

—Qué idea. Siempre he dicho que tu jefe no es muy brillante. ¿Y luego?

—Pues nada, que están comiendo, todos muy tranquilos. A los niños les han dicho que la abuelita tuvo que regresarse por una emergencia, y cuando regresan al coche, ¿qué crees?

—¿Qué?

—Les han dado un cristalazo y se han robado las maletas.

—¡No manches!

—Sí. El pobre me acaba de llamar desesperado. Sabe que tengo una amiga que está bien parada en la policía y quiere ver cómo le puedo echar una mano.

—¿Qué amiga?

—Una amiga de la universidad.

—Qué coincidencia.

—Sí, curiosamente me acabo de encontrar a esta amiga hace unos días. Por algo pasan las cosas.

—Sin duda.

—Voy a irme ahorita, para ver qué podemos arreglar. Yo creo que voy a tener que pasar la noche allá.

—Pues si tienes que hacerlo, tienes que hacerlo.

Pasé el fin de semana con los chamacos.

—¿Y mi mamá? —me preguntaron.

Les conté la historia de lo que le había pasado a su jefe.

—¡No manches! ¡Ya ni en las películas! —contestaron.

El lunes fui a trabajar y, como a eso del mediodía, Noelia me envió un mensaje donde decía que regresaría a casa esa noche. Pensé en cuál sería el desenlace de la historia.

"Ok, mi vida, te veo en la noche", contesté. Tuve un par de juntas en la tarde y, antes de irme, Rosalba, una de las secretarias con quien había tenido mis quereres, me fue a buscar a mi oficina.

—¿Cómo ves si vamos a cenar esta noche? —me preguntó.

—¿Esta noche?

—Sí, al restaurante ese que te gusta. Luego tal vez podamos irnos por ahí.

Lo pensé un momento.

—No, hoy no puedo —dije—. Tengo una cita con mi esposa.

X

El Club de los Realistas Mágicos
Segunda parte

Encontraron a Miguel. Primero a su cadáver, decapitado dentro de una bolsa de plástico, muy cerca de una estación de policía. Tenía huellas de tortura: le habían cortado todos los dedos, el pene y los testículos. La cabeza la hallaron a dos kilómetros de allí. En una broma macabra, alguien le puso un sombrero mexicano y, al lado, una nota que decía: "Esto no es un juego".

La policía me dijo que me mantuviera alejado del caso. Atribuyó la ejecución a un conflicto entre pandillas, pero no era tan sencillo: su hermana y conocidos coincidían en que él no estaba metido en eso. Una de las historias en el reporte era de locos: había sido escrita por un amigo suyo e incluía muertos vivientes con rostros derritiéndose.

Terminé de leer el archivo y lo dejé caer sobre la mesa. El golpe levantó el polvo acumulado sobre decenas de libros y me pregunté

cuándo había sido la última vez que había limpiado este muladar. Encendí un cigarrillo y miré por la ventana. Llovía y las luces de los autos le daban a la calle cierto tono melodramático, similar a la escena de alguna película. Sonó el teléfono.

—¿Detective O'Harran? —dijo una voz de terciopelo al otro extremo del auricular.

—¿Quién lo busca? —contesté.

—Natalia, la hermana de Miguel. Hablo por lo de…

Me enderecé en la silla.

—Sí, por supuesto.

Natalia me había contratado para que investigara el caso. La brutalidad del asesinato era incomprensible. ¿Cómo podía alguien hacer algo así?

—¿Tiene alguna información? —me preguntó.

—No, pero créame, estoy en ello —dije para reconfortarla—. En cuanto descubra algo la llamaré.

Colgamos.

Me serví un vaso de *whiskey* y empecé por lo obvio: sus amigos. Si había sido un pleito de pandillas, ¿por qué se habían inventado esa historia? Algo olía mal.

Encendí el auto: los faros cortaron la niebla como una navaja. Llegué a los suburbios en un santiamén. No toqué la puerta: caminé al patio y observé la planta alta de la casa. Pude ver el resplandor de la televisión en una de las ventanas. No había ningún auto en el garaje, así que asumí que estaría solo frente a la televisión.

Llegué por detrás mientras el chico observaba cómo unas chicas movían el culo en la pantalla.

—Se han inventado una historia, Julio, y quiero saber por qué.

—¿Quién es usted? —preguntó asustado.

—Estoy tratando de entender qué pasó con Miguel. Y tú me lo vas a contar.

Lo asusté un poco, pero no pude sacarle mucha más información. Algo sí me quedó claro: Gabriel era el cerebro del grupo. Regresé al auto y encendí otro cigarro. Un acceso de tos me hizo tirarlo sobre mis piernas. Lo cogí de nuevo mientras sentía mis pulmones revolverse dentro de mi pecho. Llevaba tanto con el vicio que ya no me importaba que me estuviera matando. Lo único que importaba, por el momento, era conocer lo que le había pasado a Miguel.

Llamé a Natalia, pero colgué al escuchar el tono del teléfono. No sé por qué sentí la necesidad de escuchar su voz. Tal vez todo era parte de esa fantasía de enamorarme de una de mis clientas. Demasiadas novelas de Raymond Chandler y demasiada soledad. Prendí el coche y arranqué de nuevo.

En el trayecto recordé al chico. Había visto las fotos de los forenses. El crimen parecía una ejecución de narcos al sur de la frontera. Había leído muchas cosas al respecto: cómo les cortaban la cabeza o los desollaban vivos. A mi parecer todo estaba relacionado con su pasado azteca: esa sed malsana había quedado oculta en algún lugar de su naturaleza.

Llegué a casa de Gabriel, pero no lo encontré. Pensé en esperarlo, pero la paciencia no era una de mis virtudes, así que decidí ir a casa de Miguel. El lugar estaba en el barrio mexicano de Columbus, una zona venida a menos por malas políticas públicas —la población blanca había utilizado su dinero y poder para construir una avenida que empujó a la comunidad latina y negra fuera de la ciudad, aislándose así en una burbuja de privilegio—.

Ir ahí no era un paseo en el parque: en las esquinas los *dealers* vendían marihuana y cocaína a cualquiera que tuviera el valor de adentrarse en el barrio. La policía rara vez entraba: el tráfico de drogas era tolerado porque, al final, es una herramienta más de control social, tan sólo hay que ver la cantidad de negros e hispanos metidos en las cárceles.

Me estacioné frente a la casa. La lluvia había amainado y era apenas una brisa. Pasé por debajo del cordón policial y encontré la puerta abierta: algún idiota la había dejado así. El lugar era exactamente como lo imaginé: sobrecargado y cursi, lleno de figuras de cerámica, fotografías y cuadros. En el piso, al lado de la puerta, había una pintura de un tráiler junto a la virgen de Guadalupe. Fui al cuarto de Miguel. Dentro todo lucía desordenado, salvo la mesa con la consola de videojuegos. Al lado había un libro: *El hombre de la multitud,* de Poe. Miguel no parecía el tipo de chico que leyera mucho. Dentro, había una nota escrita a mano. Era una dirección y nada más.

Salí de la casa y vi una patrulla estacionada frente a mi auto.

—O'Harran, ¿qué está haciendo aquí?

—Podría decir lo mismo.

Eran dos oficiales. Los había visto en el pasado: uno de ellos tenía fama de corrupto.

—Podemos llevarte preso por entrar en una zona acordonada. ¿Qué estás buscando?

—Ya me conocen: pistas, como siempre.

—El caso está cerrado.

—Eso he escuchado antes.

—Tenga cuidado, O'Harran.

Subí al auto y me marché de ahí. Les ofendía que evidenciara su mediocre trabajo al reabrir casos como éste. Antes de ir a la dirección del papel decidí regresar con Gabriel. Lo encontré absorto, jugando videojuegos. Encendí un cigarro y me entretuve mirando la pantalla. Gabriel volteó cuando olió el humo en la habitación.

—¿Quién es usted? ¿Cómo entró aquí?

Me encogí de hombros.

—Soy O'Harran, detective privado. Leí tu reporte. Me gustó. Sobre todo esa frase: "Más que una sonrisa, aquello parecía una mordida".

No dijo nada. El videojuego se había quedado congelado en medio de una balacera.

—¿De qué trata? —dije, señalando el juego.

—Es una distopía punk en la que un hombre trata de revelar una conspiración.

—¿Lo logra?

—No lo sé. No lo he terminado.

—Escucha: sólo quiero saber lo que sucedió en realidad.

—¿Para qué?

—Para ayudar a su hermana.

Volteó a la pantalla de la televisión y luego regresó la vista a mí.

—¿Podría apagar su cigarrillo?

Lo hice.

—Mírenos: somos adolescentes, nos gustan los videojuegos.

Le costó trabajo encontrar las palabras.

—Lo del club es cierto. Pero no éramos realistas mágicos, ni mucho menos. Simplemente nos gustaba vagar, recorrer Columbus. Fue así que los encontramos.

—¿Encontraron a quién?

—Trajimos a Miguel porque él hablaba español. Las reuniones las tenían en español.

—Más lento, Gabriel. ¿Quiénes tenían las reuniones en español?

—Ellos. Hacían sus rituales en español. Con eso les pagan. No dijimos nada porque todos estaban involucrados. Lo de Miguel fue una advertencia. Por eso lo hicieron.

—¿Quiénes?

—Todos. Tienen tratos con ellos. Les pertenecen.

Hizo una pausa.

—¿Y la historia? —pregunté.

—No sabía que la pusieron en el reporte. Era un tributo, ¿sabe? Intenté convertir todo este horror en otra cosa. Una historia graciosa, mágica. Fallé, por supuesto.

El chico comenzó a llorar.

—Todo va a estar bien —dije.

—Fue nuestra culpa.

Le di una palmada en el hombro y me fui de ahí. Tenía ya una idea de lo que estaba pasando, pero necesitaba verlo con mis propios ojos. Llamé a Natalia, pero su teléfono estaba ocupado. Me pregunté por qué en el género policiaco las mujeres van y vienen, y en la vida real uno está más solo que un perro. Decidí dejarle un mensaje de voz. "Natalia, tienes que irte de la ciudad ahora mismo. Vete con lo que tengas en la mano. Si no oyes más de mí, lárgate al lugar más lejano que puedas imaginar".

Terminé el mensaje y me dio un acceso de tos. Miré mi mano llena de sangre y pensé en algunos de los libros que había leído y

las múltiples formas en que terminan estas historias. Me consolé con una de ellas: el detective une las pistas y los malos reciben su merecido.

La dirección era una zona de bodegas al norte de la ciudad. La lluvia había regresado y convirtió el camino en un lodazal en el que casi me quedo varado. No quería que nadie me viera llegar, así que me estacioné a las afueras del complejo y caminé el resto del trayecto. Vi luces en una de las bodegas. Me acerqué en cuclillas y subí por la escalera de incendios. Dentro había un grupo reunido. Reconocí algunos rostros: había políticos, policías y otras figuras públicas, pero también personas comunes y corrientes. Lo único en lo que todos coincidían era que eran blancos. Frente a ellos, tres hombres tenían el torso desnudo y un círculo rojo pintado en el pecho. Dijeron unas palabras ininteligibles mientras soplaban frente al humo de un incienso.

Cuando terminaron, les entregaron un paquete. Uno de los policías lo abrió. Cocaína. Llevaron el bulto a un camión donde había al menos una tonelada.

Droga mexicana y *rituales prehispánicos*, pensé. *Narcorrealismo mágico*.

Tomé fotos con mi teléfono: mi mejor oportunidad era llevar esto a los medios. Entonces comenzó a sonar: era Natalia. Me agaché y quise apagarlo, pero cayó entre las rejillas de la escalera de incendios y se desbarató al tocar el suelo. El grupo apuntó a la ventana.

Bajé las escaleras y revisé mi arma: tenía diez disparos y un cargador extra. Dentro había al menos treinta personas. Si lograba

generar la suficiente confusión tal vez tuviera una oportunidad. No lo logré: al dar la vuelta al edificio sentí un golpe en la nuca.

Soñé con un cuento que una vez había leído. En él, un policía se perdía en un laberinto que alguien había diseñado para él. En mi versión, sin embargo, había una mujer en el centro del mismo. Cuando abrí los ojos vi a uno de los mexicanos afilar su cuchillo frente a mis ojos. Intenté moverme, pero estaba amarrado de pies y manos. Sentí el golpe rítmico de sus tambores en medio de mi pecho, sincronizándose misteriosamente con mis latidos. Volteé a mi alrededor: ahí estaban todos, desnudos, con un círculo rojo dibujado en el pecho. Vi a Gabriel entre ellos y hasta entonces comprendí que el libro, la puerta, la charla sobre videojuegos, todo había sido planeado para terminar en este momento.

—¿Por qué? —pregunté.

Nadie respondió. Vi la hoja metálica brillar en el aire y pensé de nuevo en cómo terminan generalmente estas historias. En otra versión el detective y la chica se enamoran y son felices, pero la realidad nunca es como la ficción y tal vez por esto dependemos tanto de ella: para procurarnos finales distintos y perfectos.

XI

E. revisa las fotografías que tiene de M. en su computadora. Se da cuenta de que aquellas que capturó con el teléfono incluyen, de forma automática, un breve video. Ya no son estáticas, sino fragmentos que, de juntarse, se convertirían en el documental de su relación con ella.

Al ver los fotogramas, E. se da cuenta de que lo único a lo que puede atinar es a inventariar recuerdos.

Comienza:

IMG_5602: M. y E. disfrazados de Santa Claus.

IMG_1254: M. y E. en una cena con amigos.

IMG_678: M., sonriente, con un vestido blanco y gafas de sol.

SAM_8692: M. y E. en un puente. Detrás se ve una decena de rocas.

IMG_9037: M. en un lugar de comida dim sum. Hay un bebé en su regazo.

IMG_1254: M. y E. en un puente a medianoche.

Etcétera.

Después de cuatro horas de estar haciendo esto, E. piensa, sin riesgo a equivocarse, que este listado no cambia nada: algún día ambos olvidarán todos esos momentos.

Se perderán en el tiempo... como lágrimas en la lluvia. Es hora de morir.

Titubea un segundo y luego borra todas las imágenes.

Los condenaditos

Marialuisa escarba el suelo de pura desesperación. Alguien dijo por allá y allá se fue a rascar la tierra con las uñas. Mugre: una media luna oscura entre la pezuña y la carne. Mira los dedos llenos de sangre y luego el suelo, apenas mordisqueado. No le dijo nada. Total, ni va a volver. Pero regresó. A la mañana siguiente. Con las puntas de los dedos llagados y una palita chiquitita. Nada. Suelo testarudo. Yo por qué, se preguntó, levantando los hombros. Marialuisa gritó. Tanta rabia espantó a los pájaros. Y el otro, mudo. Mírala, ya se volvió loquita. Regresó de nuevo y otra vez al día siguiente, ahora con una señora pala y un mecate. El suelo todavía recordaba lo salado del día anterior. Porque Marialuisa escarba, pero también llora montones. Pura tristeza, pero pus yo qué. Por algo se los llevaron. Y los arbustos, ni modo, pues a hacerse a un lado. El mecatito fue para cuadricular

la tierra. La idea se le ocurrió al ver a unos albañiles tirar línea. Como montar unas parcelitas, nomás que más macabras. Aquí, ya. Allá, todavía no. ¿Y allí? Nada. Marialuisa, agotada a luz y sombra. De noche sueña que lo encuentra, por eso vuelve al baldío día tras día. Y el suelo, cada vez más enfadado. Se corre la voz. Pueque ahí estén, dijo alguien. ¿En serio? Ay, Diosito, pues yo también. Así fue como llegó la otra Marialuisa. Se miraron sin decir nada y se pusieron a preguntarle al polvo dónde estaban. Pero nada, aquel igual de mudo. La pala se rompió y tuvieron que ir a comprar otra, ahora un poco más grande. No hemos escarbado allá. Caminaron, pusieron la pala en el suelo, el pie en la pala, el peso en el mango, la tierra por los aires. Tanta obstinación puso al suelo nervioso. ¿Ya pa qué?, pensó. Esa noche soñó con cientos de manos que por dentro le escarbaban las entrañas. Despertó con una mueca de angustia y, encima, el rocío en la cara. ¿Qué culpa tiene él de estar de camino al otro lado? Otra vez amanece y las ve venir nomás despunta la mañana. Cargando todos sus cachivaches ahí vienen las pobres. Sólo quieren saber, que el suelo les conteste algo. Aquí, ya estuvo. Pero no. Es que es reorgulloso y mohíno. Yo nomás quiero estar solo, pero no, ahí vienen a jeringar. Tal vez se siente culpable, quién sabe. Mediodía: el sol hostil, como siempre. Abren la sombrilla y comen nomás para seguir cavando. Así los días, si no fuera porque llega una tercera Marialuisa y una cuarta y una quinta. Todas en la misma situación: ¿pues dónde están? Y otra. Ahí va la cuadrilla berreando, dale que dale. Helado. Frío. Tibio. Frío. ¡Caliente! ¡Calientísimo! Frío. Nada, ni un huesito. El terreno es grande y el suelo está cansado. Miren nomás lo que han hecho, ¿a poco yo voy a su casa a armar un tiradero? Por las noches, mientras el suelo se queda enfurruñado, las Marialuisas se cuentan historias,

detalles de la vida antes de esta obsesión de tierra y polvo. Le gustaba esto y lo otro. Si vieran lo bueno que era. Cantaba rebonito. Una vez el condenado... y entonces las Marialuisas callan: la palabra conjura la superstición y el temor divino. Ya mejor le seguimos mañana, dice una, mientras otra llora quedito. Esa noche el suelo recuerda. Llegaron con lámparas y los hicieron arrodillarse a todos. ¿Quién le va a entrar?, preguntaron los malosos. Pa pronto les dispararon a los que negaron con la cabeza. El sonido de sus cuerpos al caer fue su último latido. Un tractorcito se encargó de echarles tierra. Y luego nada, hasta que llegaron las Marialuisas. Anda mal, el suelo: esa noche no durmió. Cuando por fin se estaba arrullando, el alba hirió lo que le quedaba de sueño. Las vio venir otra vez, uñas y palas a escarbar de nuevo. Taciturno, se talló los ojos y dijo: ya van. Y apareció, apenas un maicito de piedra. ¿Y esto? Las Marialuisas se miraron, desconcertadas. Una se puso los lentes y lo metió en una jícara con agua. El hueso salió como de un bautismo y la Marialuisa rio, jubilosa, para después largarse a llorar y a patear el suelo. Es un dientecito. El suelo, que parece luna o campo de guerra, dijo: Bueno, pues ya estuvo. Lo siento. Y escupió el resto de la osamenta, ahora chimuela. Las Marialuisas la miraron con gratitud y espanto. ¿Quién será? Ya otros lo dirán, lo importante es que lo encontramos. A ver, hay que escarbar más. Y allá. Y aquí también. El suelo, cansadísimo, nomás asiente. Pues sí, aquí estaban, piensa, mientras los condenaditos, como si el diminutivo redujera su miseria, comienzan a salir uno por uno.

XII

Personajes extravagantes, perversos o simplemente patéticos; seres que fracasan o que son absorbidos por fuerzas más grandes que ellos; borrachos o pusilánimes; personas imposibles y, por lo tanto, ridículas; seres fantásticos o raros. E. decide que no necesita nada de esto. Lo único que le apetece es escribir una historia feliz o, al menos, graciosa. Busca, entonces, otro camino: hace una lista de lo que, a seis meses de estar en Estados Unidos, significa para él este país. Luce así:

El viaje –el *Western*
La oficina

La redención
La traición
Las drogas
El racismo
Las *greenlands*
Los puentes

Tacha aquellos temas de los que ya ha escrito algo, aunque sea una mera aproximación, y se la envía a C.

—Pareciera que todo lo que escribo está impregnado de una extraña tristeza que no sé, a ciencia cierta, de dónde viene —dice cuando habla con ella por teléfono.

C. se queda callada un momento. Luego dice:

—En lugar de combatirla, deberías aprovecharla. ¿Por qué no intentas escribir algo sobre México?

E. responde que todo parece girar sobre esa órbita, aunque no lo parezca.

—¿Qué órbita?

—La de la violencia, por supuesto.

Mientras le da vueltas a una moneda, E. dice:

—¿Sabes qué me pasó el otro día? Estaba viendo un video de narcos y aparecieron tres cabezas decapitadas. ¿Quieres saber qué pensé?

—¿Qué?

—Que eran falsas.

—La consecuencia de la banalización de la imagen es la mentira.

E. tarda en contestar.

—Por eso me gusta que la gente piense que Estados Unidos es el mejor país del mundo. Tiene algo de apocalíptico. Mientras el mundo se desmorona, los gringos caminan entre las tiendas de un *shopping mall* climatizado.

—¿Y los que están afuera del *mall*?

—Los que están afuera —suspira E.

No sabe qué decir. Además del horror, debe haber algún tipo de esperanza. Piensa en *Citizen Kane*: tanto el que lo tiene todo como el que no tiene nada comparten, en la muerte, un deseo ridículo.

E. se despide y cuelga: tiene que volver al trabajo y realizar todavía una docena de llamadas.

Diálogo entre dos vivos y dos muertos

Tu esposo ha muerto, pero sigue acostado sobre la cama, sin muchas ganas de irse. Le repites que ya no puede estar ahí, que te deje en paz de una vez por todas y sales azotando la puerta.

Afuera te gana la culpa. Después de cenar regresas. No lo ves por ningún lado. Te mortifica pensar que tal vez te haya hecho caso. Te acuestas, tratando de abarcar toda la cama de un solo trazo. Cuando despiertas, te das cuenta de que no se ha ido: ha encontrado un espacio donde acostarse, mirándote mudo desde la esquina de la cama. "¿Por qué simplemente no te vas?", gritas. Intenta abrazarte y lo empujas, haciendo que caiga y se golpee la cabeza. La culpa te gana de nuevo y le pides perdón, una y otra vez, llorando.

*

Un día decides salir con alguien. No pueden seguir así: es lo que le dices mientras te rasuras las piernas. Tu esposo te mira molesto desde el reflejo del espejo. Te da lástima, pero es mejor así. Volteas a ver la hora. Es tarde.

Al llegar al bar ves a Ramiro, el chico con el que has quedado, sentado con una cerveza en la mano. Sientes esa falsa familiaridad que transmite la gente extrovertida. Estás contenta y piensas que no te habías sentido así en mucho tiempo. Cierran el bar y salen a la calle vacía. Quieres decir algo, pero él se te adelanta y te pregunta si deseas acompañarlo a su casa.

El elevador de su edificio hace demasiado ruido y por un momento te sientes incómoda. "¿Vives solo?", preguntas para romper el silencio. "Sí", responde, pero cuando entras ves a un muerto sentado frente a la televisión.

"No le hagas caso, era mi esposa".

Ella los mira desde la profundidad de sus ojeras. Sabes que los muertos nunca dicen nada, pero esto no impide saber todo lo que están pensando. Ramiro te sirve una copa de vino y te lleva de la mano hacia la cama. Tratas de olvidar el asunto, pero te incómoda ver que el muerto se asoma por la puerta y se queda ahí, mirándolos.

"¿Qué pasa?", te pregunta Ramiro.

Señalas la puerta y él se pone de pie y la cierra. No puedes evitar pensar en tu propio muerto y pretextas una reunión importante al día siguiente. Sales a la calle. Cuando abres la puerta de tu departamento y llamas a tu esposo, él no aparece. Recorres cada habitación sólo para constatar que se ha ido y tal vez no vuelva. En cama, hecha un ovillo, notas cómo su ausencia ha pintado un contorno azulado sobre las cosas.

*

Tocan la puerta. Sí, es él. "¿Dónde estabas? ¡Nunca vuelvas a hacerme esto!". Le besas las manos y le prometes mil cosas: un viaje, llegar temprano a casa, llevarlo a cenar, toda una serie de puntos suspensivos hasta que dos semanas después conducen por la carretera que habrá de llevarlos a la playa.

*

Tu esposo se sacude sin éxito la arena de la piel. Se recuesta, saca un espejo de mano de tu bolso y se observa el rostro durante varios minutos. Adivinas lo que está pensando: ya no es el de las fotos.

Comen y regresan a la habitación. Prendes el aire acondicionado y te acuestas mientras él hace lo mismo con su cabeza en tu pecho. Una ternura antes desconocida se apodera de ti y lo besas. Tus manos recorren su piel seca mientras su lengua, áspera como una piedra, succiona tu aliento. No hay humedad, tan sólo un olor fuerte, como fierro oxidado.

Lo sueltas, asfixiada. No dice nada. Claro, no puede, pero aunque sus ojos carezcan de luz parecen entender lo que estás pensando.

Esa noche sales sin él. Caminas a un bar en la playa y ves a Ramiro sentado en una de las mesas. No lo puedes creer. Lo saludas y al segundo te das cuenta de que está con su muerto.

Se muestra reticente, pero cambia de actitud cuando confiesas que tú también tienes un muerto en casa. Esa noche se acuestan juntos.

*

De vuelta en la ciudad tu esposo destruye medio departamento. Le has contado sobre Ramiro y le recuerdas, furiosa, que él está muerto. Te responde clavando sus uñas en tus manos. Esa noche te encierras en la habitación mientras él duerme en el sofá. Al día siguiente hablas con Ramiro. Le propones un viaje. Acepta, pero no puede dejar a su muerto solo. "¿Y si le pasa algo?".

La mañana del viaje los suben al asiento trasero y les ajustan el cinturón de seguridad. El gesto se te hace absurdo, pero no dices nada. Ramiro prende el auto y enfila hacia la misma carretera que semanas antes los llevaron a ambos hasta la playa. Se detendrán antes, sin embargo, en una pequeña ciudad amurallada de la que has tenido tiempo de leer su historia para hacer más entretenido el viaje. También has grabado un disco de canciones cariocas que intentas cantar mientras Ramiro mantiene los ojos en la carretera. Miras por el retrovisor y ves a tu esposo observarte con una emoción que intuyes cercana al odio. "Párate", pides. Cuando se detiene, sales del coche y Ramiro te sigue, confundido. Volteas la vista hacia el asiento trasero. "¿Y si los dejamos?". "¿Cómo crees?". "Deberíamos botarlos, ¿qué les puede pasar?". "No digas tonterías", te responde, y regresa al auto de nuevo. Ofuscada, quitas la música y te duermes el resto del trayecto. Cuando despiertas, notas que Ramiro te espera fuera del coche, con ambos muertos de pie junto a él. La tarde te deslumbra: pasas los dedos por tus ojos antes de mirar el cielo.

*

Lugares en los que nos creemos más felices de lo que jamás seremos. Te repites esta idea mientras miras a Ramiro tratando de

hacer patitos con piedras que se hunden por no ser lo suficientemente planas. Su muerto escarba el suelo con un dedo mientras tu esposo la mira con desprecio. Le avienta una pequeña piedra y el gesto, casi infantil, te da risa.

Tomas a Ramiro de la mano y lo llevas al hotel. Los muertos los siguen como dos niños revoltosos, empujándose y pateándose en el camino. En la habitación le pides a Ramiro que cierre los ojos. Accede al juego y lo llevas a la cama. Luego tomas a los otros dos y les das un empellón para meterlos en el baño. Regresas a la cama y apagas la luz: el único color es el tacto. Al terminar, Ramiro se acuesta sobre tu pecho y no pregunta nada sobre los sonidos que vienen del baño. Ramas que se rompen, piensas antes de quedarte dormida.

*

Ramiro entra en el baño. Su grito te despierta de inmediato. En el suelo hay pedazos de piel y hueso y un par de ojos desinflados. Tu esposo está sentado sobre la taza, con las manos sucias y la mirada llena de desprecio. La esposa de Ramiro se arrastra y lo toma de los tobillos, temblando. "¡¿Qué has hecho?!". Está llorando. Al borde de la histeria, Ramiro acaricia el poco pelo que su muerto tiene todavía.

Empacan de inmediato. El muerto, o lo que queda de él, se sienta en el asiento del copiloto. Tu esposo está a tu lado. Cuando pides prender el estéreo, Ramiro no contesta. El silencio es terrible, piensas, sin dejar de ver los árboles sucederse uno tras otro en la carretera.

*

Al llegar a la ciudad Ramiro te deja en un sitio de taxis. Tu esposo te toma de la mano: en las uñas tiene la piel del otro muerto.

En casa lo subes a forcejones por las escaleras. "¿Por qué? ¿Por qué no te vas de una maldita vez? ¿Por qué me tienes que hacer esto?".

Dentro del departamento lo tomas de los hombros y le das una cachetada y luego otra. Lo arañas. Cierras el puño y lo golpeas en el rostro. Cae al suelo, pero no paras. Tus lágrimas no te dejan ver su rostro, en cada golpe escuchas un leve crujir y nada más. No sabes cuánto tiempo ha pasado. Estás sudando y, de pronto, te sientes exhausta. El muerto, tú muerto, no se mueve más. Te tiras sobre el suelo y apenas si reparas en todo el polvo esparcido a tu alrededor.

XIII

Identifícate con cortesía en los primeros cinco segundos. Recuerda decir tu nombre completo y la empresa de la que llamas.

—Hola, buenos (días, tardes, noches). Mi nombre es E., de la empresa X. ¿Con quién tengo el gusto?

La persona con la que hablas te contestará: "¿Con quién quieres hablar?". Esta respuesta busca saber si tienes el dato de contacto de la persona con la que te deseas comunicar. Si sabes el nombre, lo más probable es que te pregunte: "¿Qué desea?". Éste es el filtro más importante del telemarketing, aquí está 60% de tu prospección. Para tener mayores probabilidades

de éxito, intenta llamarla por su nombre, luego hazle una o dos preguntas que la hagan sentirse cómoda, por ejemplo:

—Hola, M. ¿Cómo estás?

Hazla sentir bien, pero recuerda que antes de que le marcaras estaba haciendo algo y en cuanto la llamada termine regresará a ello. Cuando hayas construido cierta relación, pregúntale quién es el contacto del área con quien deseas hablar.

—Recuerdo bien cuando nos conocimos. Fue en esa fiesta de barrio a la que te invitó mi amigo. Comenzamos a platicar y descubrimos que teníamos el mismo apellido. Bromeaste que tal vez éramos primos. Ambos sabíamos que era imposible, pero la idea no dejaba de ser atractiva: una casualidad nos había puesto en el mismo espacio y ambos veíamos a las casualidades como el principio del desastre. Fuimos a cenar y algo en tu voz me empujó a contarte muchas cosas. Tú hiciste lo mismo. Cuando nos dimos cuenta era tarde y tú habías perdido el último autobús a casa. Te quedaste a dormir y yo inflé un colchón que puse en medio de la sala. Seguimos hablando: yo miraba el techo y escuchaba tu voz desde la oscuridad. "Me sabe mal que estés durmiendo ahí", dijiste. "Podemos compartir la cama". Me acosté a tu lado, con miedo a tocarte. Luego me quedé dormido. No sé cómo, ni por qué, desperté en medio de la noche. Volteé a verte y me di cuenta de que me estabas mirando. "¿Qué pasa?", pregunté, y tú respondiste que no pasaba nada. Volví a quedarme dormido y la escena se repitió a las pocas horas. Ninguno de los dos durmió lo suficiente esa noche. A la mañana siguiente, cuando te despediste, te pedí tu número:

teníamos que volver a vernos, teníamos que llevar hasta las últimas consecuencias ese encuentro.

Lo siguiente es 30% de tu prospección. En esta parte tienes que contar una breve historia en la que se mencionen los motivos de tu llamada. Para esto es necesario que conozcas dos beneficios o características de tu producto o servicio. Está prohibido que esta información se la menciones a la primera persona que te conteste, es decir, a la secretaria, ya que ella no es la encargada de tomar las decisiones de la compañía. Este paso es exclusivamente con el contacto o el área con la que te interesa comunicarte.

—Recuerdo tus ojos mirándome esa noche y quisiera entonces coger el teléfono y marcar tu nombre y decirte esos versos que comienzan "quizá tengas el cabello mojado", pero esto no es una ficción ni tampoco un poema ni tú tendrás el pelo húmedo porque te bañabas por la noche. Siempre me dio risa este gesto de niño pequeño que salta a la ducha antes de irse a la cama. Recuerdo en el retrete tu pijama, un short rosado con la figura de un mono, y nuestras canciones, en su mayoría inventadas. Y las risas y las cenas, siempre con arroz blanco.

No menciones todos tus beneficios como una cubeta de agua fría. Aprende a escuchar a tu prospecto y dale espacio para que te conteste. Esto te dará tiempo para resolver cualquier duda o aclarar cualquier objeción que pueda tener.

—Poco después que llegué a Los Ángeles me deprimí. Me encerré en la habitación a ver todas las películas de las que pude echar mano. Una de ellas fue *Annie Hall*. Al final de la película Allen

cuenta cómo encuentra a Annie de nuevo. Es un cierre optimista: *Fue genial ver a Annie otra vez. Me di cuenta de la excelente persona que era y qué divertido era conocerla. Entonces pensé en esa vieja broma, ya sabes, el tipo que va a un psiquiatra y dice: "Doc, uh, mi hermano está loco. Cree que es un pollo". Y el doctor responde: "Bueno, ¿por qué no lo llevas a un sanatorio?". Y el tipo dice: "Lo haría, pero necesito los huevos". Bueno, supongo que es más o menos así cómo me siento con las relaciones. Ya sabes, son irracionales y locas y absurdas… pero, supongo que las seguiremos teniendo porque la mayoría de nosotros necesita los huevos.*

Has terminado tu llamada telefónica. El cierre se realiza de manera precisa, certera y sin titubeos. Pese a que es la parte más corta, es una de las más complejas. Después de haber escuchado sus objeciones y aclarado sus dudas, comienza el cierre de tu venta.

—Nos hemos quedado callados. Estos silencios son brutales no porque nos demos cuenta de que ya hemos dicho todo, sino porque sabemos que todavía hay tanto por decir y, simplemente, no sabemos hacerlo. Tal vez por eso recurrimos a los emojis… no lo sé. Dependo tanto de esta historia que ya no sé qué parte es real y que parte es mentira. Lo que sí sé es que en esa intersección que me cuento hay una verdad que me mantiene despierto por la noche y vivo durante el día.

Espera su respuesta.

—Una vez, en el desierto, tuve un sueño. Soñé que hablaba con otra versión de mí mismo. Ni más joven ni más viejo. Era yo, pero también no lo era. En cierto sentido, todo era como ese cuento de

Borges en el que se encuentra con su doble. "Si yo lo estoy soñando, es natural que sepa lo que yo sé". En mi caso, sin embargo, mi doble sabía más de lo que yo sabía —la mejor manera que tengo de describirlo es decir que era una versión más sabia de mí mismo—. Aproveché el encuentro para preguntarle tres cosas. Dos no te las diré, tan sólo la primera: *¿qué puedo hacer para mejorar mi vida?* No soy un hippie ni un trascendentalista, pero me interesa la vida: mi vida, por supuesto. Esto fue lo que me respondió: imagina que tu vida es una casa grandísima en la que vas moviéndote de una habitación a otra. Cada episodio de tu vida es un cuarto, cada espacio, un momento. En este ir has pasado de una habitación a otra sin cerrar la puerta, mirando constantemente lo que dejas atrás. Pero esas habitaciones ya no te ofrecen nada, de lo contrario, te hubieras quedado en ellas. Por otro lado, todo lo que se te presenta de nuevo —un cuadro, un piano, una jarra de té— está desperdiciado. Cuando comprendas esta verdad escondida en lo que crees es una simple imagen, continúa al siguiente cuarto. Al hacerlo, abre la puerta y ciérrala detrás de ti. No hay más secreto que ese.

Felicidades, ahora tienes un prospecto en potencia.

Puñado de pinceladas rosas y naranjas sobre un azul pálido

—No puedo creer que hayas dicho eso.

Cristina estaba cansada. Había pasado todo el día de pie, atendiendo a clientes indecisos que miraban la ropa en el aparador y en sus cuerpos para terminar diciendo: "No, gracias". Ella, por supuesto, siempre con una sonrisa, pese a que la mitad de su sueldo depende de las comisiones.

—Lo único que digo es que yo no necesito a una princesa lesbiana. Eso es todo.

Aun así había decidido pasar por el departamento de Marisa. La había invitado esa misma mañana: celebraban el compromiso de dos amigas suyas que Cristina conocía de otras fiestas. La invitación la entusiasmó: hacía mucho que no la veía. Al llegar tocó el timbre y subió a la terraza. Puso la botella que compró sobre la mesa y

preguntó por ella. Era el fin del verano y aún hacía calor. Era una tarde magnífica.

—Salió a comprar algo, pero ahora vuelve —le contestaron.

Se sirvió una copa de vino y recorrió la terraza con la mirada. Decidió acercarse al grupo de mujeres que estaba más cerca de ella. Hablaban sobre las películas de Disney.

—Todas nosotras las necesitamos. Blanca Nieves, Cenicienta y La Bella Durmiente, todas no son sino el reflejo de ese periodo nefasto en el que la mujer era vista como un trofeo.

Al menos no hablan de política, pensó Cristina. Bebió de su vaso y las miró con detenimiento. En el pasado, cuando salía con Marisa, jugaba a adivinar las profesiones de los hombres que se les acercaban. *Con una mujer es diferente*, pensó. *Es más difícil*.

—Fue hasta Pocahontas y Mulan que esto cambió. La indefensa princesa se convirtió en una guerrera que arriesgaba su vida para salvar a la gente que quería. Después de Moana, la única frontera que falta cruzar…

Volteó a su alrededor. ¿Estaba nerviosa? Giró para servirse otra copa. Detrás, la conversación continuó.

—Lo único que digo es que una película para niños es el lugar menos indicado para hablar de sexo.

—Nadie está hablando de sexo, sino de afectos. El estándar de cualquier película para niños es conservador, por decir lo menos.

—¿Escapando de la polémica? —le preguntó otra mujer a su lado.

Cristina sonrió.

—Sí. Tampoco había una princesa negra hasta hace poco y no sé si esto le cambió la vida a alguien.

—Tal vez no. Pero para una niña… no lo sé, tal vez esta simple idea, la de una princesa como tú…

—Esta simple idea vendería más muñecas, eso es un hecho.

Cristina se arrepintió de haber dicho esto y desvió la mirada. Tras la muralla de edificios el cielo era un puñado de pinceladas rosas y naranjas sobre un azul pálido.

—No eres lesbiana, ¿cierto?

—¿Por qué lo dices?

—Mírate las manos.

Cristina volteó a verlas: las uñas fosforescentes brillaban con fuerza sobre sus dedos negros.

—Cristina, soy amiga de Marisa —dijo, extendiéndole la mano.

—Mucho gusto, Cristina.

Apagaron la música y Marisa entró con un pastel en las manos. La gente comenzó a gritar y a aplaudir alrededor de la pareja. Una de ellas tocó su copa con una cuchara y habló de cómo se conocieron. Al finalizar, Cristina brindó con ellas, pero no se acercó a felicitarlas —por alguna razón la escena le pareció lejana, como una fotografía que no le perteneciera—.

Cuando cesaron los aplausos cruzó la mirada con Marisa al otro extremo de la terraza y se acercó a ella.

—Qué bueno verte.

Se quedaron calladas unos segundos, sonriendo, hasta que Marisa la tomó del brazo y la llevó a la barra.

—¿Cómo va todo?

—Igual que siempre. Sigo en la tienda, estirando lo que gano para llegar a fin de mes.

—Deberías dejarlo.

—¿Para tener un trabajo en alguna oficina? No lo sé.

—Las oficinas no están mal. Puedes conocer a gente interesante, como ella —Marisa señaló a una de las mujeres.

—Es abogada. Trabaja en una firma en el centro de Manhattan. Toma dos cafés por la mañana: uno al levantarse y otro al llegar a la oficina. La morena que está con ella es historiadora de arte o diseñadora. Arma *collages* con los panfletos que recibe en la calle.

Marisa rio.

—En realidad, la rubia es cantante en una banda de *bluegrass* y la morena tiene una tienda de ropa.

—Estoy un poco oxidada.

—Ya me di cuenta.

Marisa levantó su vaso para brindar con ella.

—Te ves bien.

—Tú también.

—Bueno, ¿qué más hay de nuevo?

—Salvo el trabajo, no mucho. ¿Y tú?

—La agencia va marchando. Tenemos pocos clientes, pero no me quejo.

Cristina quiso preguntarle más cosas, pero otras personas se acercaron a hablar con ella. Decidió quedarse al margen: había oscurecido y las ventanas a su alrededor comenzaron a iluminarse. En una de ellas había una pareja preparando la cena. Cristina pensó que lucían contentos: mientras él cortaba las verduras, ella preparaba la pasta. Eran un equipo.

Marisa se acercó a ella y le tomó la mano.

—¿Todo bien?

—Me voy a ir temprano. Estoy cansada.

—Me da mucho gusto que hayas venido.

Se abrazaron al despedirse. En el metro, Cristina deseó meterse en la cama lo más pronto posible.

Al abrir la puerta, encontró a su novio mirando la televisión.

—Hola —gritó desde la sala.

Cenaron una pizza congelada y miraron la mitad de una película. En la cama, su novio le pidió darle un masaje.

—Me duele mucho la espalda.

Cristina trató de imaginar qué pensaría de él si lo viera por primera vez en un bar cualquiera.

—Estibador. Carnicero. Conductor de autobuses —dijo en un susurro.

Él no la escuchó: se había quedado dormido bajo su cuerpo.

Entró al baño y se lavó los dientes. Luego se cortó las uñas antes de volver a la cama.

XIV

E. se había bajado antes del auto. Estaba comprando algo en la tienda cuando escuchó los disparos. Se tiró al suelo y se quedó ahí, con los oídos zumbando. Después de unos minutos los tiros cesaron y un coche arrancó quemando llanta. Se puso de pie, anticipando lo que iba a encontrar. Su jefe aún tenía en la mano las llaves del auto.

E. pateó un casquillo cuando salió corriendo a la redacción. Todavía recuerda el sonido del latón tintineando sobre el suelo. También la sangre, la textura del asfalto, incluso las caras de quienes estaban alrededor del cuerpo. No recuerda, sin embargo, lo que dijo cuando entró en la oficina. Nada. Ni una palabra.

Un colega lo llevó a su casa.

—Mejor escóndete un rato. Y no uses tu teléfono.

—¿Y la policía?

Le tomó unos segundos darse cuenta del error: los que lo mataron son amigos de la policía. Siempre es así.

E. guardó algo de ropa y fue a ver a M. No la encontró en casa y ella no contestó el teléfono. Le envió un mensaje que decía: "Tengo que irme. Mañana temprano estaré en la garita. Llámame".

Ella no contestó y E. nunca le preguntó nada al respecto. Ha pasado un año desde que sucedió todo esto. Quisiera escribir un libro sobre esos días, pero se siente incapaz de hacerlo. Tal vez un día tenga las palabras.

Una mañana escribe mensajes para saber cómo están todos en la redacción. Las respuestas tardan en llegar. Inconscientemente, una parte de los que se quedaron piensan en él como un cobarde o un desertor. Para el resto su nombre apenas despierta un puñado de anécdotas, una de tantas en esta larga guerra.

Esa noche sueña que lo levantan. "Te andábamos buscando", le dicen. "¿O qué? ¿Te creías que se nos iba a olvidar?". Lo encapuchan y lo meten en una cajuela. Apenas puede respirar. Cuando lo sacan y le destapan los ojos, grita: "¡Todo debe ser un error!", pero esto no interrumpe nada y únicamente funciona como antesala al ruido sordo del percutor.

Despierta con ese eco. La pesadilla le recuerda una cosa: tiene suerte. Además, casi ha terminado el libro de cuentos. No lo reconoce, no tiene nada que ver con esto. Es frágil. Ligero, incluso. Ahí reside el problema, pero también la solución, piensa.

Los recuerdos son pistas, el resto es una ficción

Esa noche Ignacio llegó a mi casa con un paquete de cervezas.

—¿Y Natalia?

—Se fue —contesté.

La historia era sencilla: Natalia había conocido a otro y me había dejado. Está cabrón cómo cambia la misma situación dependiendo del punto de vista: yo descubriéndola con otro, ella dejándome por otro. Me explico: en la primera ella era una puta, en la segunda yo era un pobre diablo.

—¿Sabes por quién te dejó? —me preguntó.

—No —respondí—, pero si un día me lo encuentro, lo mato.

Ignacio puso música y nos bebimos todas las cervezas. No recuerdo todo lo que hablamos esa noche, pero sí la invitación que me hizo cuando terminamos el *six-pack:*

—Vamos a casa de Lucrecia. Ya verás, es otro pedo.

Casi no salía con Ignacio. Natalia siempre me decía que era un desmadre, pero ahora que no estaba decidí ir con él. Caminamos por Mission Street hasta la 18 y doblamos hacia Alabama Street.

—Tú síguele el juego a lo que te diga la Lucre —dijo cuando llegamos al departamento.

Ni siquiera tocó: abrió la puerta y asomó su cabeza como si fuera un salón de clases. Entramos. El lugar olía a una mezcla de incienso y cerveza. La sala estaba oscura, apenas y tenía un par de muebles. Caminamos por un pasillo oscuro hacia el fondo del departamento, donde estaba la recámara y la cocina. En la cama había una gringa roncando. Lucrecia estaba mirándola, sentada sobre el marco de la ventana.

Tardó un momento en voltear a vernos, pero cuando lo hizo dijo:

—What up, Nacho? —y aventó el humo de su cigarro hacia el techo.

—¿Qué trampa, Lucre?

Tenía el rostro tranquilo y la mirada vidriosa. Me miró y se quedó callada, con una sonrisa casi animal mientras exprimía la bacha que tenía entre los dedos.

Ignacio fue a la cocina y trajo una botella de mezcal a medio tomar.

—Nada más para eso eres bueno, cabrón. Para chingarte las cosas de los demás.

Ignacio rio y sirvió tres caballitos. En la cama la mujer se agitó. Sus senos caían sobre su costado y me dieron ganas de tocarlos, de sentir el peso que tendrían sobre mis manos.

—Dile que no hay pedo —le dijo a Ignacio, y pensé que se refería a que me había sorprendido mirando a la mujer en la cama.

Bajó de la ventana y se estiró como un gato.

—No hay pedo —volvió a decir y caminó hacia la cocina. Ignacio la acompañó y se quedaron ahí un buen rato.

Tomé el mezcal y pensé en Natalia y en cómo reaccionaría si un día me la encontrara, pero imaginar lo que sería capaz de hacer no alivió el ardor que sentía en el pecho. Me serví otro trago y seguí observando a la mujer en la habitación. *Pinches gringos*, pensé. Encima de nosotros el foco brillaba como un pequeño sol.

—¿Te gusta mi vieja? —preguntó Lucrecia cuando regresó con Nacho. Me quedé callado.

—¿A poco eres lencha? —pregunté.

Lucrecia respondió haciendo un brindis al tiempo que estallaba en una carcajada.

Esa fue la primera vez que la vi y después la encontré otras veces. Aunque ahora me pregunto si no fue ella la que me encontró a mí a través de Ignacio. De todas esas noches recuerdo poco: la luz brillante de su recámara y sus labios afilados, a punto de romperse en una carcajada. Siempre andaba perdida y, a veces, parecía darle igual que estuviéramos ahí o no, como si ese cuarto fuera un punto insignificante de su atención, un lugar perdido dentro de su mirada.

Cuando salía con Ignacio siempre íbamos con Lucrecia. Ella y yo hablábamos poco y, en algún momento de la noche, ambos se encerraban en la cocina. Entonces yo miraba por la ventana o prendía un tabaco y pensaba en Natalia. Quería preguntarle por qué me había dejado, pero a lo más que atinaba era a mirar con odio su nombre en la pantalla del teléfono.

Cuando Nacho regresaba bebíamos un par de tragos más y luego nos largábamos. Así cada noche.

—¿Qué tanto haces con ella? —le pregunté una vez.

—Me lee las cartas.

—Pinche Nacho —contesté—, estás verijón como para andar creyendo en esos cuentos.

—Nel. La Lucre nunca se equivoca.

Una noche, mientras Lucrecia e Ignacio estaban en la cocina, salí al frente del departamento a fumar. Prendí el cigarro y vi una sombra dirigirse hacia el departamento: era la misma mujer que había visto la noche que conocí a Lucrecia.

—¿Qué hay? —dije en inglés, y ella contestó.

—No mucho. ¿Está con alguien más?

—Sí —respondí, pero me pareció extraña la intención con que lo dijo, aunque no podría explicar por qué.

Le ofrecí un cigarro y la ayudé a encenderlo.

—Está con Ignacio.

Ella asintió y se recargó en el barandal.

—¿Quieres una cerveza? —pregunté, pero la rechazó con la cabeza.

—¿También conociste a Lucrecia por…

No terminó su pregunta. Ignacio salió y me pidió que nos fuéramos.

—¿Qué pasó, güey?

—Me hizo encabronar la pendeja de Lucrecia.

Caminamos hacia Mission Street. Había llovido y el pavimento reflejaba los colores de las luces eléctricas.

—¿Qué te dijo? —pregunté.

—Puras mamadas. Mejor nos topamos luego.

Chocamos los puños e Ignacio agarró camino, pero entonces volvió como si se le hubiera olvidado algo y añadió:

—Escúchame, cabrón: vete a casa, ¿de acuerdo? Vete a tu casa.

—¿Por qué? —contesté.

Ignacio se quedó mirando el suelo y entonces me dijo:

—Nunca vayas a ver a la Lucrecia solo, ¿me escuchas? Nunca.

Luego se dio la vuelta, emputado. Me quedé viendo su espalda hacerse cada vez más pequeña y tuve la impresión de ver partir a un extraño.

Eran las tres de la mañana y la gente salía de los bares como cucarachas tras una rociada de insecticida. Todos los lugares estaban cerrando y estaba comenzando a llover. Pensé que era mejor regresar a casa, pero me dieron ganas de volarme con alcohol la tapa de los sesos. *Pinche Ignacio pendejo*, pensé. *¿Por qué putas no podría ir yo con Lucrecia cuando quisiera?* Decidí regresar. Entré en su habitación, esperando que estuviera desnuda con la gringa, pero la encontré sola, con dos caballitos puestos sobre un banco de madera.

—El Nacho se fue enojado —dije, incómodo.

—Es un pendejo —chistó, y una sonrisa estúpida se dibujó en su rostro. Era la primera vez que estaba a solas con ella.

Si Ignacio me hubiera contado antes de irse lo que pasaría esa noche no le hubiera creído. Es curioso cómo funcionan los recuerdos: puedo contarte esta historia y repetir lo que dijimos, de manera que parece que estás ahí, sentado a nuestro lado, viendo las mismas imágenes, el pelo azabache de Lucrecia y su mirada de cuchillo. Valdría la pena parar y pensar si esto es posible, que sepa

palabra por palabra lo que cada uno dijo y lo mezcle con la manera en que tomó el tequila y se lo llevó a la boca. Tal vez, los recuerdos son pistas y el resto sea una ficción. Su mirada negro cobalto y el tatuaje de su pierna. Sus manos. Sus palabras.

—¿Quieres que te diga tu futuro?

Me reí y me bebí el tequila. Pensé en Natalia cuando Lucrecia comenzó a besarme. Desde que se había ido no había estado con otra vieja y pensé que esa era la razón por la que Ignacio no quería que regresara: *se la andaba chingando y ahora ella me deseaba a mí.*

—Cuando les digo lo que veo siempre regresan como adictos. Quieren tentarme, encontrar el error.

Cerré los ojos y Natalia regresó a mí como un fantasma, mirándome desde el infinito de mis recuerdos: sentada en una banca en el parque o en casa, sobre la cama. La vi entonces con un rostro un poco más viejo y en él, un gesto de sorpresa y, enseguida, espanto.

—¿Qué chingaos?

Me aparté de ella y tomé la botella.

—Por eso se enojó Ignacio, porque le dije que volverías esta noche y hablarías conmigo…

—Mira, ya ando medio mal…

—… porque le dije que te enterarías.

—¿Me enteraría de qué?

—Todo está previsto. No hay profecía que no se cumpla.

La luz del foco se me hizo insoportable.

—Estoy un poco mareado…

Lucrecia me miró con una intensidad que no conocía.

—Todo va a estar bien. ¿No es eso lo que todos quieren escuchar?

Pensé en la razón por la qué Ignacio me había llevado ahí la primera vez. ¿Quería que Lucrecia me dijera algo positivo? ¿O que me la cogiera y me diera, así, algún tipo de consuelo?

—Todo va a estar bien.

Pensé en Natalia, en que tal vez…

—Cuando eso pase, acuérdate de lo que te dije: no hay pedo.

Miré por la ventana: afuera seguía lloviendo. Lucrecia comenzó a reírse como en un trance. Dejé el tequila sobre el banquillo y salí de ahí, pero sus carcajadas me acompañaron el resto del camino a casa.

No volví a verla. Ignacio dejó de buscarme y tampoco contestó mis mensajes. Años después entendí todo. Hay días, como hoy, que vuelve a mí ese gesto de espanto y el rostro de Ignacio como jitomate reventado. Cuando llegue el día, sin embargo, ambos desaparecerán de mi cabeza en un punto blanco, como una televisión vieja a punto de apagarse.

XV

Lo último que E. sabe de M. es que se ha ido de Ciudad Juárez. Su número telefónico ya no existe y, a veces, E. observa el último mensaje que tiene de ella como una especie de amuleto.

Una tarde va a un museo. Una obra llama su atención: *You are here (AG)*, de Ester Partegàs. Es una instalación que consta de una fotografía montada en una caja de luz. En la sala, la artista ha dispuesto una serie de árboles alrededor de la imagen. Ambas dan la impresión de que el espectador caminara en un jardín y la foto fuera en realidad una ventana hacia alguna otra parte.

La imagen es de un par de montañas sobre un lago y, en primer plano, una hilera de arbustos verdes, brillantes. Al acercarse, E. nota

un detalle: la foto está rota, hay un rasguño casi como si fuera una herida. Tal vez fue esto, esa especie de cuchillazo entre el agua y la montaña, lo que a E. le hizo pensar en México.

Detrás de ese corte está el misterio que se me escapa, piensa E.

Esa misma tarde decide regresar a México.

Deconstrucción

1

En mi juventud entendí o creí entender que un no era en realidad "trata un poco más" y varios no un "no" y ya. Así navegué por aquellos comienzos, coleccionando derrotas y algunos amores de los que guardo apenas un puñado de recuerdos.

2

Samantha fue mi primera novia. Dejé de verla porque iba a mudarse a otra ciudad. En el aeropuerto, poco antes de cruzar la puerta que la llevaría a la sala de abordaje, me preguntó por qué no estaba triste.

No supe qué decirle.

3

Invité a Maira a ver una película de Wes Anderson. La recogí en el centro comercial y fuimos a mi casa. Llovía y el coche se deslizó sobre el asfalto como en un sueño. De esa tarde recuerdo sus labios afilados como un par de navajas y sus uñas sobre mi espalda; su respiración jadeante y sus ojos, entre el deseo y el miedo. Nada más.

El regreso a su casa fue largo y no recuerdo si hablamos o no. Puse música, de eso estoy seguro, mientras las luces de la carretera avanzaban hacia un lugar que creí era mi pasado.

No me dejó acompañarla a la puerta. Bajó del auto y nunca más volvimos a vernos.

4

A veces algo me empuja a levantarme de la cama e irme de ahí. Una vez desperté en medio de la noche y me di cuenta de que Francisca me estaba mirando. Esa repentina intimidad me aterró. No pude volver a dormir.

5

En la universidad, después de una borrachera, Luna y yo nos quedamos a dormir en la misma cama. Estábamos borrachos y pensé que sería una buena idea intentar hacerle cosquillas. No rio: comenzó a llorar y no pude entender qué pasaba.

¿Somos amigos?, me preguntó.

Sí, contesté.

Nos quedamos dormidos. Años después fui a su boda.

6

Un hombre, en una película, tiene una pistola sobre la cabeza de una mujer y le grita al menos una decena de amenazas.

Sandra, a mi lado, se suelta a llorar y me pide que apague el televisor. Me enfada su actitud: apenas vamos a la mitad y la película está buena.

Qué sensible me saliste, le digo.

Ella se mete al baño y no sale en un buen rato.

7

En la boda de Luna un amigo mutuo recordó los tiempos que ella y él pasaron juntos —habían tenido una breve relación hacía unos años—. Mientras se servía un vaso de ron, me contó una historia de ella entre el morbo y la nostalgia. *Ya la había escuchado*, pensé. Años atrás, cuando ellos apenas comenzaban a salir. *Tal vez esa historia fue el génesis que me hizo tratar de hacerle cosquillas*, pensé. O tal vez no. Imposible saberlo.

8

Mi padre murió con el corazón roto.

9

No hay nada en mí que exija fidelidad alguna, tal vez por esto tomo toda suerte de decisiones inexplicables. A la distancia, me doy cuenta que vivir es traicionarse todo el tiempo.

10
Nunca pude darle un orgasmo a Paola. Quiero creer que si volviéramos a estar juntos sería distinto. Esto es imposible, por supuesto: está casada y tiene dos hijos.

11
Tuve una relación que terminó porque ella sentía que no era igualitaria. Yo pagaba más renta que ella y me pareció injusto que dijera esto. Las discusiones aumentaron y un día se fue, sin más. Empecé a quedarme hasta tarde en el trabajo: me dolía regresar a casa y descubrir su rastro en los momentos más inesperados —algún cabello o un calcetín desamparado—. Salvo un álbum de fotos, puse todas sus cosas en una caja y las llevé con una amiga suya. Le pedí que me avisara cuando fuera por ellas. No lo hizo, por supuesto.

12
Mi madre, pocos meses después del funeral, nos presentó a su novio.

13
El hombre siempre es el que guía, me dijo Clara mientras bailábamos. Estaría bien por una vez que nosotras fuéramos las que los lleváramos.

14
Transitar estos recuerdos es como recorrer una superficie de asfalto negro y sin marcas en medio de una noche estrellada.

15

Catarina y yo vivíamos juntos. Una noche, aprovechando que estaba de viaje, le escribí un correo electrónico diciéndole que ya no quería estar con ella. Me llamó por teléfono, llorando. Dime algo, me pidió. No supe qué contestar. Al día siguiente me escribió diciendo que iba a respetar mi decisión, pero lo único que me pedía a cambio era que no la volviera a buscar.

Pasó un año o más y me enteré que había habido un terremoto en la ciudad en la que vivía. Le escribí. No tuve respuesta. Por un amigo suyo me enteré que estaba bien.

16

Mi madre, antes de envejecer, fue de carácter fuerte. Indomable, dirían algunos. Creo que esto generó que tanto mi hermano y yo nos sintiéramos atraídos hacia mujeres de carácter duro. Se lo dije un día que hablábamos de su nuera.

Tonterías, contestó.

17

Un año después, mi madre nos presentó a alguien más. Era un tipo bajo, con una boina estilo vasco. La felicidad era verlos bailar. Se mudaron juntos y yo me fui de esa ciudad. A veces, cuando hablábamos por teléfono, podía escuchar gritos a la distancia, como si su novio la llamara desde otra habitación.

¿Qué tanto grita?, le preguntaba. Nada o tonterías, respondía, y luego desviaba la conversación hacia otro lado.

Un día me confesó que el hombre era un alcohólico. Le pregunté si alguna vez la había tocado. No, contestó. Si lo ha hecho,

lo mato, le advertí. Ambos nos quedamos en silencio. Ella comenzó a llorar.

Le dije que la quería y colgamos.

18

La soledad es como vivir en una casa vacía por la que se camina con un mazo entre las manos.

19

Mi padre murió solo. Le dio un ataque al corazón y cayó, fulminado, en su recámara. Quiero creer que murió con impaciencia y sin queja. Mi madre fue la que lo encontró horas después.

No vivían juntos. Hacía meses que se habían separado.

20

Alguna vez Clara me habló sobre la palabra deconstrucción. Dijo: "Imagina desdoblar un cubo de papel para convertir su volumen en una superficie y, con ella, formar otra cosa: una pirámide, el origami de una ballena o, simplemente, una bola de papel".

21

Crecí en el mar, pero nunca lo aprecié hasta que vi el océano Pacífico. Extenso como la vista; furioso, fuerte.

22

Mi madre, antes de envejecer, fue de carácter duro. Indomable, dirían algunos. Creo que esto generó que tanto mi hermano y yo

nos sintiéramos atraídos hacia mujeres de carácter fuerte. Se lo dije un día que hablábamos de su nuera.

Todos, inconscientemente, intentamos repetir los pecados de nuestros padres, contestó.

23

Engañé a Ernestina con una estudiante foránea de mi universidad. Entre clases íbamos a su casa, a unas cuadras de la escuela. Para llegar a su cuarto había que subir una escalera de caracol al lado de la cocina. En la azotea fumábamos marihuana y observábamos a la gente en la calle. Una vez me preguntó por qué engañaba a mi novia con ella. No lo sé, le dije. Luego le conté que ella nunca había tenido un orgasmo conmigo. ¿Y con alguien más?, me preguntó. No lo sabía. Desnudos, sobre la cama, no dijo más. Al poco tiempo dejamos de vernos.

24

"Diferencias irreconciliables" es la causa más frecuente en las actas de divorcio. Esto engloba muchas cosas y, al mismo tiempo, ninguna, como hallarse en un desierto sin saber a ciencia cierta cómo ha terminado uno allí.

25

Si pudiera regresar al momento en el que Samantha y yo estamos en aquel aeropuerto, le diría que me siento como el mar en un día gris: la superficie se mueve en un vaivén tranquilo, pero debajo hay cientos de cardúmenes; tiburones y corales; una manada de ballenas. El cielo ruge y todos se preparan para una tormenta.

Guía de lectura

Discute en pareja las siguientes preguntas:

1. ¿El cuento describe episodios mediocres de la vida sentimental de un hombre? ¿La violencia hacia la mujer? ¿La soledad inherente del ser humano?

2. El personaje es un _____ y de esto debemos culpar a:

   a) Su madre.

   b) Su padre.

   c) Al heteropatriarcado.

   d) Al autor del texto.

   e) Al baile de pareja.

   f) Todas las anteriores.

3. Si tu suegra te llamara cochina, ¿qué le responderías?

4. Al personaje principal su esposa lo engaña. ¿Considerarías esto como karma? ¿Casualidad? ¿Justicia poética?

5. La razón por la que el personaje cree que no podrá regresar con su primera novia es porque:

   a) Ella está casada.

   b) Ella está casada y, además, no quiere ser su amante.

   c) Ella está casada, pero si ella se divorciara él no querría tener nada que ver con ella.

6. Ves a tu padre dentro del féretro. Su rostro está hinchado y violáceo. Hay algo extraño en ese aire o gesto que ahora muestra su rostro, como si perteneciera a otra persona, alguien a quien no conoces. Cuando termina el sepelio, te duele que ese rostro abotagado sea el último recuerdo que guardas de él. Te tomas unos días y decides ir a la playa, pero no a aquella que ya conoces, sino

a otra, al otro lado del país. Cuando llegas, sumerges los pies en la arena húmeda, justo a orillas del mar. La espuma está llena de algas y piensas que este viaje en realidad no cambia nada: el dolor sigue ahí, atrapado entre tu garganta y tu pecho. Agobiado, te dan ganas de reír. Cuando regresas a la playa notas que algunas algas se han quedado enredadas en tus pies.

7. El autor plagia a Borges, ¿en qué momento?

8. Inventa la historia que el personaje escucha en la boda de Luna y cuéntasela a tu amigo o vecino. Al terminar, pídele que haga lo mismo con alguien más. Escribe una antología con las mejores.

9. ¿Por qué el personaje usa la palabra "tocar" como sinónimo de "golpear"?

10. ¿Violó el personaje a Maira?
    a) Sí, de lo contrario se hubieran vuelto a ver.
    b) No, las uñas en su espalda son un signo de pasión y nada más.
    c) Todo hombre es un violador en potencia.
    d) Es un cuento y su propósito es plantear más preguntas que respuestas.

11. ¿Por qué llora Sandra?

12. ¿De qué se arrepiente el personaje?
    a) De no haber estado triste frente a Samantha.
    b) De la intimidad horrorosa.
    c) De su divorcio.
    d) De no saber bailar.

XVI

Antes de volver, E. decide conocer la nieve. Le pide el automóvil a su primo y maneja hasta San Francisco. Llega el sábado por la mañana a casa de C. Ella no tiene ningún plan, así que deciden ir al Golden Gate Bridge a caminar.

—¿Sabías que en el budismo cruzar un puente es una metáfora de una conquista espiritual?

—¿Conquista de qué? —pregunta E.

—Del obstáculo. La transición entre dos extremos siempre presupone un cambio. Una variante, tal vez, del nadie se baña dos veces en el mismo río.

—Mi jefe decía que nadie se bañaba dos veces en el mismo Eusebio —contestó E.

Esa noche se acuestan juntos. A la mañana siguiente él sale temprano y llega a Lake Tahoe poco antes del mediodía.

Paga la entrada y toma el teleférico que sube a la montaña. El trayecto le parece eterno. En un momento la cabina se detiene y una voz les pide que mantengan la calma.

E. tiene tiempo para pensar en el paisaje frente a él: es el mismo que el de la postal pero ahora, por alguna razón que no comprende, luce desolado. Centra su atención en el grupo de jóvenes que comparten con él el teleférico. Mira sus ropas fosforescentes y sus gafas tornasol y piensa que hay algo en él que no encaja en ese lugar. El vagón se columpia, pero no es sino en la cima que E. entiende la severidad del viento.

Por un pudor repentino, al bajar del teleférico E. se queda de pie esperando a que el grupo se aleje. Una vez que está solo se pone en cuclillas y toca la nieve por primera vez. Lo primero que piensa es que no entiende su consistencia. La mano se le entumece por el frío, pero no importa; finalmente está ahí, en esa cima sacada de un sueño.

Esta historia tendría que terminar aquí, pero hay algo más: en esa montaña a E. lo asalta un recuerdo. Mientras la nieve se derrite en su mano, tiene la certeza de que no lo escribirá nunca.

Índice

9 Políptico de amor y nieve

15 El ruido del vidrio roto

29 En la silla del dentista Martínez recordó el ruido de los balazos y el crepitar del fuego

37 Comenzó como una carcajada aguda, similar a la que uno escucha en las caricaturas de la televisión

49 Habitación disponible con simpática pareja. Excelente ubicación

65 El Club de los Realistas Mágicos. Primera parte

83 Lotería mexicana

91 Duermo con la luz encendida

107 Nada existe fuera de nosotros y todo es la historia que nos contamos

115 Noelia y las maravillas

127 El Club de los Realistas Mágicos. Segunda parte

137 Los condenaditos

145 Diálogo entre dos vivos y dos muertos

157 Puñado de pinceladas rosas y naranjas sobre un azul pálido

165 Los recuerdos son pistas, el resto es una ficción

175 Deconstrucción

Los recuerdos son pistas, el resto es una ficción, de Roberto Wong, se terminó de imprimir en noviembre de 2018, en los talleres gráficos de Jano, S. A. de C. V., ubicados en Ernesto Monroy Cárdenas núm. 109, manzana 2, lote 7, colonia Parque Industrial Exportec II, C. P. 50223, en Toluca, Estado de México. El tiraje consta de 2 mil ejemplares. Para su formación se usó la familia tipográfica Borges, de Alejandro Lo Celso, de la Fundidora PampaType. Concepto editorial: Félix Suárez, Hugo Ortíz, Juan Carlos Cué y Lucero Estrada. Formación, portada y supervisión en imprenta: Esmaragdaliz Isbeth Villegas Pichardo. Cuidado de la edición: Cristina Baca Zapata y el autor. Editor responsable: Félix Suárez.